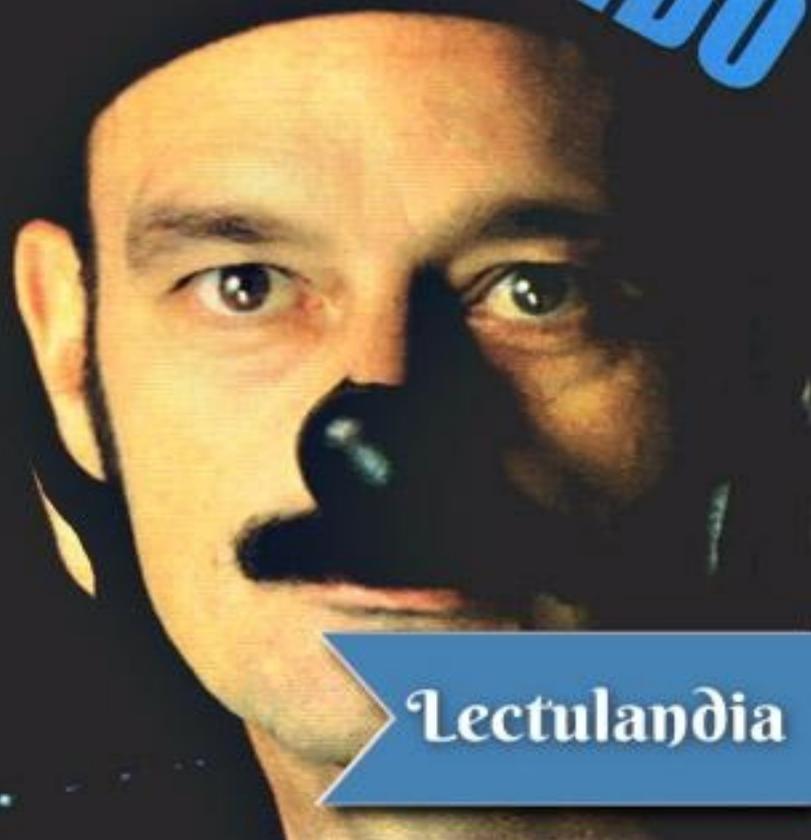
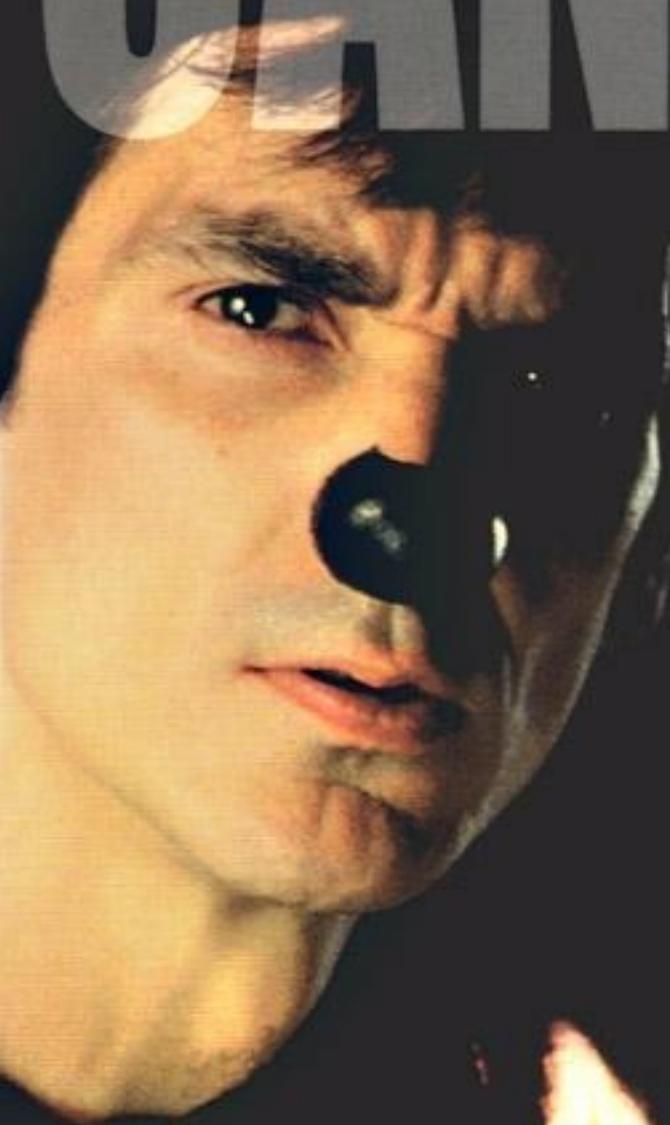


FAEMINO CANSAADO

Y

SIEMPRE
PERD IENDO



Lectulandia

Llenan bares, café-teatros, teatros, anfiteatros, solares... En tiempos heroicos provocaban tumultos en el parque del Retiro de Madrid. Sus actuaciones son un acontecimiento allá donde van. Sus apariciones en televisión marcaron una época: son Faemino y Cansado. ¡Y aún no habían publicado un libro con sus mejores textos!

Esta obra viene a reparar una injusticia histórica, y ofrece a quienes todavía no han podido verlos en acción la oportunidad de entrar en el mundo absurdo, delirante y disparatado de dos de los mejores humoristas españoles contemporáneos.

Lectulandia

Faemino y Cansado

Siempre perdiendo

ePub r1.0

jandepora 22.11.13

Faemino y Cansado, 2002

Editor digital: jandepora
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

U N

T R O

D U C

C I Ó N

EL RETIRO

«¿Y si preparamos un espectáculo y nos vamos al parque del Retiro?». Cuando Carlos Faemino le propuso a Javier Cansado iniciar juntos una carrera artística no pretendía ni siquiera ganarse la vida.

«De acuerdo». Cuando Javier Cansado contestó a Carlos Faemino afirmativamente sólo pretendía conseguir lo suficiente para invitar a los amigos a comer en un chino.

Antes de su debut en el Retiro las etapas creativas conjuntas habían seguido distintos derroteros, sobresaliendo entre todas la venta de encendedores solares en el Rastro madrileño y la ejecución de diferentes *performances*. Cómo no recordar una a la que yo asistí: al lado del museo del Prado, pintaron, en el suelo, una serie de cuadros famosos, a su estilo: dibujaban un labio, y lo denominaban *La Gioconda* (detalle), o hacían una mancha roja, y lo titulaban *Mondrian* (detalle); después explicaban, gritando, su particular historia del arte. Una señora que paseaba con su nieto se acercó y, apiadándose, les echó una moneda de cinco duros. Al finalizar esa tarde, Faemino, con la moneda en la mano y muy serio, le propuso a Cansado: «¿Y si preparamos un espectáculo y nos vamos al parque del Retiro?». Y bueno, ahí empezó todo.

El primer día fue emocionante; claro, que las emociones también pueden ser negativas. Nervios, tensión, falta de confianza... Faemino tenía experiencia de trabajar cara al público. De hecho, ya había actuado en algún local, había cantado en la Plaza Mayor, había interpretado teatro siendo un juvenil... Era un artista polifacético. Pero ¿y Cansado? Cansado llegaba a la fecha del debut con un currículum... digamos, poco prometedor: expulsado del coro del colegio y relegado a los papeles más insignificantes en el aula de teatro del instituto.

Y allí estaban los dos a las diez de la mañana de un domingo de septiembre a principios de los ochenta. «Tenemos que buscar un sitio que esté bien», anticipó Cansado, queriendo parecer tranquilo. «Lo mejor es que busquemos un banco en el paseo del estanque». Faemino le mostraba su veteranía.

Y allí estaban los dos a las diez y media de ese domingo de septiembre ya sentados en un banco y vestidos con monos rojos de mecánico. De hecho en su primera época la gente los conocía por «Los del Mono Rojo». «Bueno ¿y ahora qué hacemos?». Cansado siguió anticipando, ahora con una sonrisa. La procesión iba por dentro. «Pues nada, lo apropiado, llamemos la atención de la gente y hagamos un corro a nuestro alrededor». La excitación creció en grado exponencial, el corazón les comenzó, por fin, a latir. Cansado se levantó como impulsado por un resorte y, asombrado de sí mismo, comenzó a gritar desafortunadamente a los viandantes para que

interrumpieran su paseo y se prepararan a contemplar algo nuevo y diferente, un espectáculo sin igual. Faemino, envalentonado, se puso de pie en el banco y comenzó a gesticular. Era una especie de avance de lo que la gente podría ver si se quedaba. Al principio, los paseantes más que pararse aceleraban el paso. Es perfectamente comprensible: de pronto, dos energúmenos los provocaban y los ponían en un brete. Siempre han comentado que a ellos esta situación les hacía gracia, ese poco poder de convocatoria los envalentonaba.

Y ocurrió lo inexorable. Ese domingo de septiembre, a las once de la mañana, una pareja se detuvo frente a Cansado. Y, claro, bastó que alguien se parara para que, cual setas después de la lluvia en un monte boscoso de la provincia de Segovia, los espectadores fueran apareciendo. En cantidades moderadas, eso es cierto, pero suficientes para ofrecer el primer pase de su espectáculo sin igual.

Bien, pues allí estaban nuestros amigos frente a un numeroso grupo de personas con una actitud no diríamos de expectación sino más bien de, bueno, estoy aburrido voy a mirar a estos dos con esos monos rojos tan llamativos. Se trataba de repetir el éxito que habían obtenido el jueves anterior en el salón de la casa de Bea y Rafa. Claro, aquí se impone un *flash back*.

«¿Y si preparamos un espectáculo y nos vamos al parque del Retiro?». Esta frase, pronunciada en junio, hablaba de preparar un espectáculo, algo que parece una obviedad en cualquier faceta de la creatividad, algo que se sobreentiende, insisto, que parece obvio... En el humor no es así. La creencia generalizada es que un humorista «improvisa en el momento de la actuación». No, queridos lectores, lamentablemente para todos, el trabajo previo existe. Sé que es desilusionante, pero es así. Horas y horas para que parezca que surge espontáneo, en fin, la famosa ambivalencia radical. Bien, pues tenemos a nuestros dos incipientes cómicos con un problema, para ellos un grave problema, *preparar un espectáculo*. Faemino, consciente del papel de motor que ejerce en la pareja, dice: «Vámonos a Zarzalejo (un pueblo cerca de El Escorial), y hasta que no escribamos un espectáculo no volvemos a Madrid». «Joder, qué buena idea, a Zarzalejo», asintió entusiasmado Cansado.

Así que ahora nos encontramos a nuestros dos compinches frente a sus amigos en la casa de Bea y Rafa. En el salón de doce metros cuadrados se hacinaba una veintena de personas. Una habitación contigua servía de cambiador y foro, el escenario, un ventanal y parte del balcón. En esas condiciones de presión y temperatura debutaron los que después serían Los del Mono Rojo, Los Hermanos Benítez, Rudy Cansado y Carlos Faemino y definitivamente Faemino y Cansado. El éxito fue arrollador. ¡Qué bueno es tener amigos! El espectáculo gustó mogollón, palabra que en ese momento histórico aún no era utilizada con la acepción actual.

Volvamos al presente. Les habíamos dejado al aire libre, rodeados por treinta personas y disponiéndose a refrendar el éxito, ahora frente a desconocidos. Del

espectáculo ya «estrenado» habían eliminado únicamente una parodia de *performance* teatral. La habían eliminado por pedante y por inapropiada para los niños.

La actuación comenzaba con una presentación que era más una declaración de intenciones que un número cómico en sí mismo. Luego seguía un momento clásico, un profesor de interpretación impartía una clase mediante textos de canciones de Manolo Escobar. En este punto arrancaron ya unas sonrisas. Era tal la tensión y tan gélido el ambiente que la sensación que tenían era de que todo lo arrancaban.

Bien, pues para entonces ya habían pasado cinco minutos y las ovaciones de casa de Bea y Rafa se habían transformado en tímidos aplausos, arrancados, por supuesto. Llegaban ahora al clímax del *show*: los imitadores de monumentos. Éste era un momento tan conceptual y tan vanguardista que lo que en casa de Bea y Rafa (a los cuales queremos ya todos un poco más, ¿verdad?) fue una verdadera catarsis aquí devino en una deserción de público en un porcentaje mediano. ¿Qué pasaba? ¿Sería que el público no estaba preparado para apuestas arriesgadas? (como piensan todos los artistas cuando les va mal) o ¿sería que aquello de verdad no resultaba gracioso? Después de esta reflexión, una crisis se apoderó de los muchachos (sí, en aquella época se les podía llamar muchachos), pero al igual que en Broadway el espectáculo debía continuar. Y lo que continuaba era una parodia de... de... *¡¡¡Rocky!!!*

Tampoco gustó, pero al menos nadie desertó. La autoconfianza se transformó en autodesconfianza, y aunque no les hubiera importado que la tierra se hubiera abierto y se los hubiera tragado, al menos estaban ya cerca del final. Y el final era una canción. Cantaban un tema popular. Aquel de la ovejita lucera que bala y toda la historia esa de los cohetes. Esto gustó, no como en casa de Bea y Rafa, obviamente, pero gustó, y no tanto por las voces, sino más bien porque dividían al público en ovejitas y cohetes y el número era muy participativo. Como era el último número del espectáculo, la gente se quedaba con muy buen sabor de boca y a la hora de pasar la gorra por el corro las personas se estiraban un poco más.

La recaudación de ese primer pase no fue una fortuna, pero estaban tan contentos de haber finalizado que, eufóricos y fuera ya de la actuación propiamente dicha, ofrecieron una propina, un bis. Un momento absolutamente conceptual. Pero ya no les importaba cómo acogieran los espectadores este número, porque, bueno, en definitiva, ya habían hecho caja. Se trataba de contar un chiste cuyo desenlace no tuviera «ni puta gracia». Ellos, en su pedantería, lo llamaban «El chiste a Ítaca», lo importante era el transcurso del chiste y lo de menos era el final. El primer chiste que contaron aún lo recuerdo, en esencia: uno de los personajes era auxiliar administrativo de Caja Madrid. Llegaba el otro y le preguntaba por las cuentas de la leche Celebusa y el primero le respondía: «¡Y yo qué sé!». Claro, que la historia duraba diez minutos.

Vale, pues ya eran las once y nuestros héroes habían debutado. Con más sombras que luces, como se dice ahora, pero ellos ya habían tomado posiciones en el mundo del espectáculo, como también se dice ahora. Pero quedaba lo peor. A las once y media efectuarían otro pase y sus expectativas de éxito estaban bastante menguadas. El escepticismo ocupaba el lugar de la euforia anterior. Paulatinamente fueron llegando los amigos y las once y media. Así que «venga valientes», se dijeron y «si a lo mejor quizá fuera que, en fin, bueno, pues era un poco temprano y, en fin, oye, que no era un público representativo y...».

¡Qué va! El segundo pase resultó tan frío como el primero. Diríamos que más. El espectáculo comenzó como quería Cecil B. De Mil le, con un terremoto. Los dos gritando cual grullas, moviéndose cual impalas y con los ojos que parecían que se les iban a quedar dentro de las órbitas. Pero qué va, la gente no reía. Era inútil. Menos mal que los amigos ya estaban allí, aunque si somos sinceros ni siquiera ellos reían mucho. Al final contaron el chiste del tipo que iba a la taquilla de los Alphaville (unos cines de Madrid que exhiben las *otras* películas) y preguntaba al taquillero si en alguna sala daban una de Ozores y el taquillero le contestaba: «¡Y yo qué sé!». De idéntica duración al anterior: diez minutos. En el transcurso ocurrió algo que los emocionó profundamente, una frase produjo una carcajada absoluta, completa, redonda, sin fisuras. Y con ese recuerdo afrontarían el tercer pase de aquella mañana de domingo de septiembre de principios de los ochenta.

El tercer pase además contó con los consejos de Bea, estudiante de psicología, y dejos, estudiante de psicología, y Tony, estudiante de psicología, y los demás... ¡Ah! y Eugenio, ya matemático: «Lo que pasa es que no creéis en vosotros». «Utilizad más el subreferente». «Estáis siendo poco polisémicos, sobre todo tú, Javi». «No olvidéis que dos más dos son cuatro». «Negad el superyó». «Sumergíos en la contradicción y respirar concatenando conceptos»... Este consejo fue probablemente el que más los ayudó. Así que a la una del mediodía tuvo lugar un nuevo desfile de situaciones y personajes.

No diríamos que alcanzaron el éxito, ni siquiera el eufemismo «un cierto éxito». Fue una actuación mejor que las anteriores, pero correcta sin más. Aunque un cronista objetivo resaltaría que dos carcajadas quedarían grabadas en las retinas, por no decir mejor en el oído interno, de los cómicos. Una en el chiste final y otra cuando los imitadores recreaban la Piazza de San Marcos de Venezia. ¡Estaban en el buen camino! Cuando el corro se disolvió los amigos fueron a recoger sus laureles: «Mucho mejor». «¿Veis?, habéis sido vosotros mismos y el espectáculo ha estado mucho mejor». «Tenéis que sumergiros más». Eugenio, el matemático, les auguró el éxito en el pase vigésimo quinto, por no sé qué movida de una progresión aritmética en las carcajadas, 0, 1, 2... Y todos se rieron.

En el cuarto y último pase del día no apareció la tercera carcajada, pero se

mantuvieron las dos previas. Una de nuevo en el chiste y otra en la recreación de Las Casas Colgadas de Cuenca. Bien, al menos no habían retrocedido. Lo más destacable resultaba lo rápido y fácil que resultaba formar el corro: dos gritos, dos aspavientos y cincuenta personas allí congregadas a su disposición.

Por fin, y como todo llega en esta vida y todo tiene solución menos la muerte, etc., llegó el final de la actuación. El mal rato, el auténtico mal rato, había pasado. «Si el humor era esto —argumentaba Cansado—, no merecía la pena». Faemino, con más experiencia, le tranquilizaba: «Quizá simplemente sea un desorden en los nombres». Recogieron las ganancias de la jornada y se encaminaron con el grupo, de amigotes a comer al restaurante chino. Sus rostros, más que felicidad, reflejaban alivio, me refiero a los de Faemino y Cansado. Los rostros de los amigos eran claramente de satisfacción y de alegría. No en vano se disponían a comer invitados por dos grandes artistas del humor. Hagamos hincapié en el término «invitados». Durante la velada, después de unos inicios de autocrítica la conversación giró más sobre temas relacionados con la movida madrileña. No olvidemos que esto transcurre durante los primeros ochenta: «Tierno es un enrollao». «El otro día vi a Kaka De Luxe en la Escuela de Magisterio». «A mí me parece que la movida debe sumergirse en la contradicción y respirar concatenando conceptos»...

Y llegó la cuenta. Tres mil ochocientas quince pesetas. El arqueo final les había proporcionado dos mil cuatrocientas setenta y dos. ¡Alguien les había echados dos pelas! Por tanto, además de un estado de estrés, una descarga de adrenalina, una cierta afonía, un dolor de garganta, además de todo eso debían poner de su bolsillo algo más de cien duros cada uno. En realidad, pocas expectativas habían quedado satisfechas. Entonces Faemino se levantó y con bastante René Barbier rosado en su interior (¡qué tiempos aquellos cuando bebían René Barbier!) muy solemne dijo: «¡¡Troncos, si queréis que vayamos al Barbieri a tomar café, poned diez pavos cada uno!! ¡¡Nos hemos quedado sin un puto duro!!». Y fundamentalmente, aunque no la única, ésa fue la razón de que el siguiente domingo de septiembre Los del Mono Rojo aparecieran por el parque del Retiro madrileño.

Yo no acudí, pero ellos me contaron que les fue mucho mejor. Y me dieron razones objetivas: casi cuatro talegos en la gorra. Y así fue como comenzó todo. ¿Cómo lo consiguieron? No lo sé. En cualquier caso, ésa es otra historia.

A continuación, una serie de recuerdos inconexos e intemporales que en un pequeño acto de regresión y oliendo sándalo soy capaz de recordar.

AUTOCRÍTICA

Cada jueves se reunían en el pub Avapiés (lo que hoy llamaríamos un bar de copas). Repasaban hasta el último detalle la actuación del domingo anterior y preparaban con mimo la del siguiente. Eran variaciones cuasi minimalistas. Retoques

de algunos conceptos. Incorporación al espectáculo de elementos exógenos y ciertas repentizaciones. Ingesta de gin-tonic. Repasaban textos de Lacan o de Kierkegaard, buscando nuevas vías para su humor. En definitiva, era una fiesta. Y lo repetían cada jueves. Una tarde, al salir del local, un niño que caminaba junto a su padre los reconoció. «Mira, papá, los payasetes del Retiro». Ese niño acabó con las jornadas de autocritica y con Lacan. Conservarían la cita de los jueves, pero sólo para la cuestión del gin-tonic.

EL CINE

«El Moribundo de las películas nunca dice nada, sabe dónde están las llaves y jamás se lo cuenta al Bueno, prefiere morir antes». Esto, en realidad, era una simple observación. «Vale, démosle la vuelta. El Moribundo quiere hablar y el Bueno se lo impide». ¡Cojonudo! Éste fue el embrión de una serie de *sketches* que parodiaban el cine. Y de verdad constituyó su primer éxito en el Retiro. Se desarrollaba en la Segunda Guerra Mundial. Comenzaba con Faemino herido, que caminaba ayudado por Cansado. «Sargento, no puedo más. Siga sin mí». Cansado se marchaba y Faemino le recriminaba: «Eh, che, che, vuelva... que era una broma». Y después de diferentes vicisitudes se acababa con el diálogo del Moribundo, y si no hicieron cincuenta finales diferentes no hicieron ninguno.

EL NOMBRE

Los domingos se sucedían y los éxitos de Los del Mono Rojo habían crecido bastante, siempre teniendo en cuenta el universo en el que se desenvolvían. Éxito sobre todo en lo relativo a su recaudación. ¡Y todavía no tenían nombre artístico! Así que se pusieron manos a la obra e hicieron, sin saberlo, una tormenta de ideas, y como estaban de moda aquellos nombres estúpidos de frases hechas surgieron: Peras Maduras, Chufa y Horchata, El que Parte y el que Reparte, Espárragos con Mahonesa, Circunferencio y Paralelepípedo (éste sí les gustaba)... Beate, una amiga alemana bastante sensata, les dijo: «Como vuestros personajes de más éxito son los imitadores de muertes famosas (sí, era cierto, en aquella época compatibilizaban la Torre de Pisa con la muerte de Viriato), llamaos como ellos». ¡Qué gran idea! El problema era que esos personajes tampoco tenían nombre. «¿No son hermanos? Pues llamaos Los Dos Hermanos». ¡Qué gran idea! Mejor aún, Los Hermanos Benítez. Y durante cuatro años se llamaron así.

La parodia de Rocky fue probablemente lo más desafortunado de su carrera. Duró tres semanas. Otra cosa no sé, pero listos sí parecían. La cuestión era que al suprimir Rocky se creaba un hueco en el espectáculo. Cansado argumentaba: «Baahhh, es igual». Faemino imponía su veteranía: «El pase debe durar veinte minutos». «Vale,

pues pensemos en un personaje muy desagradable». «Buena idea, y que le dé miedo a los niños». Así nació el faquir Tarik. Era un número de provocación total. Faemino se disfrazaba con una peluca horrenda y salía atado. Cansado pedía tranquilidad y que nadie se le acercara. Tarik intentaba atacar a la gente, sobre todo a los pequeños. Efectuaba diferentes pruebas de faquirismo. Una consistía en caminar con los pies descalzos sobre patatas fritas afiladas. Y la más peligrosa y antipática: mediante un certificado médico Cansado demostraba que Tarik era diabético: ¡Y se comía una chocolatina de las blancas, que tienen más azúcar...!

En una ocasión en que Faemino no tenía el estómago muy sentado le dieron arcadas y vomitó la chocolatina. ¡Tuvo un éxito descomunal!

PASEO POR EL PARQUE

En aquellos momentos el Retiro era un hervidero de artistas de mucho talento y de espectáculos. Alrededor del estanque te encontrabas con Malo Malísimo, un maravilloso mago y malabarista americano con una gracia insuperable; Los Trompicheli, los mejores malabaristas cómicos que he visto en mi vida; Luis Boyano, un mimo (sí, también un mimo, pero éste era un tío simpático) con mucho desparpajo; Abstemio Gordons (q.e.p.d.), un payaso entrañable... Con el paso del tiempo aquella riqueza artística se fue perdiendo y el parque se llenaría de mercaderes y echadores de cartas.

EL BANCO

Lo normal era que todos estos artistas actuaran siempre en el mismo sitio. Cada uno tenía un lugar, que era suyo por acuerdo tácito, y que ocupaba cada domingo. Faemino y Cansado tenían el suyo, pero acaeció que empezaron a acudir una pareja de acordeonistas jovencitos, y como no conocían o no querían conocer la regla les quitaban el sitio. Faemino los conminaba a marcharse: «Chicos, éste es nuestro sitio». «Díselo a nuestro padre», le contestaban. Él se ponía muy nervioso, preso de fetichismo por el banco. «Venga, vámonos a otro banco —terciaba Cansado— y la semana que viene venimos antes». Comenzó una maldita carrera para ocupar el dichoso banco. Un domingo que habían aparecido a las nueve y estaban hechos polvo vieron horrorizados cómo justo a su lado desplegaba sus bártulos un grupo andino. Siete músicos con sus quenás, sus charangos, sus bombos y demás instrumentos étnicos. Y era tal el volumen que emitían que se hacía imposible actuar. Los Hermanos Benítez tuvieron que emigrar a otro rincón del Retiro... y los acordeonistas, también.

LA MÁQUINA QUE FUNCIONA

Todo marchaba viento en popa. Y cuando las cosas marchan bien no es difícil que aún puedan marchar mejor. Las incorporaciones al espectáculo eran incesantes. De los primeros veinte minutos se había pasado a un espectáculo que podía durar más de dos horas. Podían actuar toda la mañana prácticamente sin repetir ni un solo número... He dicho que podían, no que lo hicieran. Y una de esas novedades era la «máquina que funciona». Se trataba de un invento maravilloso. Un pequeño engendro de madera con una ranura al cual se conectaban los cómicos hipotéticamente mediante un rayo láser. Cuando los espectadores metían monedas por la ranura, ellos dos cantaban, y cuando no las introducían se paraban y dejaban de cantar. Digamos que el mecanismo era fácil de entender. Francamente, era un número muy gracioso y tremendamente participativo. Eso era lo que enganchaba a la gente... Y sobre todo se convirtió en una manera elegante de «pasar la gorra» dos veces en el mismo corro.

MARCHAOS

Un domingo les pasó algo que les hizo reflexionar sobre lo que estaba pasando. Acabaron un corro y pasaron la gorra... En fin, lo normal. Pero la gente no se marchaba. Ellos no entendían lo que pasaba. «Iros, iros», gritaba bromeando Faemino. «Marcharse, marcharse», apoyaba Cansado. Y nada, que allí seguía la gente... «No lo habéis comprendido. La mecánica de esto es que se actúa, se pasa la gorra, os piráis y dejáis el sitio a otros»... Y nada que allí seguía la gente. «Haced lo de Ricardo Corazón de León», gritó un espectador... Así que era eso. Ya había gente que iba a ver números concretos, se había corrido la voz... «Vale —dijeron—, pero como no nos fiamos os pasaremos la gorra otra vez».

LAS CHINITAS

Las mañanas de domingo el parque del Retiro se convertía en un crisol de razas, en un mosaico multicolor. En una esquina del corro en el pase de la una muy a menudo aparecían unas chicas orientales. Jamás sonreían. Faemino se acercaba y les hacía un montón de gestos... Y nada. Permanecían impertérritas, hieráticas. Luego, de pronto, cuando el número de la máquina, salían una a una a depositar su moneda y en ese preciso momento se reían un montón, mientras tanto otra permanecía entre el público haciéndoles fotos. Después de muchos domingos se fijaron bien y notaron que la fotógrafa era siempre la misma y que las otras iban cambiando. Un día Cansado les dijo: «Hola, chinitas». «No somos de China, somos japonesas», contestó la repetidora. Y con el medio castellano de ella y el medio inglés de ellos se enteraron de lo que pasaba: esta chica traía a sus compatriotas turistas a verlos porque, según

les contaron, una pareja de cómicos japoneses se habían hecho muy famosos con un número muy parecido.

FAMOSOS EN ACCIÓN

El corro llegó a estar muy concurrido. Y de vez en cuando aparecían rostros famosos. Les daba bastante alegría, porque así podían contárselo a sus familias y presumir. «¿Sabéis quiénes han estado hoy en el Retiro? Los del Tricycle». «¡Pues qué bien!». Y algunos días, además de comparecer, los famosos se soltaban el pelo. Y eso sí que era estupendo. Las personas generosas depositaban monedas de veinte duros... Pepe Rubio orina Sainz echaron quinientas pelus. ¡Y el colmo! Un domingo apareció Pablo Carbonell, a la sazón medio amigo de Faemino, y después de charlar un rato con ellos... ¡venga, ahí va un talego!

MOHINO

La gente pensaba que cuando el perro Mohino salía al centro del corro y evolucionaba junto a ellos estaba preparado. Nada de eso. Cada domingo que aparecía por el Retiro se apañaban para improvisar e incorporarlo a la acción: que estaban caminando por el desierto, rápidamente lo transformaban en nieve y era un san Bernardo que los ayudaba; que se ponía a ladrar, aparecía un superhéroe, el hombre que se acobardaba ante los perros. Lo más llamativo fue que la dueña del animal jamás echó una moneda en la gorra.

EL «MANAJER»

«Hola, soy mánager y sois muy buenos, pero...». Esta cantinela la escuchaban con cierta asiduidad. El *pero* era que no imitaban a Hermida, ni contaban chistes normales, ni hablaban de Alfonso Guerra... «Si cambiarais, yo os podría llevar». Un día ocurrió algo fastuoso. Llegó un tipo y les dijo: «Hola, soy mánager, sois muy buenos y os he comprado un bocadillo de tortilla a cada uno». «¿Será con cebolla?», inquirió pensando que era una broma Faemino. «¿Y por qué lo ha hecho?», dijo Cansado. Era una de aquellas situaciones desarmantes. El tipo quería ayudar, y a la vez los ofendía. «Como os he visto así, un poco tirados en la calle...». «Actuamos en el Retiro porque nos encanta». «Vale, pero ¿queréis que os represente?, mi cuñado es cámara de Televisión Española».

RAÚL

Raúl era un muchacho con síndrome de Down que aparecía de vez en cuando por

el corro. Se sentaba en medio con una sonrisa de oreja a oreja y cuando llegaba el número de la máquina saltaba como un resorte y se ponía a bailar siguiendo el ritmo de las monedas. La gente se reía mucho con él y al final saludaba con mucha prosopopeya. Después se volvía a sentar y cuando acababan el pase se marchaba deprisa sin decirles nunca nada. No iba cada domingo, pero le echaron a faltar unos meses. Un día volvió. Acompañado de sus padres venía a disculparse por no acudir con la misma frecuencia que antes: «Es que ahora vivo en Barcelona y me da miedo el avión».

Ernesto Arredondo



DE CASTAÑO A OS CURO

La muela del juicio

El atracón

El hombre que timó a Liberty Valance

La muela del juicio

Un chico vocea la prensa en una calle cualquiera de una ciudad americana. Un cliente le compra un ejemplar.

Chico: —¡Extra! ¡Extra! ¡Nueva edición del *Chicago Tribune*! ¡Sorprendentes revelaciones en el horóscopo! ¡Sagitario, signo favorable del día! ¡Extra! ¡Extra! ¡Con la increíble solución del crucigrama de ayer! ¡Compre el *Chicago Tribune*!

Cliente: —Hijo, ¿dice algo el periódico sobre el juicio del asesino de la muela del juicio?

Ch.: —¡Y yo qué sé! ¡Bastantes problemas tengo!

C.: —Está bien, dame uno.

En la primera página se lee «Hoy comienza el juicio contra James Murphy, el asesino de la muela del juicio».

Ch: —¡Con las apasionantes temperaturas de todas las ciudades del Estado de Illinois! ¡¡Extra!! ¡¡Extra!!

Una sala de juicios. Público, jurado, abogado, fiscal, etc. El ujier introduce el tema.

Ujier: —Buenos días, señores. Espero que se lo pasen bien en el juicio del pueblo de Chicago contra James Murphy, ese hijo de mala madre. Es para mí un placer anunciarles que preside el sensacional juez Enrico Malatesta. ¡En pie!

Juez: —¡Siéntense! Señores, en el culo tengo flores. *(Da un respingo y se incorpora mostrando al público un ramo de flores que había en su asiento).* ¿Y bien?

Fiscal: —Me he permitido un presente, Enrico.

J.: —Muchas gracias, Tiepolo... Pensaba que era de la defensa, que trataba de congraciarse. Señores, comencemos la sesión. La acusación tiene la palabra.

F.: —Con la venia.

J.: —Por supuesto.

F.: —No esperaba menos. Llamo a declarar al sargento de policía Thomas Q. Thomas.

Sube al estrado el mencionado sargento vestido de policía. Tiene cara de alorado. El ujier le toma juramento.

U.: —Concéntrese, sargento. ¿Jura usted decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad?

Sargento: —¿Tengo que decir toda la frase?

U.: —No, si piensa decir toda la verdad debe decir: «Sí, juro».

S.: —Y si tengo intención de decir la verdad, pero no toda, ¿se contempla esa posibilidad?

U.: —Mire, yo soy un mandao... ¿Qué, juramos?

S.: —Sí, juramos.

F.: —Buenos días, sargento.

S.: —No, hace un día de perros. (*Ve un gesto de fastidio en el fiscal*). Pensé que era una pregunta... y como está lloviendo y hace frío...

F.: —¿Nombre y profesión?

S.: —Thomas Q. Thomas, sargento de policía.

F.: —Puede decirnos lo que pasó el día de autos.

S.: —¿Puedo hacer un chiste? ¿No? Con autos y carreras... Vale, de acuerdo. El día 12 de marzo, día de autos... —¿de verdad que no...?—, se cometió el crimen del dentista Sam Rembrandt. Yo me encontraba en la consulta, oí un disparo, entré y vi cómo se alejaba corriendo un hombre moreno, alto, con gabardina gris, pantalones grises, con una pistola en la mano. Se llamaba Cameron Buithaker.

Abogado: —¡Protesto! ¡El sargento no podía saber su nombre!

S.: —¡Él mismo lo iba gritando en la huida!: «¡Me llamo Cameron Buithaker!».

J.: —No se admite la protesta... Continúe, sargento.

S.: —Seguí a aquel hombre... Cameron Buithaker... y al volver a la consulta encontramos al señor Rembrandt con sus tenacillas en la mano y en ellas estaba la muela del juicio de... de... Cameron Buithaker.

F.: —Eso es todo.

J.: —La defensa tiene la palabra.

A.: —Sargento, ¿me podría decir dónde compra usted su uniforme?

S.: —En los almacenes Store.

A.: —No hay más preguntas. Gracias.

F.: —Llamo a declarar a Curcio Curcione.

Entra en la sala Curcio; a simple vista parece un mafioso, una cicatriz le recorre el rostro, una sonrisa helada es su gesto. Jura y se sienta en el estrado.

F.: —Señor Curcione...

C. (*Interrumpiéndole con violencia y señalando al acusado*): —¡Ése es el asesino!

F.: —Lo que le quiero preguntar es...

C.: —¡Sí, está aquí en la sala! ¡Es ése!

F.: —Un momento de tranquilidad. Señor ujier, ¿me quiere traer la prueba número siete?

U. (*Se acerca con un zapato en la mano, es la prueba*): —Aquí está.

F.: —Tenga usted, para un café (*le da una propina*).

U.: —No, gracias, no se moleste.

F.: —Acéptelo, Morgan. Señor Curcione, ¿es usted zapatero?

C.: —Bueno, no quiero presumir.

F.: —¿Es o no es?

C.: —Soylo.

F.: —Este zapato se encontró en el lugar del crimen. ¿Qué puede decirme sobre el zapato?

C.: —Es un zapato italiano de importación. Sólo hay tres pares en América... y el acusado me compró un par.

F.: —Entonces, según usted el zapato es de...

C.: —Pues está clarísimo. De ese señor, del asesino.

F.: —Eso es todo.

A.: —Señor Curcione, ¿podría decirme exactamente cuántas paradas tiene el tren transiberiano?

C.: —Creo que son cincuenta y tres.

A.: —No haré más preguntas.

C.: —Señor juez, ¿me podría llevar el zapato?

J.: —Hombre, es un zapato muy importante.

C.: —Comprendo. ¿Cien pavos?

J.: —Es italiano.

C.: —Ciento cincuenta.

J.: —Vale.

Le da el dinero al juez y se pone el zapato. Sólo llevaba uno. El abogado llama a sus testigos.

A.: —Llamo a la señorita Candy Albicans.

U.: —Creo que sabe ya de qué va esto.

Can.: —Sí, juro.

A.: —Señorita Candy Albicans, ¿podría decir a la sala qué ocurrió el día de autos?

Can.: —Sí. James Murphy se encontraba comiendo conmigo a la hora en que se cometió el asesinato.

A.: —¿Y qué comieron?

Can.: —Una pizza.

A.: —Eso es todo, gracias. Señores del jurado, ¿cuándo un señor que come pizza va al dentista a extraerse la muela del juicio? Es imposible que mi defendido sea el asesino, parece más bien una trampa tendida cuidadosamente. *(El acusado se levanta y le dice algo al oído, el abogado recapacita)*. Bueno, no tan cuidadosamente. El testimonio de la última testigo confirma que no fue él.

J.: —Ruego a la defensa que deje las conclusiones hasta el final del interrogatorio del ministerio fiscal.

F.: —Con la venia.

J. *(Hablando para sí: «¿Qué será eso de la venia?»)»: —Adelante.*

F.: —Señorita Candy Albicans, ¿conoce usted al asesino?

Can.: —Claro, es amigo mío desde hace muchos años.

F.: —Amigo, dice usted amigo. No es más cierto que son novios.

Can.: —¿Novios?, qué tontería.

F.: —Sí, novios. Y desde hace más de cuatro años.

Can.: —O sea, nos gustamos, eso no lo podemos negar. Sentimos una atracción, un magnetismo. Es una pasión primaria y animal. Una sensación de vértigo. Cuando estamos juntos, el tiempo se para. Si eso para usted es ser novios..., pero, vamos, nosotros no pensamos así.

F.: —¿Y no es cierto que usted mentiría por salvar a su... digamos, colega?

Can.: —Perdón, usted me está arrinconando. (*Es cierto, el fiscal se ha ido incorporando por encima del escaño que ocupa la testigo*).

F.: —¿Y no es cierto que usted aborrece la pizza?

Can. (*Derrumbándose y llorando*): —Sí, odio la pizza. Sabía que no sería una historia verosímil. ¿Por qué no diría otra cosa...?

F.: —Y por tanto ese día no podía estar comiendo pizza...

Can.: —Es cierto, ese día no estuvimos juntos. Pero, jolín, cómo voy a dejar que vaya a la cárcel. Póngase en mi lugar.

F.: —Lo que pasa es que la juventud es muy viciosa.

J.: —Sí que es verdad. ¡Retírese la testigo! ¿Algún testigo más de la defensa?

A.: —No.

J. (*Mirando el reloj de pulsera*): —Les advierto que tenemos un poco de tiempo todavía.

A.: —En ese caso... (*mira al público*). A ver, a ver, por ejemplo usted. ¿Le importa?

El tipo no tiene inconveniente en subir al estrado. Es el mismo que compró el periódico al chico. Se sienta.

A.: —Ahorraremos trámites. ¿Se llama?

Tipo: —Me gustaría permanecer en el anonimato.

A.: —No es muy usual, pero tampoco le voy a pedir un imposible. Digamos que es usted amnésico.

T.: —Me gustaría dar las gracias a toda la gente que me ha dado esta bonita oportunidad de poder expresarme desde aquí. Gracias.

A.: —¿Cuál es el motivo de su presencia en la sala?

T.: —Digamos que el morbo. Como la mayoría de los presentes, ¿o no? (*Se oye un murmullo de aprobación en la sala*).

J.: —Señor abogado, el tiempo se acaba. Una pregunta más y terminamos.

A.: —De acuerdo. Por casualidad, ¿no será usted el asesino?

T.: —Pues sí, señor. ¿Cómo lo ha sabido?

Acusado: —¿Qué dice ese loco, aquí a quien se juzga es a mí! ¡Lárguese a otra

parte!

T: —Yo soy el tipo que compró el tercer par de zapatos y arreglé todo para incriminar al señor Murphy.

Acu.: —¿Y no tiene coartada?

T.: —Qué va. ¡Si la tuviera, no habría confesado!

Se produce una explosión de alegría en la sala. Confusión, gritos, algarabía, el acusado y la señorita Albicans se abrazan con voluptuosidad. El abogado presume. Así es la vida.



El atracón

Despacho del director de un banco. Cansado, el director, mira unos papeles. Entra Faemino, cliente del banco.

Cansado: —Adelante... Siéntese.

Faemino: —Buenos días, señor director, porque usted es el señor director, ¿no?

C.: —Correcto. Pues usted dirá.

F.: —Pues mire, yo es que soy cliente del banco.

C.: —Sí, me suena su cara.

F.: —Bueno, yo a usted lo conozco mucho. Siempre lo veo aquí y me digo: «¡Caramba, cuánto trabaja!». Un día le dije así, adiós con la mano.

C.: —Ah, fue usted... sí, me acuerdo. Yo también le dije adiós, ¿verdad?

F.: —Sí...

C.: —Es que el trato que damos aquí es único.

F.: —Sí, en eso no me puedo quejar, son todos muy amables, sobre todo el cajero. ¡Somos muy amigos!

C.: —Sí, es que aquí damos servicios que en otro banco ni soñaría.

F.: —A eso vengo... Yo aquí tengo una hipoteca.

C.: —Fenomenal, y ¿qué?, ¿viene a cancelarla?

F.: —No, la verdad es que venía a hacer un atraco.

C.: —Pero usted es cliente, ¿verdad?

F.: —Sí.

C.: —¿Y ha elegido usted este banco para el atraco?

F.: —Es que yo soy muy fiel, yo no soy de esos que andan de un lado a otro... Ustedes son mi banco y aquí hago el atraco. ¡Yo no soy un desagradecido, ustedes siempre me han tratado muy bien!

C.: —Un momento, voy a consultar con caja.

Descuelga un teléfono y habla con una tercera persona.

C.: —¿Caja?... sí... Jacinto... soy yo, el director... mira, tengo aquí un cliente que quiere cometer un atraco... (*A Faemino*): Que cómo se llama.

F.: —Ramsés... el cliente Ramsés.

C.: —Ramsés... sí, un momento. (*A Faemino*): Que se ponga.

Faemino coge el teléfono y pregunta a Cansado por señas cómo se llama el cajero.

F.: —Jacinto... ¡no te acuerdas de mí, coño! Ramsés... que tengo una hipoteca... y una libreta de ahorro... ¿no caes?... que pago la luz por el banco... Eso, Ramsés... ¿Ves cómo te acuerdas...? No, es sólo por un atraco... Vale, de acuerdo.

Cansado coge el auricular.

C.: —Todo bien, Jacinto (*cuelga*). (*A Faemino*): ¿Quiere usted un purito? Teclee algo en el ordenador si quiere... firme por aquí... ¿me dijo?

F.: —Ramsés.

C.: —Bien, Ramsés, y ¿cuál sería el importe?

F.: —Ocho mil millones.

Cansado silba.

F.: —¿Pasa algo?

C.: —No, correcto.

Descuelga el teléfono y llama a Jacinto.

C.: —Oye, Jacinto, soy yo otra vez... dime, ¿cuánto tiene en la cuenta el cliente Ramsés? (A Faemino): El número de la cuenta, ¿lo sabe?

Faemino le pide por señas el teléfono y le pregunta también por señas el nombre del cajero.

F.: Jacinto, habla Ramsés... sí, el cliente Ramsés... a ver si me puedes mirar el número de cuenta... sí... sesenta y ocho kilos... 1,86... sí, te paso... (A Cansado): ¡Ya lo tiene!

C.: —Dime... veinte mil pesetas... de acuerdo... uff... veo problemas... es que él quiere ocho mil millones...

Faemino hace ademán de marcharse.

C.: —No, hombre, no se marche... ya verá cómo encontramos la solución. Es que ahora no disponemos de efectivo... si quiere le hacemos un cheque... ¡conformado!

F.: —No, es que un atraco que no te lleves el botín, la verdad es que no lo veo...

C.: —En eso tiene usted razón. (Al cajero): Jacinto, tú, ¿cuánto podrías conseguir? Cuatro mil millones... (A Faemino): ¿Se apaña con cuatro mil millones?

Faemino intenta de nuevo marcharse.

C.: —Espere...

F.: —Y ¿no me lo podrían llevar luego por la tarde a mi casa?

C.: Jacinto, ¿no podrías tú luego...?

Faemino hace gestos de que Jacinto no, que prefiere que sea el director.

C.: —Imposible, yo eso sí que no puedo hacerlo... póngase de acuerdo usted con él.

Le pasa el teléfono y Faemino vuelve a preguntar por gestos cómo se llama el cajero.

F.: —Jacinto... ¿qué pasa, hombre?, ¿sólo cuatro mil millones? El martes no... tendría que ser el jueves. Vale, de acuerdo. (A Cansado): Es un buen tipo este... (pregunta el nombre por señas) eso, Jacinto.

Cansado coge el auricular.

C.: —Sí, Jacinto, ahora le pregunto... (A Faemino): Pregunto Jacinto que a qué hora sería el atraco.

F.: —¿Ustedes a qué hora cierran?

C.: —Al público a las dos, pero estamos hasta las tres.

F.: —Dos y media... Por cierto, ¿ahora me podría llevar algo?

C.: —Sí, sus veinte mil pesetas de la cuenta.

F.: —No, ésas ni me las toquen.

C. (Al cajero): —Me dice que a las dos y media... Jacinto, ¿te va bien a las dos y media? Sí, correcto... (A Faemino): ¿Y cómo va a venir usted?

F.: —Pues no sé... así, como chulito.

C.: —No, que si va a traer usted una careta de Nixon o de Reagan.

F.: —Pues la verdad es que no dispongo de ninguna.

C. (*Al cajero*): Jacinto, que no tiene... se la proporcionamos nosotros, de acuerdo...

Del cajón saca varias caretas de cartón y se las ofrece a Faemino, quien elige una.

C.: —Tenga...

F.: —Ésta...

Y Faemino se pone una careta que representa la cara de Cansado.



- ¡DEME LOS ONCE MIL MILLONES EN PESETAS
QUE EN EUROS NO ABULTAN NADA ... DIGA!

El hombre que timó a Liberty Valance

Una herrería del viejo Oeste. Faemino, el herrero, deambula por allí. Entra Cansado, de riguroso negro, visiblemente enfadado.

C.: —Buenos días... vengo a ver si tienen ya mi caballo a punto.

F.: —Sí, un momento... ¿su nombre?

C.: —Valance... Liberty Valance.

F.: —No, me refiero al del caballo.

C.: —Mire, no me toque las pelotas... *Bronco*. Hace tres meses que lo traje a cambiar las herraduras...

F.: —*Bronco... Bronco...* ¡Ah, sí! ¡El tordo!... ¡Pues no nos ha dado problemas! ¡¡El tordo!! ¡Menudo!

C.: —¿Pero está ya herrado?

F.: —Mulligan, mira a ver un caballo tordo, hombre, que entró para cosa de herraduras... (*A Cansado*): Sí, que ya está... muy bien, ya está herrado.

C.: —Hombre, pues ya era hora.

F.: —No se queje, que hay casos peores.

C.: —Bueno, deme la factura.

Faemino busca entre unos papeles.

F.: —*Bronco... Bronco...* aquí está... Tenga usted, señor Valance.

C.: —¡¡Tres mil dólares!! ¡¡Tres mil dólares herrarlo!!

F.: —No, hombre, no se líe... lea la nota.

C.: —«Alojamiento y comida: 300 dólares»... ¿Qué pasa, que le llevaban a dormir al hotel Ritz?

F.: —Han sido tres meses.

C.: —Pero eso no es mi culpa, tres meses para herrar.

F.: —Es que ha habido que traer algunas piezas de Virginia City.

C.: —Piezas, ¿qué piezas?

F.: —Bueno... los clavos.

C.: —¿Y no podían haber usado clavos de aquí?

F.: —Como usted no nos dijo nada...

C.: —«Limpieza de boca: 70 dólares».

F.: —Sí, es por el aporte de flúor...

C.: —«Encerar: 70 dólares»... ¿Esto qué es?

F.: —Le hemos quitado la cera de los oídos... ¿A que cuando llamaba usted al noble bruto no acudía...? Pues es que no le oía...

C.: —¡¡Dios mío!! «Tratamiento capilar: 200 dólares». ¿Tratamiento capilar a mi caballo?

F.: —Es que se le caía a mechones... le hemos dado una loción de abrótano macho... y está impecable.

C.: —«Cambio de limpiaparabrisas: 200 dólares».

F.: —No, un momento... debe de haber un error... esto se lo descontamos.

C.: —«Puesta a punto: 300 dólares».

F.: —¿Usted no notaba como si el caballo le diera tirones...? Ha habido que hacer una limpieza a fondo de todos los orificios que estaban obstruidos...

C.: —«Pintura de herrajes: 150 dólares».

F.: —Bueno, esto es un servicio gratis de la casa.

C.: —¿Gratis 150 dólares?

F.: —Bueno gratis, gratis total no, pero le hemos dado minio...

C.: —«Embellecedor: 50 dólares». ¿Esto qué es?

F.: —Es una plaquita que te pone: «Papá, no galopes».

C.: —«Poner herraduras: 800 dólares». Fíjese que hasta me parece barato...

F.: —Además, se las hemos puesto metalizadas.

C.: —Metalizadas, ¿y de qué eran antes? «Herraduras (5): 300 dólares». ¿Cinco?

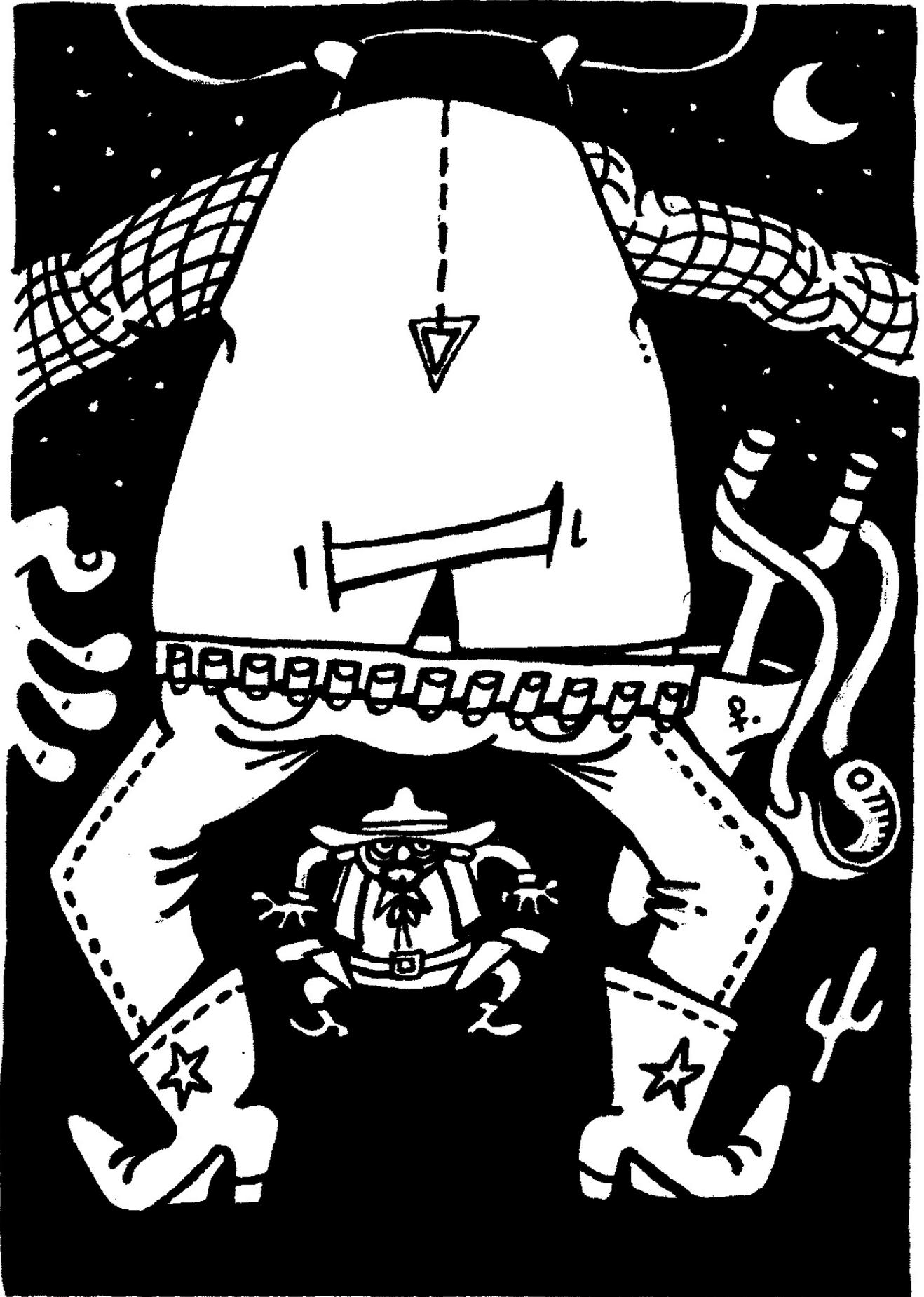
F.: —Claro, la de repuesto.

C.: —¿Y dónde se la han puesto?, ¿en el rabo?

F.: —No, en un neceser... que corre por cuenta de nuestra casa y además le regalamos, por ser el cliente 1000, este magnífico recoge-boñigas automático... Mire, ya está allí su caballo.

Cansado le paga refunfuñando y se marcha.

F. (Solo): —Luego vendrá otro y le matará... De momento yo prefiero ser el hombre que timó a Liberty Valance...



NO... NO... POR FAVOR... ¡USTED PRIMERO!



**EL BOTE
SIN FÓNICO**

**El submarino amarillo
Si Sibelius levantara al cabeza
Rebelión a bordo del pop**

El submarino amarillo

Liverpool, 1967. Estudios de grabación Sound of Heart. 6.30 pm. Paul McCartney (Faemino) y John Lennon (Cansado) tienen cara de angustia creativa. Al rato, Faemino se arranca mientras Cansado le escucha interesado.

F. (Canta): —«En Escocia un día yo escuché/una vieja historia en un pub...».

C.: —No, no me gusta.

F.: —«...una vieja historia en un bar...».

C.: —No, Paul, que no me gusta la canción, es muy lenta.

F.: —Pues hay que hacer una, y deprisa.

C.: —Ya lo sé.

De nuevo se hunden en el abatimiento, pero al poco Cansado salta alborozado y canta.

C.: —Escucha, Paul (con música de *Blowing in the Wind*, de Dylan): «Bailar, bailar, la juventud debe bailar,/tú me preguntas y yo te respondo, bailar y cantar hasta el amanecer».

F.: —Fenómeno, John, me gusta, ésa misma vale.

C.: —La letra está de puta madre, pero la música me parece como dylaniana o algo así, no me acaba de gustar. ¿Qué hora es?

F.: —Las 6.34 pm.

C.: —Y cierran a las 7 pm. Joder, se empeñó el mánager en grabar doce temas...

F.: —Qué más da once que doce... Si ya tenemos once sacamos el LP y venga... ¡Si va a ser número 1 igual!

C. (A los otros dos componentes de los Beatles, fuera del estudio): —¡Ringo! ¡Ya vamos, llama a George! ¡Sí, a George! ¡Cinco minutos!

F.: —Siempre es lo mismo, aquí hay dos que curran y los otros a tocarse las narices.

C.: —Claro, como te empeñaste en hacer un cuarteto de cuatro...

F.: —Venga, vamos a lo nuestro, que nos va a pillar el toro.

Una pausa.

F. (Tocando *Smoke on the Water*): —Escucha esto.

C. (Cantando): —«Bailar y cantar, la juventud tiene que cantar hasta el amanecer...».

F. (Cantando un poco heavy): —«Bailar y bailar, juventud, bailemos todos juntos, gritemos...». Sí, vale, ésta mismo puede valer. *Empieza a escribir en un papel pautado.*

C.: —No, Paul, es demasiado dura.

(A Ringo y George): ¡¡Ya, que ya, que ya vamos!! ¡Cinco minutos! ¡Venga,

George, no te mosquees!

F.: —Pues George no tenía ni que hablar... porque todavía a Ringo se le ve, no hace nada, pero por lo menos se le ve... Dime tú quién se fija en George, podíamos ser tres perfectamente.

C.: —Y si se inventaran pronto las cajas de ritmo, ¡dos!

F.: —Las 6.40.

C.: —Escucha esta (*con música de Help*): «Bailar, bailar, las chicas deben bailar, la juventud debe cantar... y también gozar».

F.: —Ésa ya la hemos hecho.

C.: —Claro, como hacemos tantas... Tenemos once cojonudas...

F.: —Ya, pero hacen falta doce.

C.: —Me acabo de acordar... la semana pasada compuse una marcha para la guardería de mi sobrino, a ver si te gusta (*canta el estribillo de Yellow Submarine*): «El pollito amarillo se/va con su papá/y con su mamá...».

F.: —Me gusta, me gusta, ésa vale, venga, vamos a grabar ésa.

C.: —Hombre, lo que pasa es que la letra es un poco infantil.

F.: —¿Lo de amarillo?

C.: —Lo de pollito. Tenemos que buscar un animal un poco más exótico.

F.: —Ya lo tengo, John. «La boa constrictor amarilla es/va con su papá/y con su mamá...». Cojonudo, ya está, grabamos ésta.

C.: —No sé, Paul... ¿papá y mamá?

F.: —¡A ver si ahora las boas constrictor van a ser huérfanas!

C.: —Escucha esto: «La boa constrictor amarilla es / va con su cuñado / y con su cuñá».

F.: —Venga, sí, ésa...

C. (*A Ringo*): —¡Que ya vamos!

F.: —¡Como ellos están tocándose los huevos!

C.: —Ir enchufando, que vamos.

Vuelven a hablar entre ellos.

C.: —Me parece que debe ser más dura todavía: «La boa constrictor amarilla es / se come a los cuñaos / tener cuidao, cuñaos...».

F.: —Chachi... y para los directos es perfecta (*hace como si hablara a un auditorio*): «A ver, chicas de Liverpool, vosotras sois las boas, los chicos de esta parte sois los cuñaos y los de ésta sois los que advertís a los cuñaos... Vamos, arriba». Vamos a dar el golpe, grabamos ésta.

C.: —Un momento. La boa constrictor no es amarilla...

F.: —Piensa en la psicodelia.

C.: —Si fuera un periquito...

F.: —Escucha: «La mahonesa amarilla es / se la come tu cuñado / y se enferma tu

cuñado...».

C.: —Ésa la cogen para hacer anuncios de sopas o cosas así.

F. (*Mascullando*): —«...se enferma tu cuñado...».

C.: —Eureka: «La hepatitis amarilla es / la hepatitis B / amarilla es...».

F.: —Dios mío, qué brillante eres: «La hepatitis amarilla es / la hepatitis B / amarilla es... La coge mi cuñado / la coge tu cuñado / tener cuidan, cuñaos...».

C.: —Ésta es... (*A Ringo*): Venga ya, vamos, que estábamos tomando un té.

F.: —Me voy a pasar al café, que por lo menos no está tan caliente.

Se marchan hablando entre ellos.

C.: —Tenemos el single... y además la letra tiene una temática social...

F.: —Y para el directo es genial.

C.: —Sí, podemos dividir entre hepatitis y cuñaos.

F.: —Y va a estar todavía mejor cuando cantemos en inglés.



¡SOMOS TAN BUENOS, QUE HASTA TOCAMOS CON LA IZQUIERDA!

Si Sibelius levantara la cabeza

Sala del Real Conservatorio de Música. Un serio examinador, Cansado, coteja una partitura y, sin dejar de mirarla, habla.

C.: —Por favor, el siguiente examinando... metal.

Entra Faemino, va vestido de legionario, porta un cornetín.

C. (*Sin levantar la vista*): —¿Nombre?

F. (*En tono marcial*): —Ezequiel Santisteban Urbina, señor.

Cansado levanta la vista y se queda atónito.

C.: —¿Perdón?

F.: —Ezequiel Santisteban Urbina, caballero legionario, señor.

C.: —Excúseme, creo que estamos en un error.

F.: —No, mi nombre es Ezequiel Santisteban Urbina, señor.

C.: —Perdón, me refiero a su comparecencia aquí en el examen.

F.: —¿Éste no es un examen para músicos, señor?

C.: —Sí, pero para la Orquesta Sinfónica Nacional.

F.: —¿Y?, señor.

C.: —Pues eso, que en la orquesta no participa el cornetín.

F.: —¿Acaso este modesto instrumento no ha dado momentos de gloria a España, señor?

C.: —Sí, verás, pero en una orquesta sinfónica... ya sabe, Beethoven, Mahler, Wagner, no compusieron nunca para cornetín.

F.: —Porque no serían buenos patriotas, señor. Insisto en que me dé una oportunidad, señor.

C.: —De acuerdo, perderemos menos tiempo así. Toque algo renacentista.

F.: —¿Qué quiere decir cuando dice «renacentista», señor?

C.: —Algo del Renacimiento.

F.: —Me temo que no sé de qué me está hablando, señor.

C.: —Sí, hombre, Corelli, Albinoni, el del adagio.

F.: —Ah, ya sé, allá voy, señor (*toca Llamada*). ¿Qué le ha parecido, señor?

C.: —Muy bien, ya le llamaremos. Gracias, don Ezequiel.

F. (*Cantando*): —«Soy el novio de la muerte y mi juventud la doy para el bien de mi patria...».

C.: —Por favor, no alborote.

F.: —Es que también me puede coger para el coro, señor.

C.: —Gracias, sólo buscamos instrumentistas.

F.: —Mire, mire (*hace alardes con el cornetín, como si estuviera en un desfile*), para cuando la Orquesta Sinfónica desfile, señor.

C.: —La Sinfónica no desfila, señor mío.

F.: —Bueno, pues cuando hagamos pasacalles, señor.

C.: —Le digo que no salimos a la calle. ¿Cómo cree que se puede tocar, desfilando, a Brahms o a Rimski-Korsakov...?

F.: —¡Ah, los cosacos! (*Cantando*): «Soy cosaco de la muerte...».

C.: —Por favor.

F. (*Toca el cambio de tercio en los toros*): —Fíjese, en los toros, lo bien que íbamos a quedar, señor.

C.: —Le repito que se marche inmediatamente o mandaré a buscar a un par de músicos.

F.: —Está bien, cuánto lo lamento... ya lo estaba viendo... yo allí, entre los músicos de la Orquesta Sinfónica tocando *Atención* antes de que usted llegara... (*toca*): «¡¡¡Entra el maestro!!! ¡¡¡Afinando instrumentos, einnn!!! ¡¡¡Sin novedad en los músicos!!! ¡¡¡Con usted hasta la muerte, señor!!!».

Cansado ha ido cambiando el semblante de ira por otro de interés.

C.: —Sería estupendo para mantener la disciplina.

F.: —«¡¡¡El que se equivoque en un bemol me va a estar un mes en el calabozo, me cago en mi padre!!!».

C.: —Y usted cree, Ezequiel... que los días esos de mucho compromiso, que el público está frío... usted ya me entiende.

F.: —Infalible, señor.

C.: —Me parece que vamos a llegar a un acuerdo.



CONCIERTO Nº5 PARA CORNETA DE MAHLER...

Rebelión a bordo del pop

Sala de ensayo de un grupo pop. Faemino, miembro del grupo, repasa indolente una partitura. Aparece Cansado, también miembro del grupo, visiblemente cansado. Los dos se saludan con un golpe en la mano.

C.: —Qué hay.

F.: —Qué pasa.

C. (*Refiriéndose a la partitura*): —¿Qué es eso?

F.: —No sé, me ha tocado en una rifa.

C.: —Estoy hecho polvo... He dormido sólo dos horas.

F.: —Pues anda, que yo... Todavía no me he acostado, he venido directamente, ni siquiera me he duchado.

C.: —Yo no me ducho, para qué. Yo sólo me lavo los dientes.

F.: —Yo ni eso... Joder, además, cómo me huele la ropa a humazo... Qué asco... Mira, huele.

C.: —Joder, pues anda, que la mía... Es que tenemos una marcha...

F.: —Sí.

C.: —Anoche estuve en el Aquí Te Pillo viendo a los Frigorífico No Frost...

F.: —¿Y qué tal?

C.: —Cojonudos, son unos niñatos, con una energía... Me recordaba a nosotros cuando empezábamos... Luego me encontré con el líder.

F.: —La jodimos.

C.: —Y tanto, se empeñó en irnos al Casta...

F.: —A ver quién le dice al líder que no.

C.: —Claro, nos pusimos hasta el culo. Nos echamos unas risas... estuvimos con dos pibas.

F.: —Yo también salí de marcha. No me apetecía, pero se enteró el líder que no he salido y no veas cómo se mosquea.

C.: —Joder, es que el mundo del rocanrol es muy duro.

F.: —Dieciocho años... yo tengo dieciocho años y fíjate como estoy... todo pellejo... Si hasta tengo evitaminosis... como malcomemos y además a deshora... Joder, con los mofletes que tenía yo cuando entré en el grupo.

C.: —Te llamábamos El Bola. Y yo, qué me dices, a mis veinte años y ya estoy de vuelta de todo. Fíjate qué tripa... por la puta cerveza. Si a mí me gusta el té.

F.: —Y el agua mineral y los zumos de frutas naturales.

C.: —Ya, pero dile tú al líder que no quieres bourbon...

F.: —No, claro, hay que tragar.

C.: —Y lo que echo yo de menos la paella de los domingos con los viejos.

F.: —Nos ha jodido.

C.: —A mí el rocanrol es lo que más me gusta del mundo, pero lo que no me gusta es lo que lo rodea.

E.: —Sabes que me gustaría dar un giro al grupo... hacer algo con más raíces.

C.: —¿Y el rocanrol?

F.: —No, joder, raíces y rocanrol...

C.: —Lo que pasa es que aquí el que canta, el que compone y el que sale en las fotos es el líder, y él no quiere cambiar. Si por lo menos compusiéramos...

E.: —Anoche compuse una canción encima de la mesa de billar.

C.: —No me jodas. ¿Y había gente jugando?

F.: —Sí, pero cuando te llama el rocanrol...

C.: —Enséñamela.

Faemino escruta cual detective por todos lados.

F.: —Espera, no nos vaya a pillar el líder.

Faemino saca una servilleta de bar donde está escrita la canción, e improvisan sobre una letra de Manolo Tena cantada como si se tratara de Héroes del Silencio. Ambos están entusiasmados.

C.: —Cojonudo... tío... qué lástima que no tengamos más.

F.: —Mira (*comienza a sacar de todos sitios montones de servilletas*), si me salen como churros.

C.: —¡Líder! ¡Líder! Mira, allí está... ¡¡¡Líder, te van a dar mucho por el culo!!!!

Se levantan y se van encantados.



EN EL CUARTO OSCURO

Paranoico a la vista
Entrevista a un claquetista
La realidad supera la ficción
Director de 'best sellers'

Paranoico a la vista

Set de entrevistas en un programa de televisión. Faemino es el presentador. Cansado es un director con fama de polémico.

F.: —Buenas noches a todos, bienvenidos al programa *Cine Cualquiera*. Hoy nos acompaña el polémico realizador Sebastián Cadaque...

C.: —¡Polémico, de qué..., a qué se refiere!

F.: —A nada concreto, quizá a que usted tiene seguidores y detractores casi por igual.

C.: —Qué pasa, ¿que usted los ha contado?

F.: —No, por supuesto, pero es lo que se comenta.

C.: —Se dice, se oye, se comenta... Estoy invitado a un programa en el que todo se dice, se oye, se comenta.

F.: —Bueno, dejémoslo... Su última película ha alcanzado por fin un gran éxito.

C.: —¿Por fin? ¿Qué quiere decir «por fin»? ¿es que le molesta?

F.: —«Por fin» quiere decir «por fin», por fin ya era hora, a mí su éxito me resbala.

C.: —Ya, la puta envidia.

F.: —Sí, la puta envidia, pero pierde el culo por venir al programa.

C.: —¿Que yo... que yo... que yo pierdo el culo?

F.: —Sí, usted.

C.: —Chico, si yo he venido para dar prestigio al programa. Hace años era cuando me hacía falta la promoción, entonces, qué poco me llamabais.

Suena un teléfono. Faemino lo coge y habla con alguien que le da instrucciones. Asiente y, sumiso, cuelga el teléfono. Intenta una pregunta conciliadora.

F.: —Si no le importa, hablemos de su última película.

C.: —¿Última?, ¿qué quiere decir, que no voy a hacer más? Pues sepa que ya estoy trabajando en un nuevo proyecto.

F.: —Mire ¿sabe lo que le digo?... *(suena el teléfono. Faemino asiente y cambia el gesto de cabreo que tenía)* ...en *Desayuno a las doce y media pasadas* destaca la estupenda elección de los actores.

C.: Ja, ja, ja, no me haga reír, si están bien es por cómo los he dirigido, si hubiera sido por ellos habrían quedado como el culo.

F.: —Se ha hablado mucho de la escena del muslo de pollo.

C.: —Han hablado ustedes, porque lo que es yo sólo he hecho una escena.

F.: —Sí, pero la importancia dentro de la película...

C.: —La importancia dentro de la película es ninguna, señor mío. El tipo se come un muslo de pollo de Kentucky porque el tipo tiene hambre. ¿O es que un ser humano

no puede tomar muslos de pollo de Kentucky?

F.: —Además, esa escena es como un homenaje a *Con faldas y a lo loco*.

C.: —No sé de qué me habla.

F.: —Sabe lo que le digo, que no es un homenaje, es una copia.

C.: —Su cara si que es una copia y ¡¡¡mala!!!

Faemino se levanta y se marcha.

C.: —Qué presentador más maleducado.

Entrevista a un claquetista

Set de programa de televisión. Faemino es el entrevistador, Cansado es un claquetista.

F.: —Buenas noches, queridos amigos, bienvenidos a este programa de cine. Hoy, lejos de hablar con estrellas rutilantes o sesudos directores, vamos a charlar con un artesano del cine: Andrés Sólo...

C.: —Buenas noches.

F.: —¿Prefieres que te llame Andrés sólo?

C.: —Andrés Sólo.

F.: —Está bien, Andrés... ¿cuál es...?

C.: —Andrés Sólo. Sólo es apellido, como el coñac Napoleón, ja, ja, ja.

F.: —¿Perdón?

C.: —Sólo... Napoleón... Napoleón Sólo... coñac... coñac Napoleón... Me gustan mucho las asociaciones y los juegos de palabras.

F.: —De todos modos, Napoleón Sólo es un personaje de hace veinte años.

C.: —Y dos calendarios zaragozanos, ja, ja, ja.

F.: —¿Perdón?

C.: —Ya sabe... años... maños... Zaragoza... tiempo, veinte años... ya sabe, las asociaciones... los juegos.

F.: —Bien, Andrés, cuéntenos cuál es su profesión.

C.: —Pues soy claquetista (*se levanta e improvisa unos pasos de claqué*), ja, ja, ja, como Fred Astaire... no, ja, ja, ja, es una broma, soy claquetista de estos de la claqueta, ya sabes.

F.: —Es una profesión un tanto oscura, ustedes no aparecen.

C.: —No, claro, pero oscura no, es más bien claqueta... oscura, abstracto, concreto, concreta, claqueta... lo que le dije, las asociaciones.

F.: —Y ¿cómo empezó?

C.: —A mí es que de joven me gustaba mucho lo que es el mundo del cine, las

películas, las actrices... y el mundo de la claqueta, la carpintería, la ebanistería... se podría decir que yo tenía madera de claquetista, ja, ja, ja..., madera, carpintería, ja, ja.

F.: —Y las claquetas, ¿dónde se venden?

C.: —No se venden, hay que hacerlas, nosotros somos unos auténticos *luthiers* de la claqueta, nosotros nos lo guisamos y nos lo comemos... camarero, una de claquetas... ¿entiende? ¡Son asociaciones!

F.: —Y ¿cuáles son las condiciones que debe reunir un buen claquetista?

C.: —Fundamentalmente, no ser zurdo... Por la estructura del aparato sólo los diestros son capaces de manejarla con soltura. Creo que es el único requisito... Bueno, y la vocación.

F.: —¿Y le parece que al claquetista se le da la importancia que en realidad tiene?

C.: —De ninguna manera. Yo creo que a lo largo de la película debían dejar por lo menos un par de planos de claqueta... y dar premios Goya. Aunque, la verdad, hasta que en América no den un Oscar, aquí no darán un Goya. Somos sifilíticos.

F.: —Querrá decir filatélicos.

C.: —Eso, cinefáticos, que nos gusta hacer lo mismo que hacen por ahí, ja, ja... ¿Cuál era la pregunta?, porque con tanta broma se me va Simón Templar al cielo.

F.: —¿Perdón?

C.: —El santo al cielo... Simón Templar... el Santo... asociaciones.

F.: —Pero esos personajes son de hace décadas.

C.: —Sí, dos de-cada-tres, ja, ja, ja.

F.: —Ya, las asociaciones... Le preguntaba por la importancia.

C.: —Ah, crucial.

F.: —Y para terminar, ¿cuáles son los problemas de su profesión?

C.: —Pues que somos muy individualistas... faltan asociaciones.

F.: —Pues ya lo han oído, hasta la próxima, amigos.

La realidad supera la ficción

Set de programa de televisión dedicado al cine. Cansado es en esta ocasión el entrevistador y Faemino el entrevistado.

C.: —Buenas noches, queridos amigos, buenas noches, siempre buenas noches, nunca se me ocurre decir nada original. Pero vayamos al grano: hoy nos acompaña Valentín Roca.

F.: —Buenas noches (*habla con acento inglés*), siempre buenas noches, nunca se nos ocurre nada más original, pero, en fin, vayamos al grano, sí, buenas noches.

C.: —La mayoría de ustedes, buenas noches otra vez, no reconocerán el rostro del gran Valentín ni su voz.

F.: —No, claro, es lógico, y la voz menos aún, buenas noches.

C.: —Valentín es un especialista, un gran especialista.

F.: —Pues sí, buenas noches.

C.: —De hecho, él ya no trabaja en nuestro país, él está ahora en América.

F.: —Pues sí.

C.: —Oye, y ¿cuánto llevas allí?, buenas noches.

F.: —Cuatro meses... por eso hablo así.

C.: —A lo mejor no me entiendes bien (*pone acento inglés*): ¿ahora qué tal?

F.: —Mucho mejor, ahora sí que son buenas noches.

C.: —Y ¿cómo empezó tu aventura americana?

F.: —Spielberg... me vio cómo me caía Spielberg y enseguida me contrató para lo que es América.

C.: —Buenas noches, explica eso, por favor.

F.: —Bueno, es que yo soy un especialista de especialistas, como si dijéramos... lo mío es caerme.

C.: —Pero cómo, de un tejado, de un avión...

F.: —No, por favor, te contesto ahora las buenas noches de antes, yo me caigo de una silla.

C.: —Y por qué marcharte a América y dejarlo todo.

F.: —¿Buenas noches?

C.: —Por supuesto.

F.: —Buenas noches, pues porque aquí ya lo tenía todo hecho, me he caído de silla, de oficina, de madera, de enea, de banqueta de esas de formica, de diseño...

C.: —¿Y América?

F.: —De momento en lo que es la silla no tengo competencia. Allí está lo que es la butaca. Estoy aprendiendo con el gran Stuart McClor.

C.: —¿Y cuáles son los problemas de tu actividad?

F.: —¿Físicos o psíquicos?

C.: —Cualesquiera.

F.: —Psíquicos ninguno, físicos, pues que de tanto caerme tengo ya los huesos flojos... Son diez años..., es una dura profesión.

C.: —Bien, pues ya lo han oído, una dura y no siempre valorada profesión. Los dejamos con unas escenas de Valentín... Buenas noches.

Faemino sonrío. Hay un silencio embarazoso. Un poco nervioso, Cansado apremia.

C.: —Buenas noches.

F.: —Sí, claro... Buenas noches.



Director de “best sellers”

Set de un programa de televisión dedicado al cine. Cansado es el presentador; Faemino es un director de cine español de la época del destape. La entrevista ha empezado ya, los dos están riendo:

C.: Ja, ja, sí, en ésa estaba muy bien. ¡Y cómo se enfadaba!

F.: Ja, ja, ja, es que se enfada muy bien, y no resulta un actor caro.

C.: —Bueno, bueno, sin embargo hay gente que dice que usted no dirige a los actores.

F.: Ja, ja, ja, pues la verdad es que mucho mucho, no. A mí lo que me gusta son las piscinas. Ese chalet con su piscina en forma de riñón... películas de lujo, no escatimar, si te cuesta cien millones como si te cuesta ciento dos.

C.: —¿Cuándo se dio cuenta de la importancia de las piscinas en sus filmes?

F.: —Desde que era jovencito yo quería hacer cine, me encargaron un documental sobre las piscinas municipales... y descubrí mi vocación. Por aquella película cobré

muy poco.

C.: —¿Por qué no aceptó realizar el campeonato del mundo de natación...?

F.: —Me pagaban poco, además, a mí me gusta lo que es piscina junto con lo que es ficción. Esas piscinas limpias... pero no sólo limpias de hojitas, sino con su cloro y todo, en la que se liga con una chavala imponente o hay un crimen o aparecen grandes actores como Landa, López Vázquez o el gran Sacristán... que empezó conmigo, ¿sabes?

C.: —¿Cuándo empezó a utilizar piscinas en sus películas?

E.: —Pronto, en cuanto tuve un par de éxitos y gané tres millones ya tuve mi chalet con piscina, esos rodajes eran una hermosura. Lo que les relajaba a los actores, dale que te pego ahí con el limpiafondos.

C.: —Usted habla de éxitos de público porque nunca tuvo éxito de crítica.

F.: —Hombre, porque soy un director marginal e incomprendido y se me envidia el dinero que gano.

C.: —¿Y premios?

F.: —Eso es una pura injusticia y, claro, como gano mucho y bien... no me preocupa.

C.: —¿Cuál es su actor o actriz favorita?

F.: —Esther Williams... Johnny Weissmuller podría haber hecho cosas maravillosas, pero... siempre en la selva... Claro, además cobraba mucho.

C.: —Su película favorita.

F.: —*Escuela de sirenas*.

C.: —¿Qué opina del cine actual?

F.: —Que es horrible. No sacan piscinas, y si las sacan están sucias o con cadáveres o zombis, estamos llegando al final del séptimo arte.

C.: —Y qué consejo daría a la gente que está empezando.

F.: —Pues que saquen más piscinas, que es un mundo apasionante y que por muchas que salgan siempre son pocas.

C.: —Y para terminar, cuéntenos sus proyectos.

F.: —Estoy trabajando en una coproducción con Cousteau. ¿Sabe que él empezó también en esto de las piscinas? Pero pronto pasó a la playa y enseguida a lo que es el mar. Ahora queremos hacer una película de orcas asesinas, pero en una piscina. Se va a llamar *Julia, la orca asesina de la piscina municipal*.

**¿QUÉ
LE PASA,
DOCTOR?**

**Los virus también hablan
El enfermo debe ser lo primero
La pescadería de guardia**

Los virus también hablan

Interior de un ser humano. Dos virus charlan amigablemente.

C.: —Lo he pasado cojonudo.

F.: —Hombre, claro, no todo va a ser hacer el mal.

C.: —Es que los virus tenemos muy mala prensa.

F.: —Pero también sabemos divertirnos.

C.: —Yo creo que éste ha sido el mejor de todos los carnavales en los que he estado.

F.: —Hombre, había mucho nivel.

C.: —Me ha encantado el que iba disfrazado de hernia.

F.: —Formidable, ¿y qué me dices de la ameba?

C.: —Sobrado.

F.: —A quién se le ocurre disfrazarse de protozoo...

C.: —Iba perfecto.

F.: —Ahora, que hay que tener mala leche para hacer lo que ha hecho el bacilo, nos ha acojonado.

C.: —Si te parece, disfrazarse de ácido acetilsalicílico...

F.: —¡Y efervescente!

C.: —Este año he echado de menos al difunto Santos.

F.: —Sí, es que animaba mucho.

C.: —Pero ya ves...

F.: —El maldito rayo láser.

C.: —No somos nada. Dejé escrito que no quería que lo enterraran en una capa de celulitis, quería ser vertido al mar, arrastrado por el pis, por la orina, que dicen los humanos.

F.: —Yo lo vi salir.

C.: —Ah, claro, tú sigues destinado en el pene, ¿no?

F.: —Sí, de allí ya no me mueve ni Dios, y eso que al principio, cuando me dijo el jefe: «Juan Manuel, te ha correspondido el pene», me entró una rabia... Porque, vale, soy un gonococo, pero tengo la carrera de Derecho... ¡Destinado al pene! Y ahora, fíjate, vivo estupendamente, poco trabajo, ya no hay apenas que provocar infecciones, de vez en cuando unos hongos... El que ha subido un montón eres tú.

C.: —Sí, vivo en un alveolo pulmonar adosado. Es que las infecciones de vías respiratorias están hoy de moda. El que no quiere un catarro quiere una faringitis.

F.: —Y eso que empezaste fatal.

C.: —No me lo recuerdes. Todavía tengo esta pierna tonta. Estaba currando en una amigdalitis y apareció un antibiótico, y el tío empeñado en darme con la porra...

Y yo le decía: «Compañero, si tú y yo somos iguales... de acuerdo que cumples órdenes, échame y cumple con tu jefe, pero no me golpees».

F.: —Son unos engreídos, llevan en el mundo cuatro días como aquel que dice, y además de casualidad, y se lo tienen creído...

C.: —¡Y rígidos! ¡¡Son como robots!! ¡Fíjate cómo me dejó! Oye, ¿y sigues soltero?

F.: —Sí, ése es el problema. Más o menos ligo, pero cuando les digo a las bacterias que vivo en el pene... A ver si vienes un día por casa, tú que viajas tanto.

C.: —Huy, viajar yo, lo único que hago es visitar a mis hijos, que están currando abajo, de pies de atleta.

F.: —Pues un día pásate por mi casa. ¿Sabes cómo ir?

C.: —Por las rondas. Cojo la M-aorta hasta la femoral y desde la femoral la subclavia...

F.: Joder, pues en vez de tirar por la femoral coge la inguinal hasta los testículos y de allí, andando, es un paseíto.

C.: —Mira, de mi último viaje (*saca una postal*)... cuando estuve con mi primo en Barcelona...

F.: —Anda, si es el Pep... ¿Qué hace ahora?

C.: —Mira, de caries.

F.: —Que mal rollo... de caries.

C.: —Pues sí que en el pene...

F.: —También tienes razón. Lo que pasa es que luchar contra un antibiótico, vale, pero contra un dentista lo único que puedes hacer es tirarte a los ojos.

C.: —Sí, morir matando.

F.: —Aunque también te puedes escaquear en una buena gingivitis...

C.: —Mi sobrino es dentista.

F.: —¿Y él me podría poner un puente aquí?

C.: —Seguro, además es muy bueno. Toma (*le da una tarjeta*).

F.: —Oye, pues es la primera vez en nuestra historia que acabamos un *sketch* de manera constructiva.

C.: —Yo creo que nos estamos haciendo mayores.

F.: —Sí, nos estamos aburguesando.



¡ LOS VIRUS SOMOS GENTE HONRADA ... !

El enfermo debe ser lo primero

Un despacho convencional de un médico (Faemino). El médico aprieta la tecla de un interfono.

F.: —Que pase el siguiente.

Entra un paciente (Cansado) y se produce un destello luminoso, un flashazo.

F.: —Buenos días.

C.: —Buenos días... Disculpe, doctor, tengo un poco de prisa, he dejado el coche mal aparcado.

F.: —Pero, hombre, cómo no lo ha metido en el garaje. Déme las llaves, que se lo aparco yo.

Efectivamente, se lleva las llaves y enseguida vuelve a entrar. Trae el casete.

F.: —¿Ve cómo no he tardado nada? Tenga el casete. Mira que dejárselo puesto... Bueno, vamos a ver. *(Coge una especie de bloc de notas).* ¿Qué quiere usted tomar?

C.: —¿Perdón?

F.: —Sí, de desayuno.

C.: —Un café con leche.

F.: —¿Qué tal su estómago?

C.: —Pues por eso vengo a verle... un poco mal.

F.: —Pues entonces un té... ¿y para mojar?

C.: —¿Qué tiene?

F.: —Tenemos el suizo, la pinca, la palmera, el croissant...

C.: —Un croissant.

Se marcha y al poco vuelve con el desayuno. Por fin se sienta.

F.: —¿Su nombre? Usted dirá...

C.: —Últimamente hago muy malas digestiones y me siento muy pesado.

Mientras que están hablando el doctor ha cogido las manos del paciente y comienza a hacerle las uñas.

F.: —¿Tiene usted aerofagia?

C.: —No, la verdad es que no. Me cuesta mucho expulsar los gases.

F.: —¿Y le duele el estómago?

C.: —No, dolor no... es como si me pesara. Por cierto, doctor, podría hacer una llamada a mi trabajo para decir que voy a llegar un poco tarde.

F.: —Cómo no. Dígame el número.

Marca y llama él.

F.: —¿Oiga? Llamo de parte del señor Antúnez... Sí... que va a llegar un poco

tarde... Sí, es que se ha entretenido en el médico... Yo... soy el doctor... Sí... gracias... adiós... A otra cosa, mariposa.

Faemino se pone en pie, coloca una tela de peluquero alrededor de Cansado y comienza a peinarlo con un secador y un cepillo.

F.: —¿Ha tenido úlcera?, ¿o gastritis?

C.: —No, señor. Todo el problema me viene de hace unas cuatro semanas. Yo toda mi vida he estado como un castaño.

F.: —¿Acidez?

C.: —Es lo que más.

Faemino deja de peinarle y se agacha para coger un banco de limpiabotas. Le limpia los zapatos mientras hablan de toros y fútbol. Después se sienta de nuevo en su sillón.

F.: —¿Y ha habido algún cambio que le haya cambiado su vida, ha cambiado de trabajo?

C.: —No, sigo trabajando en la misma empresa.

F.: —¿Dónde trabaja?, si se puede saber...

C.: —En una fábrica de conservas. En el departamento donde probamos las conservas... si están en su punto... Ya sabe.

F.: —¿Y qué envasan?

C.: —Pues hasta hace muy poco verduras, pero últimamente sobre todo fabadas en bote.

F.: —Bueno, pues va a ser eso. De momento va a dejar quince días de trabajar, y si sigue sintiéndose mal vuelva por aquí.

C.: —Muy bien, doctor, muchas gracias. ¿Cuánto le debo?

Cansado le da una tarjeta de crédito y hace la operación.

C.: —¿Me da las llaves del coche?

F.: —¿Su coche era?

C.: —Un ZX blanco.

Faemino abre una especie de armarito y saca las llaves. Se las da.

C.: —Adiós, doctor.

F.: —Espere un momento, que se me olvidaba.

Sale un momento y vuelve con una foto.

F.: —Adiós.

C.: —Adiós.

Cansado mira la foto. Es una foto suya entrando en la consulta, como las que habitualmente se hacen en las entradas de los parques de atracciones o del zoo.



La pescadería de guardia

Cansado avanza por una calle. Es de noche. Se para en la puerta de un establecimiento.

C.: —¡Qué suerte! ¡Está de guardia!

Llama al timbre. Al otro lado de la puerta de cristal aparece Faemino con su correspondiente bata blanca.

C.: —Buenas noches, está usted de guardia, ¿verdad?

F.: —Sí. ¿Trae usted receta?

C.: —Aquí está.

F.: —Pase usted.

Cansado entra en una especie de farmacia-pescadería.

F.: —Así que quiere usted una lubina.

Se acerca a un cajón de la letra L y saca un besugo.

F.: —Muy bien. ¿Me da su tarjeta del seguro?

C.: —Perdone, pero eso no es una lubina, eso es un besugo...

F.: —Pues tiene usted razón... Como yo no entiendo mucho... Yo soy el mancebo... y como estaba en la L...

Se acerca, sin darle mucha importancia, a la V y lo mete allí. Vuelve a la L y no encuentra nada.

F.: —Oiga, pues no tengo lubina... ¿quiere usted llevarse un mero?

C.: —¿Y será lo mismo?

F.: —Hombre, lo hace otro laboratorio, pero es prácticamente lo mismo.

Se acerca a la M y saca un prospecto como de medicina.

F.: —Mírelo usted mismo.

C.: —Composición: «Pescado»... eso es igual... «Indicaciones: bulimia, delgadez y estados hambrientos en general. Posología: una vez al día. Contraindicaciones: vino tinto. Efectos secundarios: la utilización indebida del producto puede dar lugar a trastornos gástricos. Incompatibilidades: cordero. Presentación: en unidades de uno...», pues es prácticamente lo mismo.

F.: —Ya le decía yo.

C.: —Oiga, ¿me puedo pesar?

Miran ambos a la báscula que cuelga del techo.

F.: —Lo veo un poco difícil... Si quiere le puedo tomar la tensión.

C.: —De acuerdo.

Faemino saca un pulpo y envuelve el brazo de Cansado. Comienza a apretar la cabeza del pulpo. Suena el timbre de la puerta.

C.: —¿Tiene usted gambas?

F.: —¿Con azúcar o sin azúcar?

C.: —Sin azúcar.

Acaba con la tensión y pone dos gambas en una bolsa.

F.: —¿Alguna cosita más?

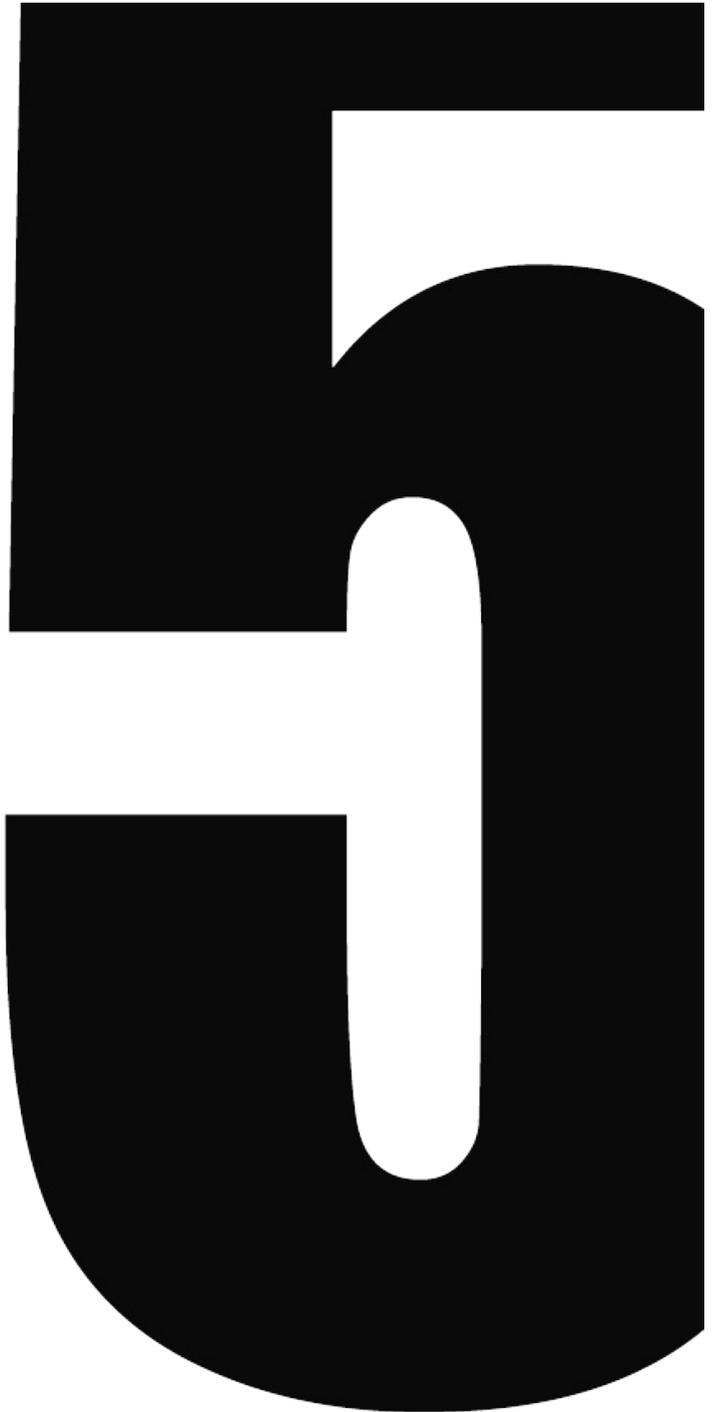
C.: —Pues mire, ahora que lo dice usted, ¿tiene los productos contra la caída del cabello del doctor Gómez Honrubia?

F.: —Hombre, tengo lo último que ha salido. *Faemino saca un lenguado que lleva una goma y se lo pone en la cabeza a Cansado.*

C.: —Es tópico.

F.: —Además, es un producto capilar que se lo puede comer cuando quiera, y eso siempre es una ventaja...

C.: —Estupendo. Pues deme también un bote para análisis de orina.



**Siempre
perdiendo**

ANTOLÓ *GIA*

ESTA FUNCIÓN LA ESTRENAMOS EN SEGOVIA, en el teatro Juan Bravo. Y la verdad es que desde la fecha del debut hasta la grabación en el teatro Victoria Eugenia de San Sebastián los cambios han sido múltiples. Hasta el extremo de que el original *Siempre perdiendo* fue creciendo hasta encontrarnos prácticamente con dos espectáculos en uno.

Siempre perdiendo ha sido representado en un gran número de teatros por todo el territorio nacional: en más de quince y en menos de cuatro mil ochenta recintos. Durante cinco años seguidos... Bueno, con numerosos descansos.

La puesta en escena es exactamente la misma con la que debutamos en un café-teatro (el Avapiés, en Madrid) hace ya muchos, muchos años. La verdad es que el éxito nos acompañó durante toda la gira, y lejos quedan algunos sinsabores divertidos. No nos resistimos a contar, desde esta perspectiva, una actuación en el teatro Principal de Santiago para siete personas. Apenas nadie nos conocía, eran carnavales y la gente estaba por otros estímulos. Los pocos asistentes a la función se encontraban diseminados por la sala. El gerente nos aconsejó congregarlos a todos en la platea para dar un poco de ambiente. Dijimos que no, que el que hubiera pagado segundo piso que se quedase en el segundo piso. Superada la primera decepción, fue una función muy divertida.

Otra vez actuábamos en el auditorio del Centro Cultural de Moncloa de Madrid y no acudió nadie. Y no es un eufemismo. De acuerdo que jugaba el Real Madrid, pero ¿nadie? En fin, nos pagaron igual y nos fuimos a cenar a Viridiana para no deprimirnos.

En un pequeño café-teatro, también de Madrid, nos pasó algo curioso. En el local sólo había dos espectadores. Una pareja de enamorados que estuvieron durante toda la actuación besándose y acariciándose. Cuando acabamos, nos aplaudieron, cariñosos. Estupendo, nosotros os respetamos a vosotros y vosotros nos respetáis a nosotros.

Nos acabamos de acordar de algo genial. Un día nos contrataron para presentar la fiesta anual del PCE. Se nos ocurrió una broma sensacional. Debíamos presentar a Siniestro Total. El auditorio de la Casa de Campo estaba abarrotado. Y dijimos que, bueno, que había habido un pequeño problema, que los Siniestro no habían podido llegar y que en su lugar actuarían Víctor y Ana, que eran de izquierdas. Treinta mil gargantas empezaron a llamarnos hijos de puta. Eso lo aguantamos estoicos, pero cuando empezaron a caer los botes salimos corriendo del escenario. ¡Qué poco sentido del humor! Luego los organizadores nos pidieron que saliéramos a actuar mientras que solucionaban un problemilla, para que la gente no se aburriera... ¡Que se aburran!

Y como final algo inaudito, increíble, inmarcesible. Nos contratan en un bar de Vallecas (un barrio auténtico de Madrid), concretamente en el Hebe... Parece que es

ciencia-ficción, pero juramos que es cierto. Escenario en alto, la gente de pie. El local a tope. La gente se ríe, doblándose. Son como olas. Es maravilloso... Y se acerca lo que nunca, jamás, nos ha vuelto a ocurrir. Acabamos la función, vamos a cobrar y nos dice Juanjo, el dueño: «Oye, ¿de cuánto habíamos hablado?». «Quince talegos», bromea Faemino. «Tomad veinticinco, que ha estado cojonudo y la gente se lo ha pasado de puta madre». Siempre llevaremos al Hebe en nuestro corazón.

Y ya está bien, que nos estamos poniendo nostálgicos y eso es mala señal, que cuanto más viejos más pellejos. Esperemos que os divirtáis leyendo el guión de *Siempre perdiendo (Antología)*



C.: —¡Hola!, muchas gracias a todos por vuestra presencia aquí. Para los artistas es muy importante la presencia del público, sobre todo para artistas como nosotros, que todo lo hacemos por la pasta. ¡Gracias!

F.: —¡Gracias, gracias, gracias, gracias, amigos, gracias por estar aquí! Gracias, por no estar por ahí apedreando perros. Gracias por apoyar a los artistas. Dios os bendiga. ¡Y que vuestros hijos no se vean nunca como nosotros! Y si a lo largo de la noche contamos algún chiste que no tenga gracia, por favor, vosotros os reís, porque mejor se está aquí que delinquiendo por ahí.

C.: —Recién... recién llegados de Madrid... *nosaltres*.

F.: —¡Ay! Y dicen que esto es fácil. Una mierda como un niño de tres años. ¡Ay, que empecéis bailando, dice el mánager! Empieza tú, cabrón. Seguro que te estás tocando los güevos... «Me llevo el veinte por ciento, sólo». Tío, pero para tocarte los güevos... es un dinerín.

C.: —¡Buenas noches!, buenas noches a todos. Estamos muy, muy contentos de estar aquí actuando esta noche, en San Sebastián. (*Risas*). Con lo bien que iba, coño. La hipocresía no es mala, es parte del ser humano. Bueno, vamos a dar unas pautas del espectáculo de esta noche para que sepáis a qué ateneros. A nosotros siempre nos gusta dar pautas en los espectáculos para que la gente sepa bien a qué atenderse. Éste no es uno de esos espectáculos a los que vas y te dices: «¿Me estaré ateniendo bien o me estaré ateniendo mal? ¿Estaré acorde con las pautas o no?». Aquí las pautas están muy claras, para que no haya duda. Bien, el espectáculo dura una hora y veintinueve minutos. Exacto, ni uno más ni uno menos. Un espectáculo tipo suizo, digamos. Luego hay una charla-coloquio, como siempre. Es una charla a la que acuden los artistas... y también nosotros dos, posiblemente.

F.: —Posiblemente.

C.: —Luego, al final hay un colofón. Brillante, ya que salen tres chicas desnudas.

Bueno desnudas... con zapatillas de baile.

F.: —Semidesnudas.

C.: —También salen tres chicos, tres jóvenes, tres galanes, también en pelotas, por supuesto. Bueno, llevan botas de esquiar, o sea que en pelotas... Y hay un número muy interesante de danza contemporánea, de baile moderno. Que hay que ver. O sea, empiezan bailando y acaban follando, como pasa en la vida real. Igual que en la vida real. Bueno, al que le pase, que yo... Y eso que yo bailo un montón, me pongo a bailar y... En fin, recapitulemos. Primero está el espectáculo, propiamente dicho, luego la charla-coloquio y al final la orgía. Hay gente que comenta: «¿Y por qué no hacéis la orgía primero?».

F.: —Porque no nos interesa.

C.: —A ver quién mantiene ese ritmo de media. Siguiendo con las pautas... esta noche no vamos a regalar teléfonos móviles, no vamos a repartir *turys*... No, no. No haremos nada de los clásicos, no, no...

F.: —Ah, no, los clásicos no. Mira, los clásicos no.

C.: —Es verdad. Esto hay que explicarlo, porque si no va a parecer, a simple vista, que somos una pareja de incultos. Y la verdad es que no sólo lo parece. Hombre, hace diez años (¡hace diez años ya!), montamos un espectáculo con textos de los grandes místicos del Siglo de Oro, en castellano: San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús... Los textos cómicos, me refiero. Son poetas excelsos, poetas maravillosos, pero como humoristas, uuuuh... Y Teresa de Jesús, uuuuh. ¡Qué mal rollo! Era una mujer muy extraña, o sea, como si fuera medio masoquista, como si la vida la hubiera golpeado.

F.: —Es que, hay que ver, ¿eh?: «Vivo sin vivir en mí...».

C.: —Como poema está bien, es un poema excelente, pero ¿cómico? Bueno, a lo mejor si lo recita mal, si...

F.: —Sí, en pelotas.

C.: —Bueno, o con botas de esquiar.

F.: —...si dice: «¡Oh, Señor, Dios de los cielos! Saca un puñal que tengas por ahí y clávamelo en la tripa, hazme una raja de ciento cincuenta centímetros. Lánzame al cielo infinito, (evitando cual cigüeña, y deja caer mis tripas por tu brazo sanguinolento, sí. Dame una vuelta, otra, gratis. Y déjame caer al suelo, incólume, a ser posible».

C.: —Bueno, ¿cómico? Pues lo ha recitado así de cachondeo. Pero entonces... no se reía nadie. En aquella época, nadie se reía. Nadie, nadie, nadie.

F.: —Bueno, tres o cuatro, pero serían los herederos, pa' pillar.

C.: —En fin, dada esta experiencia tan negativa, decidimos no hacer clásicos nunca más; desde entonces hacemos nuestros textos. Claro, no es lo mismo, no riman, ni eso. ¡Bueno, pero cuidao...!

F.: —Eh, eh, eh.

C.: —¡Cuidao, cuidao, cuidao!, que también sabemos rimar, de vez en cuando, ¿eh? «Melón» con «jamón», que no hay duda de que rima. «¡Huy, qué poco habéis rimao!», nos dicen a veces. Sí, pero mira qué rima, o sea... que está ahí, contundente. «Camión», «melón» con «jamón». «Me apeo del camión y me hincho de melón con jamón».

F.: —¡Claro que sí, hombre!

C.: —¿Por qué? «Porque me sienta bien al riñón».

F.: —¡Impecable, vamos, impecable! Melón, camión, jamón... Claro (*a Cansado*): ¿qué pone aquí, hombre?

C.: —«Mientras me tomo el melón con jamón me palpita el corazón». ¡Y menos mal!

F.: —Corazón.

C.: —Calefacción.

F.: —Calefacción.

C.: —En invierno adoro la calefacción...

F.: —Ahí está, pues eso.

C.: —Hay montones de palabras que riman, muchas palabras: «Campeón».

F.: —Campeón. ¿Ves? Pues también rima.

C.: —Subcampeón.

F.: —Subcampeón, también rima. Hay montones, montones, de ponerse a rimar y no parar.

C.: —En inglés también: «camón», o sea...

F.: —Baby, «camón».

C.: —John Lenon, «John Lenón». Hay muchas palabras. Se puede rimar muy fácilmente.

F.: —Pero facilísimo, ¿eh? O sea, te lo inventas y ya está.

C.: —Sin pensar, se puede hacer sin pensar.

F.: —Sin pensar.

C.: —Sí, sí, te relajas y ya está. O te pones... y ¡bum!, fluye.

F.: —Sin pensar, ¿eh?, sin pensar.

C.: —No tiene mérito.

F.: —Sin pensar, mira, sin pensar.

C.: —Calefacción.

F.: —Está repetida, pero como es sin pensar...

C.: —Tenis de mesa, el ping-pong. Peleón, o sea, el vino o la persona.

F.: —Eh, eh.

C.: —Mejor que sea la persona; el vino, no.

F.: —Hay montones de palabras.

C.: —Hay muchas, sí, sí.

F.: —Chin pom. Para terminar el poema: «melón, don Simón, tetracampeón, chin pom». Todos a casa.



C.: —Esta noche encuentro el teatro un poco frío. Si no os importa, vamos a hacer un experimento muy breve para calentarnos. Un experimento... resumo, tres minutos, nada más que tres minutos. ¡Qué son tres minutos comparados con el espectáculo, que dura una hora y cuarenta y nueve minutos!

F.: —Nada.

C.: —Va a pasar en un suspiro, en un abrir y cerrar de ojos. Es un experimento muy sencillo, para calentar la sala. Consiste en dividir el teatro en dos partes, en la parte Alfa y en la parte Omega. Es una experiencia pastoril, bucólica, o sea, es... es nada.

F.: —Es la *pimpolla*.

C.: —Vamos a calentar el teatro, la parte Alfa vamos a empezar allí en la esquina. Justo termina allí, arriba, en aquel muchacho que está navegando.

F.: —Sí, el navegante de Internet.

C.: —La parte Omega comienza en él mismo, ocupa una posición imaginaria y acabará, justamente...

F.: —Acabará... pues ahí..., donde la chica de bigote.

C.: —Espectacular. Bien, eh... Vosotros, por favor, ¿qué parte sois?

Público (*pocos*): —¡Alfa!

F.: —¡Aaah, aaah, ah! Y parecía fácil, ¿eh?

C.: —Bueno, de todas formas, si alguien no está de acuerdo con la parte que le ha tocado, se puede cambiar ahora, ¿eh? Que a lo mejor hay gente que está en Omega y es Alfa de toda la vida y se dice: «¡Me cago en la puta, soy Omega, qué hago aquí!». ¿Vosotros qué parte sois?

Público (*la mayoría*): —¡Omega!

F.: —Ahí está.

C.: —Sí, señor, parte Omega. Muy bien: «Somos Omega y estamos orgullosos de serlo».

F. (*A los Omega*): —De todas maneras, vosotros lo tenéis más fácil, ¿eh? Si ellos son Alfa, nosotros ¿qué vamos a ser?

C.: —Bueno, ¿qué es lo que pedimos para calentar el teatro? Pedimos, simplemente, que toda la parte Alfa dé una palmada de forma simultánea.

(*Palmada desacompasada*).

F.: —¡Puuuuf! No avanzamos, ¿eh?

C.: —Me parece... No sé si lo he dicho, si no, lo repito: Tenemos tres minutos para hacer esto. Bueno, si hay que dedicarle más se le dedica, ¿eh? Ha habido días que el espectáculo ha sido, exclusivamente, esto. La gente se ha ido muy mosqueada a su casa. Pero han dado una palmada todos a una ¡que te cagas! «¿De dónde venís?». «De dar palmadas simultáneas». «Pero bueno, y ¿qué más?». «No, no, sólo eso». Venga, a ver, parte Omega.

(Palmada desacompasada de nuevo).

F.: —¡Uuuuf! Ni copiando.

C.: —Vamos a recapitular. Vamos a recapitular, parte Alfa, parte Omega. Aquí no queremos que haya mal rollo en ningún caso. Venga, vamos a la parte Alfa. ¡Atención, parte Alfa!

(Palmada simultánea casi buena).

C.: —Bien, parte Alfa, bien. Bien, la hipocresía al poder, bien. Bueno, ya está. Vamos a la parte Omega. ¡Atención, parte Omega!

(Palmada simultánea).

F.: —Muy bien, ahí está.

C.: —¡Qué efecto! ¡Vamos a la parte Alfa! ¡Atención, parte Alfa!

(Palmada simultánea).

F.: —Ahí, ahí está. Muy bien, muy bien. Déjenlo ahí.

C.: —Muy bonito. Es la escala más bonita. Vamos a la parte Omega, ¡atención, parte Omega!

(Palmada desacompasada).

F.: —Eh, no os riais, parte Alfa.

F.: —Se los ve con interés.

C.: —Es que ha sido por mi culpa, me he puesto nervioso con los focos y el micrófono y me he hecho un lío. Vamos a repetir otra vez. Ahora, si queréis, los rencorosos no lo hagáis. Solamente las personas de buen rollo. ¡Atención, parte Omega!

(Palmada simultánea).

C.: —Perfecto, muy bonito.

F.: —Ahí.

F. y C.: —¡Omega!, ¡Alfa!, ¡Omega!, ¡Alfa!, ¡Omega! ¡Alfa!, ¡Omega!, ¡Alfa!, ¡Omega!, ¡Alfa!, ¡Omega!, ¡Alfa!... *(Aplauso simultáneo).*

C.: —¡Qué sorpresa! ¡Anda! O sea, que vas sumando y al final, ¿eh? ¡Anda, qué efecto!, ¿no?



C.: —Bien, esta parte que hemos hecho hasta ahora se llama «Hablar por hablar». Se trata de que el tiempo pase. Porque el espectáculo dura una hora y veintinueve minutos y con esto le metemos diez o quince de clavo. Luego sumas y salen las cuentas, perfectamente. O sea, ¿es que vale todo? Sí, sí vale todo. ¡Ah!, ¿éste es el nivel del espectáculo? ¡No, hombre, luego baja! ¡Y bastante! No obstante vamos a empezar con la parte que tiene un planteamiento teórico un poquito más avanzado. En esta parte nos mostramos tangentes a la vanguardia actoral, digamos. En esta parte investigamos el mundo prístino, testecador, en tanto en cuanto... Es quizá en esta parte cuando nosotros nos imbuimos de todos los aspectos del gesto. Habida cuenta de que revierten, de alguna manera, en las intenciones que subyacen en toda la idiosincrasia que durante... en algún caso, las... las preten... (A *Faemino*): Añade algo, tío, que me he quedado un poquito así...

F.: —Lo importante es tener salud.

C.: —Bien, vamos a seguir con el espectáculo, o vamos a empezar, o lo que sea. Vamos a seguir con un número de unos mimos, unos mimos muy especiales. Unos mimos muy, muy peculiares. Y, bueno, habrá gente que diga: «¿Qué tiene de peculiar un mimo?». Bueno, éstos hablan. Aportan algo al mundo del gesto, algo que, desde mi punto de vista, le faltaba, como es la palabra. O sea, yo veía mimos y me decía: «Tío, está bien, pero no sé... dime algo, comunícate conmigo».

Éstos son mimos parlantes, digamos. Pero, la verdad es que empezaron como unos clásicos mimos, mimos mimosos. El mimo que tira de la cuerda, que coge la flor, en fin... el rollo de los mimos, ¿no? El mimo clásico. Tienen una carrera muy curiosa, ya que trabajaban en un parque de Madrid, en el parque del Retiro. Y un día pasó alguien de la cadena SER. Y los vio y se dijo: «Yo creo que estos mimos encajan en el programa matinal de radio que tengo, porque son mimos muy contundentes». Les entró: «Oye, ¿vosotros creéis que encajaríais en un programa matinal que tengo de radio...?». «¡Hombre!... no creemos, porque el mimo es de una onda así como más... la radio es una onda más... más herziana». Y dijo el de la cadena SER: «Tengo como medio kilo al mes, ¿eh?». «¡Ah, entonces ya encajaremos!».

Así pues, empezaron a hacer mimo en la radio, pero no, no encajaban. Tú estás en tu casa escuchando la radio, ¿no? Y de pronto dicen: «Y ahora, con todos ustedes, el mimo». Y te dices: «¡Uuuf! ¿Y si es mentira?». O: «¿Estará grabado del día anterior?, ¿será el mismo de la semana pasada?».

El caso es que no encajaban en la radio, y un día, cuando ya se iban a despedir, tuvieron la fortuna, o la mala fortuna, depende de cómo lo quieras mirar, de que uno de ellos se dio un tremendo golpe en el codo mientras hacía su número. Un tremendo golpe, bueno, es obvio decir «tremendo», porque en el codo... Fue tremendo el golpe. No es como en otro sitio, que dices: «¿Qué tal el golpe?». «Pues tremendo, relajado...». El codo está puesto aquí a mala leche; o sea, Dios lo ha puesto aquí

sabiendo lo que hacía, porque lo podía haber puesto detrás, perfectamente. No, dijo: «Como la mayoría vais a ser ateos, os jodéis, y os acordáis de mí cuando os deis un golpe». El caso es que el mimo, el alto, se dio un golpe... Y claro, empezó a proferir lamentaciones, blasfemias. Blasfemias menores, por supuesto: «¡Me cago en san Pito Pato!, ¡me cago en Judas, el vecino del quinto!». Y entonces se dio cuenta de que al hablar se hacía entender por la gente. Y dijo: «Ah, con que era esto, con que se trataba de hablar, ¿no?: “Estoy cogiendo una flor, estoy tirando de la cuerda, mira, esto es la claustrofobia, niño, la angustia vital”. Bien, bien».

Y ahora están en el mundo del espectáculo. Van a hacer un número, para niños, que han preparado para las Navidades, es un número un poquito flojo, pero lo importante es la técnica. Si no os gusta mucho, pues no pasa nada. Disimuláis. Total, son cinco minutos y luego salimos nosotros... Y si os gusta mucho también disimuláis. Disimuláis, porque luego salimos nosotros.



C.: —Érase una vez un hombre llamado Juan. Vivía en una ciudad como ésta y tenía una bonita profesión. Era ebanista. Un día, al salir del trabajo, Juan tuvo una idea: «Me voy a ir a mi casa». Así lo hizo, y en el camino fue donde se encontró con su amigo Luis. «¡Hola, hola, Juan!», dijo Luis. «¡Hola, Luis!», dijo Juan. Mas entonces dijo Juan... o Luis. Luis... Juan... No, Luis.

F.: —Juan Luis.

C.: —Bueno, dijo:

—¿Cómo es que no te veo desde hace un año?

—¡Jo! No me ves desde hace un año porque he estado fuera del país.

—¡Oh, ostras!, ¿y dónde has estado? —volvió a inquirir presuroso Luis.

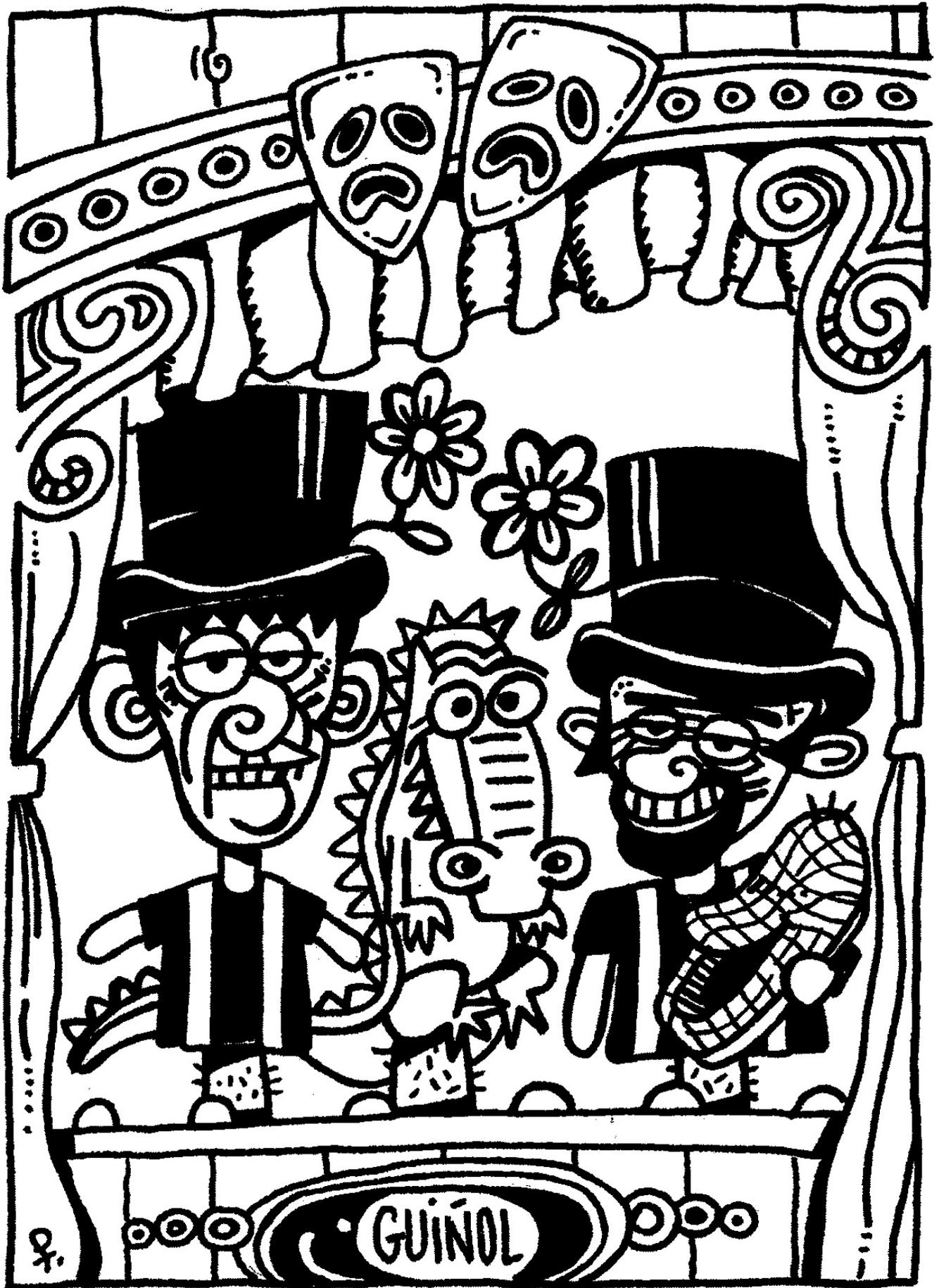
—¡Oh!, en un lugar muy lejano y muy bonito cuyo nombre es Tailandia.

—Tailandia, pues de allí te habrás traído cantidad de regalos.

—¡Huuuy!

—¿Cuántos?

—Uno. Pero muy bonito. Me he traído un cocodrilo pornográfico.



UN SAJIRIO ENTRE DOS TITERES CON CABEZA!

—Oye, Juan...

—¿Qué quieres, Luis?

—Yo sé lo que es cocodrilo, mas ¿qué es pornográfico?

—Pues es cocodrilo porque es un reptil y es pornográfico porque a una orden mía el cocodrilo me chupa la polla.

Luis no dijo nada, qué va a decir el pobre. Mas recuperándose:

—Oye, Juan...

—¿Qué quieres, Luis?

—Tú y yo somos muy amigos, ¿no?

—¡Oh, muy, muy amigos!

—¿Podríamos ir a tu casa a ver ese prodigio?

—¡Claro! Vente conmigo y lo vemos.

Entonces, queridos niños, los dos amigos se encaminaron a casa de Juan...

Caminaron...

Y caminaron.

Y caminaron, y caminaron, y caminaron...

Y subieron un piso...

Y al segundo...

Y al tercero...

Y al cuarto...

Y al quinto.

—¡Vivo en el tercero, Luis!

Luis llamó a la puerta.

No, no llames, Luis, ¡por Dios bendito y la Virgen pura! Traigo la llave.

Ro, ro, ro. Ña, puerta que se abre, ña.

—Pasa, Luis.

—¡Oh, qué casa tan bonita! ¡Es toda de madera, parece un cuento!

—Soy ebanista, chato.

—¿Qué?, ¿te aburres?

—Como las monas.

—¡Basta ya de charlas! Aquí hemos venido a algo muy concreto.

—¡Oh, sí! Voy a avisarle. ¡Cocodrilo pornográfico!

A la voz dulce de Juan apareció un enorme cocodrilo pornográfico de cuatro metros de largo. Treinta y dos afiladísimos dientes. Eso había que verlo.

—Oye, ¿cómo funciona?

—Pues a una orden mía: «Cocodrilo pornográfico, chúpame la polla».

—Oye, ¿y él sabe cuándo ha de parar?

—¡Oh, sí, sí! Cuando le doy con una zapatilla, ¡pam, pam!

Al recibir el zapatillazo, el cocodrilo fue a esconderse a su armario madriguera.

—Oye, ¿podría verlo otra vez? Digo, si no te sirve de mucha molestia...

—No, si no es molestia. Es que estoy un poco bajo de calcio y... ¡Venga! ¡Cocodrilo pornográfico, chúpame la polla!... Bueno, voy a parar un poco, eh, que lo tengo en garantía.

Al zapatillazo, fuese de nuevo el cocodrilo, como una bala, a su armario madriguera.

—¡Oye, oye, Juanito!

—¿Qué quieres, Luisillo?

—Tú y yo somos bien de amigos, ¿no?

—Oh, muy, muy amigos.

—Es que te quería pedir un favor, ¿me dejarías probar a mí ahora?

—Naturalmente que sí.

—Sí, pero a mí no me des con la zapatilla, ¿eh?



F.: —«Lloré sobre mi caballo, no tenía pañuelo y me sequé con el caballo». Este poema me sirve para dar paso al siguiente personaje que va a desfilar ante vosotros.

Es un hombre digno, un contador de historias que se incorporó recientemente a nuestro espectáculo. Nos enseñó su currículum, no nos gustó. Nos enseñó el «vitae», hicimos la media... «Cuatro con nueve, pasas... rozando». Por favor, quiero que cuando salga mantengamos una cierta... una cierta seriedad. Sus historias quizá no se correspondan mucho con el espectáculo, pero ¡caramba!, vamos a mantener un poquito la seriedad. Aquí está el señor Bermúdez. Señoras y señores, fuerte el aplauso.

C.: —Les voy a contar a todos ustedes una historia, una historia normal, una historia de... bueno, normal... Una historia de amor, una historia de amor normal, porque crece... Bueno, no es normal. O sea, es normal, lo que pasa es que los protagonistas son dos líneas rectas que se aman como sólo se aman las líneas rectas. Yo conozco esta historia porque estuve un verano en la cátedra de Geometría de la Universidad Politécnica de Madrid.

Yolanda, la recta Yolanda, tenía un carácter así, arisco y antipático, y trabajaba de secante en una circunferencia. Tenía muchos amigos y mantenía una relación un poco más especial con un muchacho emigrante que trabajaba en la circunferencia, un tal Pi. Era una relación bastante corriente. Salían juntos, iban a pasear a la playa, iban al cine, follaban. Una relación como hay decenas, vamos..., esperemos.

Eugenio, la recta Eugenio, era una recta más bien atribulada y traumatizada porque tuvo problemas en su juventud. Había sido torero. No sé si os acordáis de

Eugenio, *El Niño de la Línea*, al que corneó un icosaedro, en Linares. Que un icosaedro es como cachondo, pero a mala hostia, hay que verlo. Y como tuvieron que operarle y le quitaron dos segmentos, pues claro, ya nunca fue la distancia más corta entre dos puntos, y eso a una recta la traumatiza mucho. Era una recta tímida, insisto. Y trabajaba de asíntota, en el infinito. Y tenía muy buen rollo, pedía el 0,7 por ciento para los romboides.

Un día de invierno que hacía mucho frío y el radio no fue a trabajar, le dijeron los amigos de la circunferencia: «Eugenio, ¿qué haces ahí, solo, en el infinito? Pásate, esta mañana haz de radio», y, bueno, así lo hizo y... y vio a Yolanda, Yolanda vio a Eugenio, se gustaron y lo típico cuando dos líneas rectas se gustan, ¿no?, que convergen, convergen en un punto, empiezan a converger... Y bueno, aquello fructificó. No era sexo, solamente, era amor. Se casaron por el rito de Euclides y tuvieron un vector.

Pero con el paso del tiempo todo muere y también surgieron los problemas: él se lio con una curva de veinte años, ella empezó a irse por la tangente. Y surgieron las desavenencias, hasta que se separaron. Ella dejó la universidad y se puso a trabajar en un bingo. Y un día que estaba de marcha con las amigas, entró un momento al baño, se quedó allí apoyada y llegó uno y se la esnifó (*risas*).



C.: —Bien, vamos a seguir con el espectáculo. A veces hay gente, sobre todo señoritas, que nos dicen: «¡Caray! Con lo bien dotados que estáis y tal, ¿cómo es que nunca...? Con lo bien dotados que estáis para la música, ¿cómo es que nunca hacéis un... hacéis un musical?». Entonces, un día, reflexionando, decidimos hacer un musical. Tuvo la idea Faemino. Yo estaba un día en casa, llegó Faemino, y me dijo: «Cansado —él me llama siempre Cansado. Bueno, siempre no. A veces, me llama *Calvito* y me jode un poco—, ¿por qué no componemos un musical ya que, objetivamente, nos falta en nuestro repertorio?». Y yo, como no tengo carácter, vamos... tengo el encefalograma, no diré que plano... bueno, sí, plano, pero inclinado, le dije que sí, asentí. Y dijo él: «Vámonos a mi casa».

Tiene una casa muy coqueta, según él; muy bonita, con unas vistas muy interesantes, según él. Hicimos un musical, empezamos a alucinar y tal. Pero, solamente a alucinar, quiero decir sin música. Después de quince días de alucinar, que me llamaba la gente: «¿Qué hacéis?». «Alucinando», decía yo. «¡Joder!». «Pues veniros, si queréis». Y llegaba la gente y alucinaba con nosotros. Lo pasábamos muy bien. A lo que iba, el caso es que después de quince días, dice Faemino: «Oye, ¿por qué no nos vamos a Amsterdam a alucinar?». Yo dije: «¡Ah, vale, buen rollo!». Como

no tengo carácter, o sea, no tengo personalidad, pues me da igual. Y nos fuimos a alucinar a Amsterdam. Nos encantó Amsterdam, una ciudad muy bien organizada, objetivamente lo digo, muy bien organizada. Vamos, allí hay *cafés* donde puedes comprar hierba de cualquier parte del mundo, y entras en el sorteo de un viaje. Aquí no te pasa eso. El caso es que compramos de esa substancia, de esa hierba, pero por lo del viaje, no por otra cosa. Por si nos tocaba, ¿no?, y no nos tocó, lamentablemente. Y eso que compramos... ¡buff!

El caso es que el último día, cuando ya nos veníamos para casa, dijo Faemino: «Hemos comprado en todos los *cafés* de Amsterdam. Vamos a comprar en la periferia, a ver si nos toca el premio». La periferia de Amsterdam está, prácticamente, en el extrarradio. Llegamos allí en un taxi, y vimos una hierba de Colombia, muy bonita... de color así verdoso amarillo, bonito, a la vista. O sea, que te alegra la vista. Y nos tocó el viaje. Teníamos que elegir, o a Torrevieja o a Nueva York, y no sabíamos. Estábamos en un estado así un poco como eufórico y no sabíamos qué elegir. Y Faemino dijo: «Nos vamos a Nueva York». Y le dije: «¡Ah, vale! ¡De buen rollo!».

Y nos fuimos a Nueva York. Todos los gastos pagados, así cinco días, un *weekend*; o sea, el fin de semana son dos días, el *weekend* son cinco. Yo prefiero un *weekend*. Estuvimos en un hotel, en pleno Manhattan, en la calle 32, lo máximo para Manhattan, lo máximo, o sea, para la gente que haya estado allí Thirty Second Street. Nosotros salíamos del hotel, pisábamos el umbral y decíamos: «¡joder, es que esto es Manhattan, coño!».

Un día que estábamos dando vueltas por Broadway, avenida de Broadway arriba, avenida de Broadway abajo (parecíamos dos señores muy liantes y muy competentes), Faemino dijo: «Oye, vamos a ver un musical, a ver si nos inspiramos, ¿no?». Yo dije: «¡Ah, vale! ¡Buen rollo!».

Y entramos a ver un musical... un musical histórico, un musical americano histórico... Bueno, desde el punto de vista americano es histórico, pero claro, el tema ese del Oeste, los indios..., claro, histórico es histórico. Tú a ellos les hablas del gótico y te dicen: «Hombre, gótico aquí tenemos Fort Apache».

El caso es que vimos el musical, un musical del Oeste, y nos inspiró, porque era un musical muy curioso. Yo le dije a Faemino: «Tío, yo creo que tengo una idea, por primera vez en mi vida. Este musical nos puede valer. Es un musical muy interesante, muy curioso, con unos planteamientos muy, muy fuertes. Lo podemos adaptar a nuestro país, a nuestro folclore...». Y Faemino dijo: «No, no, de eso nada, ni hablar. No, no, eso nunca. No lo adaptaremos, jamás: lo copiamos».

En el musical, evidentemente, lo importante es la música, claro. Los músicos, los cantantes, las partituras, el director, el ballet. Pero hay otra gente que también es importante, gente que hace su trabajo, gente que habitualmente está detrás del telón. Por ejemplo, en argot se llama «pipa», «el pipa», al que hace que todo funcione, una

labor muy sorda, al que monta las cosas. O sea, yo, por ejemplo, hago de presentador, que tiene un estatus, y él (*Faemino*) hace de «pipa». Con buen rollo lo digo. O sea, es el pipa, pero... (*a Faemino*): ya, no te mosquees...

F.: —Sí, ¿qué pasa? Sí, muchas veces me lo dicen: «Mira, por ahí va el pipa de calabaza». ¿Y qué tiene de malo ser pipa de calabaza, eh? ¿Alguien tiene algo en contra de las pipas de calabaza? ¿Qué queréis que sea, un pistacho de esos gilipollas? No, pipa de calabaza.

C.: —Era un musical muy aparatoso, muy grandilocuente, muy, muy basto. Ya sabéis como son los americanos, ¿no? Había un escenario enorme, de ocho metros de altura. Y una diligencia. Salían caballos vivos, era muy bonito de ver, pero, claro, era también engorroso, porque como iban defecando a su bola y tal... Los caballos bailaban, muy bonito, pero era un poco desagradable, que casi mejor que fueran de cartón piedra. Nosotros hemos hecho una adaptación del número. En vez del oropel nos hemos quedado, ¿cómo te diría?, con lo más...

F.: —Con lo más barato.

C.: —Pues sí. Yo iba a decir con lo más conceptual, pero no. Quitémosnos las caretas: con lo más barato. Es una obra que se llama *El Far West, qué peligroso es*. Vamos a hacer solamente el último acto, que es cuando la diligencia parte de New Jersey, atravesando todo lo que es el *middle west*. Llega a Texas y allí acaba el tema. Nosotros seremos los personajes que van en la diligencia. *El Far West, qué peligroso es* comienza ya...



Si TE PONES, A MALA LECHE, VUELA CUALQUIER COSA!

F.: —*Pañam, pañam, pañam.*

C.: —¿Eso qué es?

F.: —Disparos de alegría.

C.: —*Cha, cha, cha.*

F.: —Qué buen humor tienes.

C.: —Ja, ja, ja. Yo es que me parto el pecho contigo, vieja mofeta.

F.: —Pues anda, que yo contigo, vieja, vieja pipa de calabaza.

C. y F.: —¡Vamos, vamos, caballito, *Black Estar*, vamos, tira, *Morning Star!*
¡Vamos, *Luping Star!*

F.: —¡Vamos, *Cuarto de Estar!*

C.: —Ay, qué buen humor, es que... da gusto ir contigo, qué ameno eres.

F.: —*Pañam, pañam, pañam.*

C.: —Ay, no me acongojes.

F.: —Disparos de alegría.

C.: —Se me ha metido un pelo en la boca. Estoy pasándolo fatal, y eso que es mío.

F.: —Los peligros del Oeste.

C.: —¡Vamos, tira, caballito! ¡Anda que no hay pradera en el Oeste!

F.: —*Jiii.*

C.: —Se pasa una enorme pradera y enseguida, ¡jala!, otra pradera. Pasa la segunda y, ¡jala!, la tercera. Pasa la tres y la siete. Pasa la siete y la diez. Organización, joder. Cantémosle una canción a las praderas del Oeste.

F.: —*Ou, yes.*

C. y F.: —¡Vamos, vamos! ¡Tira, caballito, vamos!

C.: —Mira, por allí en la lontananza, en su caballo, la figura del héroe. Es Clint, eh, Clint Eastwood, eh, Clint, Clint. ¡Saluda, joder!

F.: —¡Qué tío más tonto! ¡Será tío tonto! ¡Qué tío bobo!

C.: —Todo lo que tiene de alto lo tiene de tonto el gilipollas.

F.: —¡Qué bobo! El tío tontín, el tontete, ahí va. En su caballo.

C.: —Vamos, vamos, caballito. Vamos *Movilestar*, vamos *Estrella Nevada*; *Goldan*, vamos. ¡Qué ganas tengo de llegar al rancho de las bellas Dollys!

F.: —Sí, la bella y vieja anciana Dolly.

C.: —Esa mujer de instintos sexuales más bien...

F.: —¡Uuum!, más bien bajos.

C.: —¡Vamos, vamos, tira, caballito, vamos, que tenemos que llegar! Los indios, nos atacan los indios, vamos, tenemos que llegar al rancho, vamos, vamos.

F.: —No, los indios no. Menudo retortijón que me da. Anda, por favor, vieja mofeta, para aquí un momento.

C.: —¡*Jooooo!* Se han vuelto locas mis muñecas, ¡*jooooo!* Son caballos rocieros

hoy y van a su... ¡Joooo!, ¡joooo!

F.: —¡Aaaah! Aquí, aquí, aquí estoy *in the corner*. Espérame ahí, me voy detrás de la roca sagrada.

C.: —¡Ten mucho cuidado!

F.: —¿Con qué?

C.: —Bueno, en general.

F.: —Aaaah.

C.: —El Oeste es muy grande, el Oeste es inconmensurable. El Oeste está bien, el Oeste te impresiona mucho cuando llegas porque, claro, todo es novedad; o sea, todo es a nivel de amaneceres, a nivel de atardecer, a nivel de...

F.: —...*Calskdas ñas Idkañs ñas sdk...*

C.: —No, es que habla un inglés muy cerrado.

F.: —...*Calskdas ñas Idkañs ñas sdk...*

C.: —La que está cayendo. Veo que te esfuerzas, pero no.

Aparece Faemino. Es un malo del Oeste.

F.: —En primer lugar, para su información, esto es un pedazo de atraco. Vamos, deme todo lo que lleve ahora mismo o va a ver la furia de mi colt...

C.: —¿Podría repetir?, por favor.

F.: —Vamos, deme todo lo que lleve.

C.: —Un mensaje un poco farragoso.

F.: —Vamos, deme todo lo que lleve, vamos.

C.: —Si es que no llevo nada de valor. No llevo nada, nada, nada, nada.

F.: —Démelo todo, ahora. Ja, ja, ja, ja, ja.

C.: —Ahora que me estoy fijando, oye, ¿tú qué edad tienes, peque?

F.: —Ah, yo tengo estos años.

C.: —¿Ocho añitos?

F.: —No, no, treinta y cinco.

C.: —Pues no los aparentas, ¿eh?

F.: —Schsss.

C.: —Oye, peque, ¿tú cómo te llamas, cómo es tu nombre?

F.: —Me llamo Billy.

C.: —Ah, Billy qué más... Billy.

F.: —Billy...

C.: —...Kinder, como los huevos. ¿Y no tiene algún apodo así característico, Billy algo, Billy el Chufra, algo? ¿no?

F.: —No tengo de eso.

C.: —Pues a partir de ahora te llamaremos Forres, Forres Gunt.

F.: —Vamos, usted lo que quiere es hacerme la picha un lío. Vamos, démelo todo ahora mismo. O le doy un tiro con el colt, o con la de cañones recortados.

C.: —Sólo tengo el peluco, nada más.

F.: —¿Nada más?

C.: —No, no tengo nada más, no, no.

F.: —Ah, entonces, una cosa. ¿Me podría hacer un favor?, ¿me podría firmar un justificante?, de lo sucedido, hombre. Si no le sirve de molestia.

C.: —Bueno: «El niño, el niño, Billy Kinder, Forrest Gunt, me atraco el día de hoy causando graves destrozos en los enseres de la diligencia, provocando más de un grito de “¡Ay, ay, ay!” en una señora y dando una patada en la tripa a un médico borracho que suele venir siempre en esta diligencia. Y todo esto lo hizo con mucha prestancia y diligencia, valga la sinécdoque. Y sólo se llevó un reloj. A día de...».

F.: —Ay, ¿podría no poner lo del reloj? Es que usted se va a quedar igual sin él y a mí me hace un gran favor.

C.: —«...y no se llevó un reloj precioso que yo tenía, pudiéndolo hacer perfectamente, no lo hizo de ninguna de las maneras, y eso que yo se lo ofrecí en distintas ocasiones, él no lo aceptó de ninguna de las maneras posibles, para que no sospechen. A día de hoy, vieja mofeta, que lo es».

F.: —Ah, pues de verdad se lo agradezco. Una cosa, antes de marcharme, ¿quiere que le dé así, un golpe con el filo de mi revólver, así en el filo de su pescuezo, así por la nuca, así por la espalda? Así fuerte.

C.: —A nivel... a nivel coartada.

F.: —Sí. Si usted quiere, yo...

C.: —Casi no, fíjate, no.

F.: —Casi no, no. Casi no. Bueno, pues entonces yo ya me voy a tener que marchar. No me puedo quedar más, le voy a saludar con mucho gusto y hasta la próxima. Muchas gracias por todo, y perdona las molestias, pero ya sabes cómo son estas cosas.



C.: —Bueno, nosotros somos un grupo de mucha vanguardia, de Tafalla. Y hemos venido aquí a ofrecerles a todos ustedes una *performans* o una *performáns*, depende de dónde pongan el acento, si en la *for* o en la *mans*. Una *performans* que lleva por título *La soledad urbana*. Bien, a las personas que no conozcan el término *performans* les diremos que viene del idioma inglés. *Perfor*, la partícula *perfor*, que significa «perfor», y la partícula *mans*, que significa «después de perfor». Miren, vamos a hacerles, ya digo, una *performans* que se llama *La soledad urbana*, que se refiere a la soledad, que no es una señorita. Es una forma de estar en la vida un *savoir faire*, un *quelque chose*, una *vichisua*. Y urbana, se refiere a una ciudad con sus

buenos dos, tres, cuatro, cinco mil habitantes, su problemática... Bien, para hacer esta muestra de vanguardia utilizaremos textos de grandes poetas urbanos que todos conocerán, tales como Santi, el poeta Santi, o Santi, el poeta. Andoni, el poeta Andoni; Andoni, el poeta. Choped, el poeta Choped, que es un amigo nuestro que tiene una moto y le decimos El Choped. También tenemos textos del gran poeta Harley; éste, lamentablemente, no tiene una moto, tiene un cometa, pero, claro, no es lo mismo. También haremos textos de Craioveanu, me refiero al poeta, no al ciclista. Y también haremos textos, cómo no, de la poetisa María Luisa. Son poetas a quienes les gusta mucho lo urbano, los vuelve locos. Lo que sea, todo lo que sea la prisa, el estrés, los embotellamientos, las cloacas, las mierdas, el bacalao, la música... los vuelve locos.

F.: —Antioquía, qué lejos estás, Antioquía.

C.: —Mi compañero acaba de ofrecernos un poema, sin venir a cuento. Un poema que lleva por título *Antioquía*, el cual pertenece a nuestra primera obra, que lleva el mismo título. Esta noche, les decía, en la *performans*, vamos a abandonar todo lo que signifique catarsis, que ya está muy vista, y vamos a volver al mundo de lo *froidiano* y, además, lo vamos a hacer de una manera muy compleja, ya que él va a hacer de yo y yo voy a hacer de él o superyó. (*A Faemino*): ¡Te jodes! En este tipo de propuestas...

F.: —Macedonia, qué rica y qué lejos, Macedonia.

C.: —Bueno, mi compañero sigue erre que erre, y nos ha deleitado con un brillante poema que lleva por título *Macedonia*, el cual pertenece a nuestro segundo trabajo, llamado *Carrito de postres*. Dentro de la *performans* incluiremos distintos aspectos del ser humano, sobre todo del ser humano masculino, tales como la ambivalencia radical, la frontera exogénica, la polisémica endogámica, y, si nos diera tiempo, la eyaculación precoz. En este tipo de propuestas de...

F.: —Alejandría, que estás más cerca de Macedonia que de Antioquía.

C.: —Bueno, mi cuñado no quiere deponer su actitud y nos ha deleitado con un brillante poema titulado *Alejandría*, que pertenece a un trabajo que hicimos para una agencia de viajes, recientemente, y nos fue muy bien. Esta noche, para todos ustedes, los alumnos del taller de chapa y pintura de Tafal la les ofrecen seguidamente *La soledad urbana*, bonita *performans*.

Los dos desaparecen del escenario hasta que la gente se da cuenta de que «eso» es la soledad urbana. Salen muy emocionados a recibir los aplausos.



C.: —Vamos a seguir, colocando ahora el listón a dos metros, treinta centímetros.

Hemos decidido hacer una cosa muy fuerte, un número muy elevado, vamos a continuar con un número de un señor, un padre de familia, que se va a quemar a lo bonzo. Se va a quemar para vosotros (lo va a hacer con gasolina sin plomo, no os preocupéis; o sea, no tiene mayor problema, no es contaminante). Se va a quemar en cuclillas porque, si lo hace de pie, el fuego podría subir y se abrasaría las pestañas, y es muy desagradable. Él es un artista que ha dedicado toda su vida, su vida entera, al cine porno, al... vamos, a ver cine porno. Ha estado de gira por todos los países de Europa, y cuando digo todos quiero decir todos, todos. No es el típico artista que dice: «No, yo a Chequia, a Chequia no voy». Él ha estado en todos, en todos, en todos.

Se va a quemar. Pero lo va a hacer en estado de erección. Eso es, quizá, lo más interesante del número, porque dice que quemarse relajado lo hace cualquiera.

De un lado del escenario salen unas llamaradas y Faemino grita desahogado. Cansado mira y dice:

C.: —Está muy bien, pero la próxima vez hágalo en el escenario.



C.: —Bien, continuando con este nivel, vamos a seguir con un número de un imitador estupendo, sensacional. Empezó como payaso, como payaso, además, de segunda fila. Sabéis que hay dos tipos de payaso: los payasos con número digamos tipo don Miliki, o sea personas del mundo del espectáculo establecido, y luego el típico, ese personaje de los circos americanos, que es un payaso que sale cuando hay un problema... cuando se cae un trapecista, o un elefante aplasta a una bailarina, para quitarle hierro a la situación y que los niños no se traumatizen. Luego, cuando los niños vuelven a casa: «¿Qué tal, Mary, Joe, qué tal? ¿Qué tal el circo este americano?». «¡Huy, muy bien! A una señorita le ha sacado las tripas un elefante. ¡Qué bien lo he pasado!».

Este hombre, este artista, este payaso, el payaso del submundo, estaba haciendo una gira por Estados Unidos, y un día, acabada su función, cuando regresaba a su caravana, una caravana que estaba como a un kilómetro del circo, porque el circo era enorme, mientras caminaba se percató de que se iban formando sobre él, pues... digamos sustancias. Sustancias, las que fueren. Él notaba como alucinaciones. Decía: «Noto como negros nubarrones que se ciernen por poniente y, no sé, el cielo está claro. Algo pasa». Y de pronto los nubarrones se abrieron, y apareció el arcángel San Gabriel, que estaba allí haciendo una gira, en fin... no sé qué rollo, y el arcángel bajó y le dijo: «Vengo a anunciarte que queremos que dejes de ser payaso y seas imitador. Dios te ha proporcionado fuentes de imitación por doquiera». Bueno, es que hace

tiempo que no anuncio, y quizás el lenguaje esté un poco obsoleto... Y el payaso dijo: «Joder, ¿qué hace aquí el arcángel San Gabriel? Si estuviéramos de gira por Palestina, que es su hábitat, ¡vale! Pero ¿aquí?». El caso es que le hizo caso al arcángel y dejó el mundo de la payasería, y ahora se dedica a la imitación, y lo hace muy bien. Es, posiblemente, el mejor imitador del mundo de hechos reales. Me complazco, me *complago* en presentarnos, en presentarles, al gran imitador Johnny Benítez. (*Aplausos*). Bien, como les decía, Johnny Benítez es el mejor imitador del mundo de hechos reales. Bueno, de los diez mejores del mundo... De los quince mejores del mundo, de los veinticinco mejores del mundo... De los cincuenta mejores imitadores del mundo de hechos reales... ¿De los (*cuenta con los dedos*)... trescientos... cuatrocientos... quinientos... menos uno...? (*A Faemino*): Dime frío o caliente. E: —Cuatrocientos setenta y uno.

C.: —Uno de los cuatrocientos setenta y un mejores imitadores del mundo de hechos reales.

F.: —Y si no el mejor, el más honrao.

C.: —Bien, esta noche va a imitar para todos ustedes un avión que parte del aeropuerto de Fuenterrabía y aterriza en el aeropuerto de Santiago de Compostela. El piloto es una persona normal, no tiene la mayor importancia.

F.: —¡Cuuuuu-con, cucucuuu-con... con-con-con!

C.: —¿Sabes la pista que lleva a la pista?

F.: —Lo ignoro.

C.: —Pues pregúntalo, coño.

F.: —Ah. *Essguese esguese guese guese*. ¡Eeeeh, oiiiigaaa, señooora!

C.: —No, aquí hay un error, yo no soy una señora, soy una *drag queen* de aquí del aeropuerto, del personal del aeropuerto.

F.: —¿Civil o militar?

C.: —No, militar. Soy el teniente Drag Queen. Vamos, no hay más que verme los galones.

F.: —Por favor, teniente Drag Queen, ¿usted me podría informar de qué pista tengo?

C.: —Sí, la cinco, es que estoy operado.

F.: —Okey, ya aparco, adiós, adiós. Ha sido usted muy amable, adiós, adiós.

C.: —Eh, vámonos. Arriba, arriba, arriba... arriba.

F.: —¡Bruuuuuuuuuuu!

C.: —Subiendo a dos mil pies. Venga, tres mil pies, cuatro mil pies, cinco mil pies, seis mil pies, siete mil pies, ocho mil pies.

F.: —¡Eh, vale ya de subir!, que el que está arriba soy yo.

C.: —Vuelo de crucero, ocho mil pies.

F.: —¡Bruuuuuuuuuuu!

C.: —¡Atención, peligro, turbulencias!

F.: —¡Puuuuf paf puuuuf paf!

C.: —Hay que estar ahí, nos ha jodido.

F.: —Puuuf paf.

C.: —Pasó el peligro.

C.: —¿Un *lumping*?

F.: —Un *lumping*.

C.: —¿Un doble *lumping*?

F.: —Un doble *lumping*.

C.: —Arriba, uno, dos, tres. Pasó el peligro, vámonos.

F.: —¡Bruuuuuuuuuuu!

C.: —¡Atención, se acercan las azafatas con el café y la comida, se acercan las azafatas! Ya se alejan, pasó el peligro. ¿Estaremos en Galicia?

F.: —Vamos a verlo. *Guichi, guichi, guichi. ¡Carallo!*

C.: —Aterrizamos.

F.: —Abajo.

C.: —¡Venga, los hombres valientes! Siete mil pies, bajando. Cinco mil pies y bajando, cuatro mil pies, tres mil quinientos, tres mil pies. (*Cansado mira los gestos desafortados de Faemino*). Ah, a dos pies. ¡Conseguido!



C.: —¿Qué tal el espectáculo? Podéis decir: bien, regular, y tal... Pero yo soy mentalista, ¿eh? Adivino el pensamiento...

F.: —El pequeño es mentalista. O sea, los chistes los cuenta regular, pero es mentalista, mírale. Y le duele la cabeza; sí, por eso es mentalista.

C.: —Esta noche el espectáculo va a continuar...

F.: —¿Qué... qué has dicho antes?

C.: —He contado los dos chistes, el que tú habías empezado, el que yo he contado. He hecho una especie de mejoranza, así un poco... un poco de batiburrillo.

F.: —No. Después, después.

C.: —Ah. Que el espectáculo debe continuar porque si no el *impasse* va a ser muy...

F.: —No, entre antes y después.

C.: —Ah, que soy mentalista. O sea, que me concentro y averiguo el pensamiento de las personas.

F.: —¿Tú eres mentalista?

C.: —Sí, vamos, pero no he estudiado, ¿eh? No he hecho un máster del universo

ni nada, ¿eh? Me lo ha dado Dios, el Dios de los ateos, que un día me dijo: «Tú, a partir de mañana, vas a ser mentalista». Y dije: «No creo». Dijo: «Pues te vas a joder». Desde entonces soy menta-lista, no tiene la mayor importancia.

F.: —Hazme una prueba.

C.: —No. Espera, una cosa es ser mentalista y otra cosa es hacer pruebas, voy un poco apurado, el tiempo pasa inexorable. No podemos demorarnos en esto.

F.: —Sí. Hazme una prueba.

C.: —Hombre, que dude el público me parece hasta razonable, ¡pero que dudes tú, tío!, que somos parte de un algo, que somos como uña y mugre...

F.: —Ah, ya, ya. Hazme una prueba.

C.: —Bueno, te hago una prueba pero rapidita, una prueba rápida y zanjamos el asunto inmediatamente.

F.: —¡Ah, vale, vale!

C.: —Vale, una prueba rápida.

F.: —Sí, vale, vale. Muy bien.

C.: —Bien, por favor, Faemino, concéntrate. Quiero que pienses en el nombre de una capital.

F.: —Entramos en el mundo de lo desconocido.

C.: —Concéntrate, por favor, quiero que pienses, de verdad, en el nombre de una capital europea.

F.: —Ya.

C.: —¿Cuál es?

F.: —Londres.

C.: —Correcto. Bien, muchas gracias, yo, que conste, no lo quería hacer, me ha obligado él. Ha insistido, yo quería dejarlo correr; no quería hacer ningún tipo de alardes.

F.: —Ah, ah, ah. Ah, ya sé cómo lo has hecho. Claro, qué fácil. Bueno, hay que ponerse. Mira, por ejemplo, vais un día cualquiera y le decís a uno: «Eh, tú... o tú, piensa en una ciudad europea». ¿A que enseguida piensas en Londres? Bueno, hazme otra prueba, que esta vez no pienso pensar en Londres. Londres está descartado de mi imaginación. Hazme otra prueba, te lo voy a poner difícil.

C.: —Bien, por favor, Faemino, concéntrate.

F.: —Sí.

C.: —Quiero que pienses en el nombre de una capital europea que no sea Londres. ¿Cuál es?

F.: —Reikiavik.

C.: —Correcto. Y lo has hecho a mala hostia, ¿eh? Tiene su Roma, su París, sabrás tú dónde está Reikiavik. No lo sé ni yo, y soy mentalista. ¡Cago en diez!



C.: —Bien, sigamos adelante. Yo soy mentalista, insisto. Y, bueno, pero además de mentalista también soy hipnotizador, tengo capacidad de hipnosis, y esta noche me encuentro con energía y lo voy a hacer. Voy a hacer una especie de hipnosis, de hipnosis colectiva. Habitualmente, la gente que hace hipnosis se aprovecha de los espectadores: se suben al escenario, se muestran torpes, envarados y tal... Y no me parece ético. Así que vamos a hacerlo de otra manera, vamos a pedir un voluntario. Así, si os reís es porque él o ella quiere, con lo cual el planteamiento es éticamente intachable. Vamos a ver si hay aquí un voluntario que quiera ser hipnotizado esta noche.

(Del patio de butacas aparece Faemino).

F.: —Yo. Oiga, por favor. Oiga, eh. Eh, oiga. Oiga, oiga, oiga. Eh, oiga, oiga. Oiga, ¿por qué mantiene ese silencio frío? ¿Por qué pide un voluntario y, luego, mantiene silencio?

C.: —Un momento.

F.: —¿Qué actitud absurda es ésa?

C.: —Un momento, ¿hay alguien más interesado que él?

F.: —No, no, no. No, no, no. Aaah.

C.: —El voluntario es...

F.: —Aaah, aaaah.

C.: —La chica aquella...

F.: —No quiero.

C.: —Bueno, el muchacho este, el... el ente.

F.: —Aaah, aaaah.

C.: —El joven que está ahí, con unos tirantes rojos en su pecho y en su espalda.

F.: —¿Quién?, ¿yo?

C.: —Sí, tú eres elegido por mí, a veces. A ver, sube las escaleras.

F.: —¿Son éstas?

C.: —Sí, eran ésas. Muchas gracias. ¿Cuál es tu nombre?

F.: —Mi nombre es Güevos.

C.: —No, no me refiero el apodo, el mote. No, ¿cómo es tu nombre de verdad?

F.: —Mi nombre es Güevos Güevos Fritos.

C.: —¿Pero no tienes un nombre así como Antonio, o...?

F.: —No, no, no. Mi nombre es Güevos Güevos Fritos. O sea, nombre Güevos, apellido Güevos, segundo apellido Fritos.

C.: —¿Y cómo quieres que te llame, entonces?

F.: —Güevos.

C.: —Pero ¿de nombre o de apellido?

F.: —No, de tú.

C.: —Te noto muy cortado, por el escenario, te impresiona mucho, ¿no?

F.: —Sí, corta mucho el escenario a Güevos. Y Güevos está muy contento de estar aquí con ustedes.

C.: —¡Psss, Güevos, Güevos! Admíteme un consejo, te acercas mucho para hablar al micrófono, se va a acoplar el sonido, va a ser desagradable. Aléjate para hablar como cinco dedos, más o menos, cinco dedos.

F.: —¡Vale, vale, vale!

C.: —No. Empiezas bien pero luego te vences, por lo que sea, te caes y te vences, te vences. Tú quédate ahí, y desde ahí... desde ahí le hablas. ¿Vale? Eso es, desde ahí.

F.: —¡Vale, vale, vale!

C.: —Imagínate que algo se interpone entre el micrófono y tú, hay una cosa, una barrera invisible. Vamos a ver, ¿cómo te explicaría yo? Mira, cuando vas al cine a por una entrada, a ver una película, ¿sabes de qué te hablo?, al cine, cuando vas al cine, a ver una película.

F.: —No le puedo ayudar.

C.: —El cine, joder, las películas de Almodóvar, los premios Goya, en fin...

F.: —Bueno, lo de los Goya...

C.: —Sí, sí, tú sabes de qué te hablo, ¿no?

F.: —Sí, sí, sí.

C.: —Vas al cine a ver una película, pero antes tienes que ir a la taquilla a por una entrada, te encuentras que hay un taquillero, o una taquillera, dentro de una taquilla y hay un plafón de metacrilato, y hablas a través de él, del metacrilato, aunque sabes que es una taquilla. O sea, imagínate que el micrófono es un taquillero, o una taquillera. Y entre el taquillero y tú pues te ponen un cristal o un metacrilato que te impide acceder dentro de la taquilla, ¿vale? Es un ejemplo, quizá oscurecedor, pero te puede valer. Mentalízate de que hay una barrera, de cristal, transparente. O sea, tú ves a su través, pero, sin embargo, no puedes entrar. No tienes impenetrabilidad en los cuerpos. No puedes. Eres una persona excelente, pero te falta esa cualidad. Bien, vamos a hacer el ejercicio de hipnosis con el gran Güevos. Vamos a ver...

F.: —Vale, vale, vale.

C.: —Vamos allá, vamos allá, Güevos, quiero que te fijas en mi mano derecha, que es ésta. La voy a girar de izquierda a derecha, de derecha a izquierda, izquierda, derecha, izquierda, izquierda, derecha, izquierda. En el momento de terminar haré así, un pito, y tú vas a notar una fuerza telúrica que te va a dejar profundamente dormido.

F.: —¿Y la fuerza podría no ser telúrica?

C.: —No, ha de ser telúrica; o sea, no te puedo ayudar, ¿eh? (*Hace un pito*). Hemos conseguido dormir, profundamente al gran Güevos.

F.: —*Zzzzz.*



NADA POR AQUÍ...NADA POR ALLÁ... OSEA: NADA

C.: —Güevos Güevos, ¿sigues ahí? Güevos, ¿has notado que te entraba la fuerza telúrica? Dejabas fluir un magma energético y tu cuerpo se convertía en una especie de masa ósea, sanguinolenta, muscular, sin fuerza de voluntad, sin capacidad de decisión, con un espíritu vano, con un...

F.: —¡Eh!

C.: —Pero sigues dormido, ¿no? Bien, sigue dormido, Güevos Güevos. Voy a hacer que Güevos levite metro y medio del suelo. Y sin utilizar estupefacientes. Baja un poco, que te noto tenso, Güevos, ahí, esos güevos relajados. Relájate. Sal de aquí, sal de aquí, sal de aquí. Ya eres mío. Ya estás en mi poder. Y ahora, Güevos Güevos Fritos vas a escuchar un pito y no vas a saber lo que ha pasado.

F.: —¿Qué ha pasado?

C.: —¡Gracias, Güevos, gracias!

Faemino grita desafortado y Cansado, jactándose, se dirige al público:

C.: —Estaba yo el otro día en mi casa mirando por la ventana hacia afuera. Y estaba mirando muy tranquilo. Hay veces que miro así como un poquito más alterado, pero ese día miraba tranquilo, hacia el parque, bueno, un metro cuadrado de césped que hay al lado de casa. Estaba tan tranquilo, sentado así en una silla. Entonces escuché el timbre de la puerta. No sabía si hacer caso omiso o caso normal. Como insistía, y el sonido era muy desagradable, me dije: «Pues voy a acercarme, abro la puerta y zanjo el problema». Entonces, abro la puerta y me digo: «¡Cáspita!, casi mejor que me hubiera jodido con el ruido y no hubiera abierto». Era mi hermana, mi hermana Charo, con su hija Charito, una niña de cinco años muy bien educada. Muy educada según el criterio de mi hermana, a mí la niña me recuerda un poco el ambiente de la época de la Enciclopedia, de Diderot, de Rousseau, la Enciclopedia. Como mi hermana trabaja en Círculo de Lectores está muy influenciada por las letras. Lleva levita, como Rousseau, la niña también lleva levita. «¡Huy, a mí es que Rousseau me vuelve loca!» y tal. La niña está educada en este ambiente, así, un poco libertario. Va a tu casa y se sube por las paredes, te pinta los sofás, te da patadas fuera de contexto. Yo entiendo que una niña dé patadas, aunque es un rollo, ¿no?, que te de patadas en los tobillos, en las espinillas... pero ¿en los güevos? No es que a mí... «Lo que leo en los textos de Rousseau». Digo: «Joder con los textos de Rousseau». «No, es que tengo que ser libre, y si se me pone entre pecho y espalda darte una patada en los güevos, tío, tengo que dártela». La cosa es que llegó mi hermana Charo y me dijo: «Oye, un día espléndido, un sábado maravilloso, ¿te quieres quedar con la niña...? Es que tengo que hacer unas gestiones». «Uf —digo—, no creas que tengo mucho interés, ¿eh?». Me insistió: «Mira, hace muy buen día, llévatela al zoo» y apeló a que si éramos hermanos y tal. Y digo: «Bueno, somos hermanos, pero no te quiero; o sea, qué más da, ¿no?». Y ella, que si la familia, que si nuestros padres, que si la infancia, que si me daba mil duros... Digo: «Bueno, venga, vale». Lo de los mil duros, por lo

menos, es un argumento tangible, ¿no? Así que me quedé con la niña y lo típico, llevaba una mochila con unas Barbies, y dice: «¡Tío, vamos a jugar con las Barbies!». Digo: «Venga, vámonos al zoo, que hace un día cojonudo». Y por el camino la niña dándome pataditas, y tal. Claro, yo, cuando se daba la vuelta, ¡plaf! «¿Quién ha sido?». «Habría sido Rousseau, yo no. Yo te aseguro que no he sido. ¿Pegar yo a un niño de cinco años, o sea, a una niña de cinco años? Imposible».

Llegamos al zoo, le compré unos cacahuetses y, claro, con una niña de cinco años, a ver los monos, ¿no?, divertidos, y tal. Nos vamos a ver los monos y dice mi sobrina: «A mí es que los monos no me gustan». Digo: «¿Cómo que no te gustan?». Dice: «No, son animales frívolos, superficiales, primarios». Digo: «Sí, bien definido. Son animales frívolos, superficiales y primarios. Su rollo es comer, beber, pelársela; o sea, un rollo... Sí». «A mí me gustan los animales trascendentes, los animales con vida interior». Digo: «No sé... ¿por ejemplo?». Dice: «Los cocodrilos». Digo: «Vamos allá». Fuimos a ver los cocodrilos, y había uno. Oye, efectivamente, vida interior por un tubo, ¿eh? Un animal cuya existencia es la reflexión pura, quieto, en el agua, quieto, a su bola, pum, pum, dándole vueltas. El rollo de los cocodrilos, ¿no? A su bola. Mi sobrina empezó a echarle cacahuetses al cocodrilo. Digo: «Nena, no te molestes porque los cocodrilos no comen cacahuetses». «Ay, ¿qué comen?». Digo: «Pues comen cosas... no sé, ñus, cosas más succulentas». «¡Ay, vamos, venga, vamos a comprar un ñu!». «Échale cacahuetses, que ya... Si pilla uno, mejor para él; si no, que los mire. Y que elucubre». La niña empezó a echarle cacahuetses. Y yo veía que se inclinaba mucho sobre la barandilla, se inclinaba mucho. Y yo le decía: «Nena, que te vas a caer». «No, si no te preocupes». Digo: «No, no, si no me preocupo, si me da igual; si es por la higiene del local, a mí me da igual. Sigue echándole cacahuetses...». Efectivamente, al quinto que le echa, ¡pum!, se cae la niña al agua, el cocodrilo la ve, se queda mirando, me mira a mí. Digo: «No, no, tú a tu bola. Tú lo que venga en tu código genético; o sea, ¿cacahuetses, no; niñas, sí?, pues venga». Pero empecé a darle vueltas, y me decía: «Claro, ahora, ¿cómo le cuento yo a mi hermana esto?, ¿no?, porque seguro que me pregunta por su hija, seguro, seguro. Aunque sea dentro de un par de meses, pero me pregunta: “Y aquello del zoo ¿en qué quedó?” y tal. Seguro que me lo pregunta, porque la conozco». Y menos mal que yo suelo llevar un paraguas extensible, por si acaso, por si llueve o por si hay que salvar a una niña de los cocodrilos, por lo que sea. Entonces cogí el paraguas, me lo puse en la espalda, me tiré al agua, el cocodrilo que me ve, se me queda mirando y me dice: «¿Pero usted no decía...?». «Bueno, es que he cambiado de idea». «Pero es que usted había dicho que no iba a salvar a la niña». Digo: «Pero es que he cambiado de idea, cállate, cacho de bolso». Venga a hablar, y todo esto por señas, pum, pum. Ya, me enfrenté al cocodrilo. El cocodrilo abrió las fauces, y me dije: «En cuanto abra a tope las fauces, le meto el paraguas y ya está». Abre las fauces, y solamente le hago: «Fsss», y hace

el cocodrilo: «Fsss». Digo: «Me cago en la puta, paraguas de oferta». El animal no entiende de estas cosas, de paraguas, y al metérselo hacia dentro le dio en la úbula, o en la campanilla, en fin... donde fuera. Le di un toque a la tecla que tienen los paraguas y se le abrió un poco el estómago. El cocodrilo se quedó un poco extrañado y yo aproveché para salvar a mi sobrina. «Gracias, tío, me has salvado. Eres mi héroe». Y empezó a llegar gente, a llegar gente. El director del zoo, la hermandad del Rocío del zoo, la orquesta del zoo, una niña tocando una trompeta. Digo: «Una niña tocando una trompeta, ¿esto qué es? Qué sonido más extraño, esto parece una pesadilla» y, efectivamente, una pesadilla. Estaba en mi casa durmiendo. Como el timbre seguía sonando, abrí la puerta de mi casa y allí estaban el cocodrilo, la niña y mi hermana. ¡Aaaah!



C.: —Bien, vamos a acabar ya el espectáculo de esta noche. (*No, no, no*). Sí, amigos, debemos terminar ya, muchas gracias. (*No, no, no*). Nos encantaría seguir, pero es que vamos a acabar ya el espectáculo de esta noche. (*No, no, no*). Sí, lo hago yo con la boca, ¿eh? A la gente de abajo la puedo engañar, pero a la de arriba no, porque me ven. Eso es lo que hace el ventrílocuo, se tapa con el micro y parece que está hablando otro. Pero no, era yo el que decía: «No, no, no». Sí, vamos, no soy ventrílocuo, he hecho mi máster, un curso en la Menéndez Pelayo, el verano pasado, pero... Me apunté a la Menéndez Pelayo y dije: «A lo que haya», el caso es estar allí, ¿no? Y me dicen: «Queda ventriloquía». Digo: «Bueno, ventriloquía. ¿Y quién la da?». Dice: «No sé, un listo». Digo: «Bueno».

De verdad, que vamos a acabar ya el espectáculo de esta noche, amigos... (*No, no, no*). A nosotros nos encantaría, sinceramente, nos encantaría continuar, pero tenemos que acabar ya porque este teatro tiene un problema... Bueno, ¿quién soy yo para decir que tiene un problema? Tiene una peculiaridad, y es que a las doce, a las doce en punto de la noche todos los que estamos dentro nos convertimos en calabacines y, vamos, a mí no me importa, ¿eh? Pero luego la ropa no nos vale y... claro, te cambia la libido, de pronto la verdura dice: «¡Uuum, qué lechuga!». Además, luego el techo empieza a bajar, empieza a entrar agua por debajo, en fin, es un desastre... los calabacines flotando... Pues en base a eso tenemos que terminar ya, si no, de verdad que seguiríamos, ¿eh?

Vamos a acabar, y me voy a poner serio porque el momento así lo requiere. Por favor, que no se ría nadie que me desconcentro, es un tema de concentración, de energía, y si alguien se ríe se me puede ir la cabeza. Con que se ríen tres, me jode igual, ¿eh? Es un tema de concentración, de energía.

Queridos amigos, esta noche vamos a hacer un homenaje, un homenaje póstumo... posiblemente el primer homenaje póstumo que se hace en nuestro país a unos seres vivos. Se lo vamos a hacer a nuestros tíos abuelos. Ellos son nacidos en el bello pueblo pesquero de Águilas, en Murcia. Pesquero, en tanto en cuanto hay un río, pero está contaminado, da asco. Es repugnante, trae mucho, mucho berilio, mucho hidróxido de potasio y mucha mierda. De vez en cuando hay jubilados pescando, pero por deporte, o sea, cogen el pez y lo vuelven a echar al agua porque, vamos, se comen eso y les da una disentería. Bien, son dos cachondos mentales, cuentan chistes como nadie, no sé si bien o mal, pero como nadie. Es para mí un orgullo y un placer acabar el espectáculo con ellos. Bien, los dejo con dos cachondos mentales que atienden al nombre de Arroyito y Pozuelón... (*salen Arroyito y Pozuelón*).

C.: —¡Es que se me va la cabeza, no me puedo concentrar!

F.: —¡Que se te va la cabeza!

C.: —Cuenta lo que me has contado hoy en la comida.

F.: —No, eso no tiene nada que...

C.: —Sí, eso, cuéntalo.

F.: —Si no va a ninguna parte.

C.: —Venga, cuéntalo.

F.: —El médico, que me ha dicho que se me ha muerto una neurona. «Bueno, así tienen más sitio las otras», le he dicho.



C. (*Pozuelón*): —Es un inmenso placer estar con todos ustedes sirviendo de brillante epílogo a este espectáculo y nuestro cometido no va a ser otro que contarles chistes y chistes, y en las circunstancias cualesquiera y dondequiera que estemos seguiremos contando chistes.

F. (*Arroyito*): —Dice el médico: «El café es malo». Digo: «Más malo eres tú, y te tengo delante».

C. (*Pozuelón*): —Ya ves, un simple médico, al Arroyón. ¡Ay! Si fuera doctor, a lo mejor hablábamos.

F. (*Arroyito*): —«Sí, es que yo soy de pulmón y de corazón, sí, mira, de pulmón y de corazón. Y tengo esta carrera que dice de pulmón y de corazón». Digo: «Ya, ya, ya lo ha dicho antes». «Sí, pero es que insisto que soy de pulmón y de corazón». Digo: «Bueno, bueno, ¿y esa papada que tiene ahí? ¡Qué barbaridad, qué papada, qué bárbaro!».

C. (*Pozuelón*): —¡Vamos, y le tapa la nuez y todo, qué bárbaro! Qué es, ¿de

pulmón y corazón o un pelícano? Pulmón y corazón, qué papada. Si eso te lo inflas y sales volando, macho. ¿Pero estás operado o es natural?

F. (*Arroyito*): —Es natural, joder. ¡Qué barbaridad! No sé, chico, toma yodo, o algo. Qué bestia. «No, es que soy de pulmón y corazón». Mira, tú lo que eres es un cagón. Entérate de una vez, cagón. Estudia medicina general, aprende a curar un tubérculo, un padrastro. Ah, pues no, no, no, yo soy de pulmón y de corazón, y yo ya no quiero saber nada más del mundo de la medicina, estoy en mi campana de cristal aislado y no quiero saber nada del mundo exterior, con mis guantes blancos, como el Michael Jackson, para no tocar la mierda, y estoy aquí y me da igual el mundo exterior. ¡Mundo exterior, me das igual, no te pases...!

C. (*Pozuelón*): —Perdóname que me inmiscuya en tu parlamento, Arroyón, pero eso que estás diciendo es acojonante. Estás emancipando el dedo en la llaga, coño. O sea, que un tío o una tía estudia ocho años pulmón y corazón... Vamos, no me jodas. ¿Y el otro pulmón qué? ¡De pulmón y corazón!

F. (*Arroyito*): —Si sé más medicina que tú, colgao. No ves que tengo toda la colección esa de Antena 3 televisión.

C. (*Pozuelón*): —¿Y te costó trabajo conseguirlo y eso o fue relajado?

F. (*Arroyito*): —No, eso no es fácil, eso no es fácil. No, no. Toda la puta semana esclavizado yendo al quiosco. Un calvario. Tercer paso, cuarto paso. Uno, otro, otro. Y al sesenta y dos, dónde está el sesenta y dos. ¡Ah, pues no está! ¿Y dónde está? No, pues no ha venido. Y la distribuidora. ¿Y a mí que me importa la distribuidora?

C. (*Pozuelón*): — O sea que ya tienes la colección completa, los cien los tienes, los cien ejemplares.

F. (*Arroyito*): —Todos.

C. (*Pozuelón*): —Tiene los cien ejemplares, que no son colecciones de esas de cincuenta o sesenta, no, cien ejemplares. Y los tiene todos, no le falta ninguno a mi amigo, no le falta ninguno. Ni uno le falta a mi amigo, los tiene los cien completos, ni...

F. (*Arroyito*): —Es verdad, es verdad. Me ha desaparecido el quince. Pero es la liposucción, y no creo que en mi caso la eche de menos.



C.: —Ahora después de humor de escenario haremos humor de cerca.

(*Los dos bajan al patio de butacas y hablan entre el público*).

F.: —Dice un señor, riéndose de las desgracias ajenas: «Ay, qué dolor de cabeza más grande que tengo...».

C.: —¡Qué listo!

F.: —Que sí, que se quejaba porque le dolía la cabeza.

C.: —Perdona... ¿Tenía familia y eso? O sea...

F.: —Un señor, con una familia... O sea, el niño, la niña. Se puede decir una familia... poca, poca familia. Voy a dejar de reflexionar sobre mi familia y me voy a concentrar en mi dolor de cabeza. ¿Qué puedo hacer para aliviarlo? Puesto que el dolor no ha dañado ningún punto vital de mi cerebro puedo deducir que debo ir a una farmacia.

C.: —Lo que yo decía, listo.

F.: —¡A ver! Entonces llama a la farmacia: *Pom, pom, pom*, y dice: «Buenas tardes». «¿Quién es?, ¿no será usted un delincuente?», le preguntan. «Pero cómo voy a ser un delincuente si le he dicho buenas tardes». Total, que el farmacéutico abre la cancela y le dice: «Entra». Y él dice: «Huy, qué farmacia más bonita», por romper el hielo, ¿no?

C.: —Un poco delincuente ya era, ¿eh?

F.: —Y sigue: «Por favor, ¿usted me podría expender un gramo de ácido acetilsalicílico?». Y el farmacéutico precisa: «Será aspirina». Y él dice: «Eso, que nunca me acuerdo del nombre». (*A Cansado*) ¿Cuál estás contando tú?

C.: —Yo estoy contando uno de esos cortos que habíamos quedado en contar. Esto es un tío que está en su casa que tiene una duda y dice: «Voy a despejar la duda, así a lo tonto. ¿Qué tardará el expreso Madrid-Pamplona?». Claro, son dudas que le pueden asaltar a uno cualquiera, vamos. Dice: «Pues voy a llamar a Renfe...». «¿Qué es lo que se le ofrece?», le contestan al otro lado de la línea. «Oiga usted, señorita, ¿cuánto tarda el expreso Madrid-Pamplona?». «Sí, un momentito», dice la señorita. Y dice él: «¡Huy, qué poco!». Y ahora, si quieres, para no aburrir a la gente, tú cuenta por ahí el de Pamplona y yo cuento por aquí el del... Éste es un tío que está... «¿Cuánto tarda el expreso Madrid-Pamplona?», y además: «¡Cómo me duele la cabeza, me cago en la mar!». Dice: «Voy a comprarme un billete y a ver si tienen farmacia dentro, y entonces me compro una aspirina...».

(*Aplausos, aplausos, aplausos*).

LA DAMA BOBA

Blanco bajo negro

Dando fe

Actuación estelar

Blanco bajo negro

Estudio de televisión en el que tiene lugar un programa magazine. En el set de entrevistas un presentador habla con un antropólogo, catedrático de universidad, que acaba de escribir un libro titulado Danzas primitivas: significación intercultural. El profesor, de unos cincuenta años, es bastante tímido; el entrevistador es agresivo. Y están en plena conversación.

Presentador: —Bueno, eso es menos importante. Vayamos a la razón fundamental de su presencia aquí en nuestro programa. Usted es el autor del libro *Danzas primitivas: significación intercultural*. ¿Cuántos años de su vida dedicados a escribirlo?

Profesor: —*Danzas primitivas: significación intercultural* me ha llevado tiempo...

Pre.: —Ya, pero ¿cuánto?

Pro.: —Pues unos seis años de investigación, después tres años consultando fuentes y cotejando datos...

Pre.: —Le rogaría que fuera al grano, ¿cuánto en escribirlo?

Pro.: —Es que no se puede desligar una cosa de la otra, pero vaya, en escribirlo, exactamente veinte meses.

Pre.: —¿Me quiere decir que ha tardado casi dos años?

Pro.: —Sí, eso es.

Pre.: —¡Dos años!

Pro.: —En fin, veinte meses.

Pre.: —¡Dos años para escribir un libro... *(lo enseña a la cámara)* de ciento cincuenta páginas!

Pro.: —La verdad, no creo que eso...

Pre.: —¡Y en muchas páginas lleva fotografías y gráficos!

Pro.: —Lo importante, verá usted, es...

Pre.: —Un buen libro tiene por lo menos quinientas páginas, y usted escribe uno de ciento cincuenta páginas y en dos años. ¡Por favor!

Pro.: —Insisto en que la cantidad no significa...

Pre.: —Pasemos a otra cosa, que hoy no me quiero enfadar. ¿Qué editorial le publica el librito?

Pro.: —Verá usted, el trabajo ha sido financiado por el Ministerio de Cultura y es el mismo ministerio el que edita el libro.

Pre.: —Así que al señor le pagan sus lujos. Además de los viajesitos que se habrá pegado, también le editan con dinero del Estado.

Pro.: —Quiero puntualizarle que todos los gastos están perfectamente detallados

y que como es normal este libro no será un *best-seller*, obviamente, pero insisto en que la investigación ha resultado interesantísima en múltiples aspectos.

Pre.: —Interesantísima en múltiples aspectos... (*Intentando relajarse y mirando el libro*): Bien, dejemos esto. Leyendo su libro he encontrado un capítulo que me ha llamado la atención: «Danza para ahuyentar el mal olor de los pedos».

Pro.: —Sí, es muy interesante, ya que procede del norte de Europa...

Pre.: —¿Podría hacernos una demostración de la danza?

Pro.: —Perdón, no le entiendo.

Pre.: —Que si puede bailarla para nosotros.

Pro.: —Mire usted, he descubierto que, siendo una danza vikinga, existen otras muy similares en la América precolombina.

Pre.: —A mí y a los telespectadores eso nos da igual, lo que queremos es que baile para nosotros, por favor.

Pro.: —No, disculpe, yo no puedo... Insisto en que lo importante es que la danza demuestra la presencia de los vikingos antes de que Colón llegara a América...

Pre.: —Por supuesto, pero lo que queremos ver es la dichosa danza, queremos divertirnos. ¡¡Baile!!

Pro.: —Está bien... Es la danza para ahuyentar el mal olor de los pedos, y se bailaba hasta que el mal olor cesaba.

Baila. Es un baile parecido a la yenka. En el estudio se oyen risas y el profesor se siente avergonzado y hundido. Se sienta gimoteando.

Pro.: —¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho?

Pre.: —Nada, hombre.

Pro.: —¡Usted me ha obligado!

Pre.: —Así que, catedrático...

(El profesor saca una pistola y dispara al presentador hiriéndolo en un brazo).

Pro.: —Ja, ja, ja... ¡Ahora me río yo! (*Apunta a todos sitios con la pistola*). Y ahora me marchó. ¡No traten de seguirme! (*A cámara*): Y no olviden comprar mi libro *Danzas primitivas: su significación intercultural*.



Dando fe

Plató de televisión. Un set luminoso y espectacular, pues se trata de un gran concurso. Aparece el presentador, un tipo simpatiquísimo, de los que te hacen creer que la vida es maravillosa y que todos somos maravillosos, y sobre todo él. Suenan aplausos.

Presentador: —Bienvenidos, amigos, al concurso definitivo de la televisión, *La vida resuelta*. Aquí no regalamos coches, ni autos, ni camiones, ni autobuses, ni vehículos, ni automotores, ni microbuses, ni un trailer, ni un carruaje, ni un carro, ni siquiera un modesto automóvil... Aquí le damos... ¡la vida resuelta! (*Suenan aplausos y fanfarrias*). Esta noche con nosotros el concursante (*se busca el papel con el nombre, no lo encuentra porque lo tiene el concursante en la mano*). ¡Ah!, lo tenía usted, ja, ja, ja... Don Ángel Santiago Rodrigáñez.

Concursante: —Buenas noches.

Pre.: —¿Es usted de Madrid?

Con.: —Pues sí, señor.

Pre.: —Notario.

Con. (*Con falsa modestia*): —Pues sí.

Pre.: —¿Y sus aficiones son...?

Con.: —Pues ninguna, no tengo.

Pre.: —Estupendo. ¿Conoce usted las bases del concurso?

Con.: —Pues no.

Pre.: —Estupendo. Tiene usted un minuto de tiempo para desarrollar un tema libre, pero no puede decir la palabra «inconcebible»... Si la pronuncia, pierde.

Con.: —De acuerdo...

Pre.: —Ya sabe que durante el minuto el equipo habitual del programa tratará de distraerle y de que diga esa palabra. Si tiene éxito, pasa a la final. ¿Recuerda la palabra?

Con.: —Pues sí.

Pre.: —¿Y era?

Con.: —Inconcebible.

Pre.: —Ha perdido... No, no, era una broma, ja, ja, ja. Ahora sí comienza el tiempo.

Con.: —En Madrid, a día 14 de marzo y reunidos de una parte el señor Andrés Tarragona, duque de Segóbriga, y de otra su señora hija, Lucía Tarragona, doy fe de que mediante un acto inconce... sujeto a la ley de subrogamiento de 1962, el poder que otrora detentaba el señor duque será formalmente trascendido a doña Lucía, al no haber hijos varones. Pues de manera notoria y para que sirva de tenaz...

Pre.: —¡Tiempo! ¡Tiempo! ¡Lo ha conseguido, enhorabuena! Don Ángel, pasa usted a la gran final de *La vida resuelta*...

Actuación estelar

Plató de televisión de un programa de variedades.

...dor: —Buenas noches, amigos, bienvenidos. Ya nos encontramos en nuestro programa número...

...ora: —No, no lo digas, que trae mala suerte.

...dor: —¡Qué tontería, eso son supersticiones!

...ora: —Lo que pasa es que tú eres más cerebral y en ti predomina la razón. Yo soy afectiva y primaria, y creo que es negativo decir ese número.

...dor: —No sabía que leías libros... Bueno, basta, querida, presentamos ya el programa número...

...ora (*Le tapa la boca*): —¡Cállate! Di lo típico, el número más uno.

...dor: —Me niego. Para comenzar el programa número seis...

...ora: —¡Lo ha dicho! ¡Lo ha dicho!

...dor: —¿Ves cómo no pasa nada?... Esta noche, una atracción que nos llega de Las Vegas.

...ora: —Ha recorrido el mundo entero. Su agenda de trabajo está llena hasta el año 2005. Veinte años de éxito ininterrumpido, no hablamos de Pedro Osinaga, ja, ja, ja...

...dor: —No, hoy la estrella es el sensacional contorsionista...

...dor y ...ora: —¡Alexander Rikorda!

Aparece un señor (Faemino) vestido vagamente de faquir. Lleva una pierna y un brazo escayolados. Suena música de sitar y hace las contorsiones que le permite su estado. Acaba metiendo el pie en una caja de zapatos y una mano en un guante. Después de aplausos, vuelven los presentadores.

...dor: —Todo eso de los números son supersticiones. ¿Ves cómo no pasa nada? (*Cae una roca enorme que lo aplasta*).

...ora: —Te lo dije, si hubieras dicho cinco más uno... (*Otra roca la aplasta*).

Se ve al faquir contorsionista, que también es aplastado cuando abandona el plató.





**DE ACÁ
PARA ALLÁ
Y DE ALLÁ
PARA ACÁ**

Viaje a una isla (grande)
La puerta de empaque y el loco
El viaje a alguna parte

Viaje a una isla (grande)

Una agencia de viajes: Viajes de Ensueño. Cansado está sentado detrás de una mesa, en la que hay un pequeño globo terráqueo. Entra Faemino.

F.: —Perdón, ¿un señor de bigote que atendía antes aquí?

C.: —Sí, soy yo.

F.: —Ah, no le he reconocido, como se ha dejado bigote...

C.: —Bueno, pues usted dirá.

F.: —Mire, quiero hacer un viaje.

C.: —Ya lo sabía... no olvide que estamos en una agencia de viajes... y aproximadamente el noventa y seis por ciento de las personas que vienen aquí es para viajar...

F.: —¿Y el seis por ciento restante?

C.: —El cobrador de la luz.

F.: —¡Qué absurdo!

C.: —¿Verdad?

F.: —Pues es que yo me caso y me quiero ir de viaje de novios a una isla... a montar en camello.

C.: —Tenemos un estupendo viaje a Tenerife...

F.: —No, yo Tenerife ya lo conozco. Quiero subir en camello... en camellos de esos que van así... para ir dentro.

C.: —Ah, usted dice a Australia.

F.: —Eso, a Australia... la patria del *aquapark*... me encantan los *aquapark*.

C.: —O sea, que un viaje con su mujer a...

F.: —No, si no me voy con mi mujer, me voy con una guarra. Mi mujer se va a ver a unos parientes a Barcelona.

C.: —Muy bien, ¿cuántos días?

F.: —Cuatro, de jueves a domingo. ¿Cuánto se tarda?

C.: —Pues ahora mismo no tengo los datos, pero esto se calcula inmediatamente. O sea, que a Nueva York se tardan siete horas... entonces... pa, pa, pa...: veinticuatro horas.

F.: —Estupendo.

C.: —¿Cuándo quiere salir? El miércoles por la noche...

F.: —No, yo el jueves trabajo, y salgo a las tres... a lo mejor el jefe me deja salir un poco antes, pero antes de las cuatro lo veo difícil.

C.: —Bueno, vamos a ver (*consulta un listado*). Vuelos para Australia... aquí está: 7.50...

F.: —No, tan temprano no.

C.: —Ya, ya, estoy mirando... 14.25, 14.40, 14.50, 15.15, 15.37, 15.50, 16.04...
Mire, vamos a tener suerte en el vuelo de las 16.04.

F.: —Estupendo.

C.: —Entonces saldríamos a las 16.04.

F.: —Ah, ¿usted también se viene?

C.: —No, es que le estoy hablando en metáfora. Salimos a las 16.04 del jueves y llegamos a las 16.00 aproximadamente del viernes. ¿Cuándo quiere regresar?, ¿el domingo de madrugada?

F.: —No, me gustaría llegar antes.

C.: —Bien, el domingo por la tarde.

F.: —No, no... el domingo por la mañana, para no pillar caravana.

C.: —Estupendo, así puede usted descansar del viaje y después se incorpora al trabajo el lunes.

F.: —Eso, así me incorporo hecho una rosa.

C.: —O sea, que tendríamos que volver de Australia el sábado por la mañana... ¿le parece a las 8.00?

F.: —Perfecto... Oiga, ¿y no se gana nada de tiempo al viajar?

C.: —¿Perdón?

F.: —Es que en la vuelta al mundo en ochenta días...

C.: —Ya, que ya, que ya... pero aquí no estamos dando la vuelta al mundo... ¡Si tuviéramos un puente largo...!

F.: —Bueno, llegamos a Australia el viernes... ¿qué hacemos?

C.: —Bien, aterrizamos en Port Hedland.

F.: —¡Mira, en Port Hedland!... Siempre te puedes encontrar a algún conocido...

C.: —Hombre, yo, la verdad... le aconsejaría que en vez de quedarse en el norte se fuera al sur... Como va de cachondeo...

F.: —Eso sí es verdad... Pues alquilo un coche y me bajo al sur.

C.: —Me temo que tendrá que ir en avión.

F.: —Pero en qué quedamos... ¿Australia no es una isla?

C.: —Sí, pero de tres mil kilómetros.

F.: —¿Es más grande que Tenerife?

C.: —Sí... pero cogemos un avión y nos vamos a Canberra.

F.: —Estupendo, suena bien, y allí, ala, a comprar cosas... tabaco.

C.: —No, las tiendas estarán cerradas...

F.: —Bueno, pues compro en los Duty Free... ¿y cómo es Canberra?

C.: —Pues cojonuda, como no tiene ni monumentos ni museos ni nada, es sólo rascacielos y marcha.

F.: —Estupendo.

C.: —Entonces tendríamos dos horas de madrugada para visitar la ciudad, con un

coche que estaría a su disposición, viviríamos lo que se llama la ruta de los 7 Eleven, y para casa...

F.: —En total, ¿cómo quedaría el viaje?

C.: —Salimos de Madrid a las 16.04 del jueves y llegamos a Port Hedland a las 16.00 del viernes. Visitamos la sala de espera del aeropuerto. Cogemos un avión a las 18.01 del viernes de Port Hedland, llegamos a Canberra a las 23.00... visitamos la ciudad dos horas y vuelta a casa...

F.: —Hay algo que no veo claro, es poca visita, tal vez.

C.: —Ya, pero piense que se ahorra todo el tema hoteles... y además viaja con pensión completa... Su único gasto va a ser el de las compras... Y si no quiere comprar nada...

F.: —Viéndolo así... Bien, pues resérveme dos pasajes.

La puerta de embarque y el loco

Un aeropuerto. Puerta detectora de metales. Al lado, vestido de guardia, está Faemino. Pronto aparecerá Cansado.

C.: —Buenos días.

F.: —Buenos días.

Cansado le muestra el billete de avión. Faemino lo mira y asiente.

F.: —Buen viaje, señor.

Cansado pasa por el detector y no suena.

F.: —¡¡Eh!! Alto, dónde cree que va.

C.: —¿Perdone?

F.: —Vuelva a pasar.

Lo hace de nuevo y no suena.

F.: —No ha sonado.

C.: —Claro, no ha sonado, por eso paso.

F.: —Es que debe sonar.

C.: —Un momento, debe de haber un error.

F.: —No, lo siento, pero hoy mismo ha llegado una circular que dice: «Un pasajero se considerará peligroso si al pasar a través del detector de metales éste no sonara...».

C.: —Pero...

F.: —Ni peros ni nada.

C.: —A lo mejor está estropeado.

F.: —Ni de coña.

Faemino pasa y suena.

C.: —Sí, sí, funcionar, funciona... ¡Ah, ya sé! ¿Me puede cambiar dos mil pesetas en monedas?

F.: —¿Por quién me ha tomado...? Vaya usted al Duty Free.

Al poco aparece Cansado con las manos llenas de monedas.

C.: —Mil duros traigo.

F.: —Adelante.

Pasa, pero el detector sigue sin sonar. Cansado recapacita.

C.: —¡Tengo una idea!

Cansado se marcha.

C.: —Mire lo que me he comprado en el Duty Free... y estaba de oferta.

F.: —¿De qué grupo es la calavera?

C. (*Muestra la hebilla metálica de un cinturón de cuero y tachuelas*): —De Los Yesus Craist in Cross.

F.: —Pase, que ahora lo tiene chupao.

C.: —Hasta otra.

Pasa, pero el detector sigue sin sonar.

F.: —Me quería tomar el pelo.

C.: —¿No la habrá desenchufado en este rato?

De nuevo una exhibición de Faemino.

C.: —Está bien... ahora vuelvo.

Poco después llega Cansado con un gran manojito de llaves.

C.: —No le digo nada.

F.: —Proceda.

De nuevo nada y de nuevo perplejidad.

C.: —Ya no sé qué hacer.

Cansado se marcha corriendo. Faemino sigue a su rollo. Vuelve Cansado comiendo un plato de lentejas. Otra vez la misma situación. De nuevo el error. Y de nuevo se marcha Cansado y Faemino a su bola. Al poco reaparece Cansado con una escopeta.

C.: —Yo creo que ya.

F.: —Suerte... ya casi somos amigos.

Pasa y efectivamente el detector suena. Inmediatamente, como impulsado por un resorte, Faemino se abalanza sobre Cansado.

F.: —Alto, queda usted detenido.

C.: —Cómo, pero... si ha sonado.

F.: —Ya, ¿y la escopeta?

C.: —¡Le digo que ha sonado!

F.: —A mí me lo va usted a decir... ¿No ve que lo hago yo con la boca...?

¡Sinvergüenza!



El viaje a alguna parte

En una agencia de viajes. Un piloto de avión parece despedirse del empleado de la agencia (Faemino).

Piloto: —O sea, que yo voy a la estación...

Faemino: —No, al aeropuerto.

P.: —Eso, y allí cojo el avión... ¿y eso de la tarjeta de embarque?

F.: —Pues antes de subir al avión, la recoge en los mostradores de la compañía.

P.: —Pues es un rato difícil viajar en avión...

F.: —Eso son las primeras veces.

P.: —Bueno, adiós.

F.: —Adiós, buen viaje.

Entra Cansado y se sienta. Parece malhumorado.

C.: —¡Usted es un canalla!

F.: —¿Perdón?

C.: —¡Lo que han hecho ustedes con mi mujer es una canallada!

F.: —Perdone, caballero...

C.: —Ni perdone caballero ni leches. ¡Canalla! ¡Usted es un canalla!

F.: —Lo siento, pero si no se explica...

C.: —Yo no tengo que explicar nada a un canalla. ¡Lo que han hecho ustedes a mi mujer es una canallada! Canalla.

F.: —Modérese.

C.: —Yo no tengo que moderar nada porque yo no soy un canalla, aquí el canalla es usted... Lo que le han hecho a mi mujer es una verdadera canallada.

F.: —Pero explíqueme exactamente qué le hemos hecho.

C.: —Una canallada.

F.: —Ya, pero qué cosa exactamente, veamos si podemos remediar el problema.

C.: —Es que ahora mismo... no recuerdo bien... ¡Déjeme el teléfono!

Cansado llama a su casa.

C.: —Cariño. Sí, soy yo. Te llamo desde la agencia. Oye, exactamente, ¿qué te han hecho? ¿una canallada? Claro... Canallas.

F.: —Pregúntele.

C.: —Canallas.

F.: —Deme el teléfono... *(Al teléfono)*: Señora... soy el de la agencia... sí, dígame... y lo comprendo... ¿y eso?... ¿Quién?... ¡Su marido!... No llore usted, mujer... arriba los corazones...

Cuelga el teléfono.

F.: —¡Sinvergüenza! Lo que le ha hecho usted a su mujer es de ser un sinvergüenza.

C.: —Y usted es un canalla.

F.: —Sinvergüenza... Esto es inaudito... ¡Este señor es un sinvergüenza!...

C.: —No me cansaría de llamarle canalla...

F.: —Por muy tarde que se acueste, es usted un sinvergüenza.

C.: —Golfo...

F.: —¿En qué quedamos?

C.: —Ah, perdona, ¡canalla!

F.: —Hombre, es que así, además de insultarme, me lía usted, ¡no hay derecho!

Cansado se levanta avergonzado y se marcha corriendo. En la mesa de Faemino se ve un atril donde pone: «Luis López Canalla».



PRETÉRITO IMPERFECTO

Hablan los clásicos: Arquímedes y Pitágoras

El I+D llega a la cohorte

Lo que siempre quiso saber sobre Colón

Hablan los Clásicos: Arquímedes y Pitágoras

En una grada dialogan dos griegos. Cansado (Arquímedes) parece recriminar a Faemino (Pitágoras).

C.: —Teoremas, teoremas, los jóvenes de hoy sólo pensáis en divertirlos y en los teoremas.

F.: —Lo que pasa es que los tiempos están cambiando...

C.: —Sí, claro, los tiempos están cambiando y por eso vais a lo fácil... Teorema: dos catetos al cuadrado es lo mismo que una hipotenusa o yo qué sé...

F.: —Perdona, pero estuve más de tres meses hasta que di con ese teorema.

C.: —¡Pero a la gente qué le importa!... La gente quiere principios, no quiere teoremas... No me vas a comparar un teorema con un principio.

F.: —Pues tú, para un principio que inventaste, vaya pisto que te das.

C.: —Perdona, pero gracias al principio de Arquímedes los barcos flotan... Y mira lo de Tales, que si dos líneas paralelas cortan a otra, los ángulos resultantes son directamente proporcionales dos a dos... ¿Eso para qué sirve? ¡Para que suspendan los chavales! Yo cojo el teorema de Tales y hago tres principios o más...

F.: —Vale, ¿y la pasta que ganamos de derechos de autor...?

C.: —Ah, eso no lo sabía.

F.: —Hombre, claro, cada vez que el teorema se enseña o se repite en los colegios, veinte dracmas. Así que por mí sigue con los principios. Adiós, tío listo.



El I+D llega a la cohorte

Estancia de un general romano (Cansado). Entra el estratega del Alto Estado Mayor (Faemino). En su mano izquierda lleva un balón de baloncesto.

F.: —Ave, Marco Antonio.

C.: —Ave, Julio, general estratega del Alto Estado Mayor.

F.: —Traigo la nueva arma que he estado perfeccionando, ¡oh, dilecto legado!

C.: —¿Es aquélla?

F.: —Sí, es la temible esfera de la muerte.

C.: —¿Y cómo funciona?

F.: —Nuestros soldados se acercan raudos hasta donde está el enemigo y meten la esfera de la muerte en su canasta...

C.: —Pero ¿qué conseguimos con esto?

F.: —¡¡Dos puntos!!

C.: —¿Y si tiramos más allá de la línea de 6,25?

F.: —Entonces tres.

C.: —Veo un problema, la dificultad de acercarse al enemigo botando la esfera vestidos con nuestras pesadas corazas.

F.: —Todo está pensado.

El estratega se quita la coraza: debajo lleva el uniforme del equipo de los Chicago Bulls de baloncesto.

F.: —¡Éste será el nuevo uniforme de las legiones romanas!

C.: —¡Guardia! ¡Guardia! Lleváoslo... y que le corten la cabeza. Dos puntos son pocos.

Lo que siempre quiso saber sobre Colón

El rey de los mayas concede audiencia a Cristóbal Colón (quien aún no ha descubierto América).

Off: —Se presenta Cristóbal Colón, marinero genovés, o sea nacido en Génova. Hay gente que dice que nació en Pontevedra, naaaa, mentira. Otros dicen que nació en Navarra, ¡será posible! Si hemos dicho genovés... Yo he oído decir hasta que es de Ibiza, lo que pasa es que la gente, bueno, los historiadores, se pone a cotejar y, claro, saca unas conclusiones... ¿Y de Tomelloso?, ya puestos a decir... Es que cómo es la gente. ¡De La Mancha, cómo va a ser un marinero de La Mancha! Un marinero es obvio que...

Rey (*Con acento caribeño*): —Bienvenido a la corte.

Colón: —Gracias, majestad.

R.: —Pues tú dirás, mi hermano.

C.: —Estoy seguro, segurísimo, de que existen otras tierras allende la mar oceána.

R.: —¡Ay, bendito! ¿Y por qué me lo dice usted a mí?

C.: —Porque no sé a quién recurrir. En la corte de Venecia, nada. En Nápoles muy buenas palabras, pero nada más. En Portugal están sin un duro. A Francia e Inglaterra no les interesa. En Castilla la ventanilla estaba cerrada, tengo que volver la semana que viene y para entonces la solicitud estará fuera de plazo.

R.: —Oye, *brother*, y ¿de verdad la Tierra es redonda? Ya tú sabes que aquí somos ignorantes.

C.: —Redonda. Mira este aguacate.

R.: —¿De dónde sacaste esa fruta?

C.: —Quizás no la conozcáis, es tropical. Los gastrónomos no se ponen de acuerdo en si es fruta u hortaliza.

R.: —¿Y eso cómo fue?

C.: —Porque se puede tomar como postre o en sabrosas ensaladas. Pero majestad, engorda un montón.

R.: —Entonces no lo quiero.

C.: —¡No se hable más! ¿Qué le parece un coco?

R.: —No, peludo.

C.: —¿Una papaya?

R.: —Ácida.

C.: —¿Un mango? (*Saca el mango de una sartén*).

R.: —No, muy duro.

C.: —¿Un kiswi?

R.: —¿Kiwi?

C.: —Kiswi.

R.: —¡Kiwi!

C.: —¡Kiswi!

R.: —Ni kiwi ni kiswi, poco sabor.

C.: —Pues un huevo.

R.: —Un huevo, sí.

C.: —Al final siempre la solución a base de huevos... el método antiguo. Según Giordano Bruno y Galileo Galilei... bueno, estos nombres a usted, majestad, le sonarán a chino.

R.: —No, mira, *brother*, aquí la frase es «le sonarán a europeo».

C.: —Bien, pues estos nombres le sonarán a europeos, qué tontería, pues con sus teorías astronómicas se demuestra que la Tierra gira alrededor del Sol, y que el hombre no es el centro del universo (*suena un pedo*). Perdón, majestad.

Se hace un momento de silencio. Un vikingo que presenciaba la escena al lado del rey reacciona y dice:

Vikingo: —¡Ahora, majestad, practique lo que le he enseñado!

Toda la corte comienza a bailar la danza para ahuyentar el mal olor de los pedos.

C.: —Disculpad esta torpeza, majestad. Os juro que esas tierras existen, os juro que Europa existe.

R. (*Señalando al vikingo*): —Eso hace tiempo que lo sabemos.

V.: —¿Hablo un poco en sueco para que compruebe que no soy de pega?

R.: —No. Cristóbal, *brother*, te presento a Oleg el Grande. Oleg, te presento a Cristóbal Colón. ¡Descubrid Europa! Ya nos descubriréis vosotros a nosotros el día de mañana.





EXCÉNTRICOS, CHARLISTAS Y CARI *CATOS*

El fútbol podría ser así
Márketing editorial alternativo
Para se conductor de primera: acelera
A 40 km/h se va despacio
Eran las cinco de la tarde
Me caso con un jamón

El fútbol podría ser así

Partido de fútbol de máxima rivalidad. El portero (Faemino) está bajo los palos. El aficionado (Cansado) está apoyado en un poste de la portería; va vestido con traje y corbata y una trenca.

C.: —Muy bien, portero.

F. (*Sin inmutarse*): —Gracias.

C.: —Yo también fui portero, por eso sé que ha sido una buena parada.

F. (*Atento al juego*): —Gracias, de verdad.

C.: —Portero, échate un cigarrito.

F. (*Se acerca, siguiendo atento al partido*): —...¿Qué?

C.: —¿Fuma?

F.: —No, ahora no.

C.: —Anda mi madre... ¡Si es *light*!

F.: —¡Ah, bueno! (*Comienzan a fumar*).

C.: —Y tú, ¿siempre has sido portero?

F.: —Desde siempre... ¡Disculpe!

Llega un balón y lo atrapa. Gritos a los defensas.

F.: —...lo que le decía, que siempre he sido portero.

C.: —Pues yo te tengo visto de delantero...

F.: —Le digo yo que no.

C.: —Es tu palabra contra la mía.

F.: —Mire (*se echa mano al bolsillo y saca una cartera con papeles*), fíjese en este papel... (*A los jugadores*): ¡Sigue, López...! ¡¡Espérale, eso...!!! ¡Mucho, Sánchez!

C.: —¿Es el contrato?

F.: —Hombre, claro, mire qué pone aquí...

C.: —Portero.

F.: —¿No le decía?

C.: —¿Y esta foto?

F.: —Es mi hijo.

C.: —¿También será portero de mayor?

F.: —No, quiero que aspire a más, me gustaría que fuera guardameta, y yo le dejaría esta portería.

C.: —¿Te puedo pedir un favor, portero?

F.: —Pruebe.

C.: —¿Me dejas parar a mí un poco...? Tengo morriña.

F.: —Pero por favor, ¡cómo le voy a dejar!, a lo mejor dice algo el árbitro.

C.: —Al árbitro qué más le da, hombre, que me hace mucha ilusión.

F.: —Está bien, ¡pero cinco minutos!

C.: —Oye, pero tú dime, que hace tiempo que no juego.

Faemino le da instrucciones, improvisando, hasta que llega un balón y es gol.

F.: —Por favor, ¿ve la que me ha liado? *(A los compañeros)*: ¡No, si ya, qué me vais a decir!

C.: —Casi la paro.

Devuelven el balón.

F.: —Ande, váyase ahí detrás.

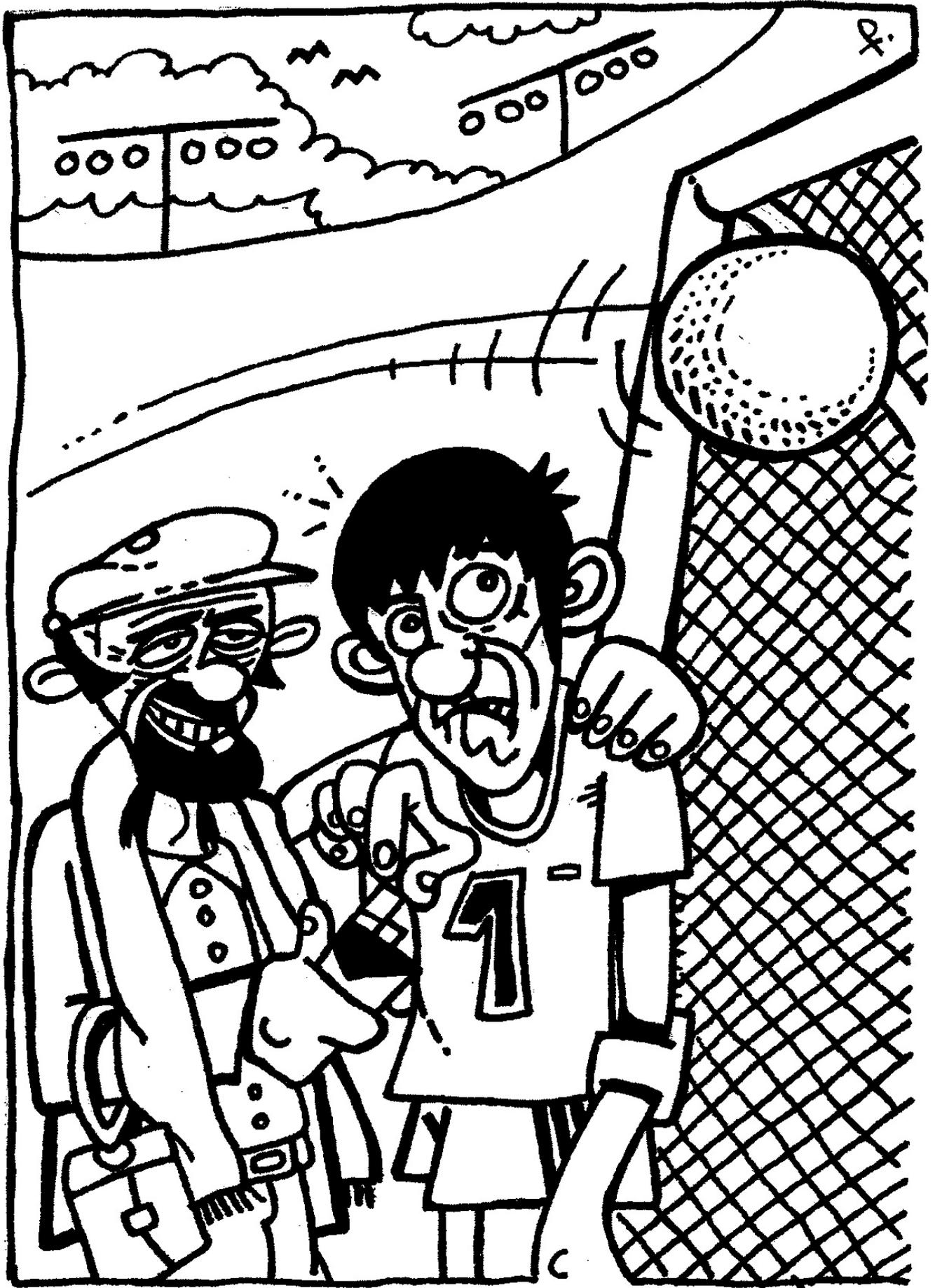
C.: —Venga, dame otra oportunidad.

F.: —No me fío.

C.: —Que me tiro en plancha...

F.: —Bueno, nos ponemos los dos, de aquí para allá para usted, y para este lado paro yo... y si viene el árbitro y pregunta, usted disimule, y decimos que es un defensa.

Así lo hacen, pero al poco se cuela un balón mansamente entre ambos.



LÓGICAMENTE LA AFICIÓN SIEMPRE LLEVA RAZÓN!

F.: —Hombre, ésa era suya.

C.: —Ha entrado por tu lado.

F.: —Descarado que la podía haber cogido.

C.: —Ya lo veremos en *Estudio estadio*.

F.: —Por favor, márchese, que me está poniendo en un compromiso...

C.: —Me da tanta pena...

F.: —Quédese ahí en el palo... (A los jugadores): ¡Cuidado, García! ¡Mecachis!

Un jugador del equipo rival se dispone a lanzar una falta fuera del área.

C.: —Ésa va fuera, no te molestes, ese tipo es un manta y además el balón está en un hoyo.

F. (Mirándole): —¿Seguro?

C.: —Yo soy un hincha y ese tira las faltas a las nubes.

El balón entra.

C.: —Vaya golazo, ni te has enterado. Tú debías haber sido delantero.

F. (A sus compañeros): —¡¡Es culpa de este señor!!! ¡Ha sido él! ¡Y a mí qué me cuentas!

C. (Devolviendo el balón): —Venga, chavales, más huevos hay que echarle a esto, venga, con un par... López, un poco más...

F. (A sus compañeros): —¡Que yo no digo nada! ¡Que es este señor!

C.: —¿Es que no tengo razón? Si hubierais jugado en mis tiempos...

La situación vuelve a la calma y al poco Cansado entra tranquilamente en la portería y le da una patada en la espinilla a Faemino, quien cae al suelo. Justo en ese momento meten un gol.

F.: —¡Pero qué hace!

C.: —Es que me he puesto nervioso.

F.: —Por favor, no me obligue a hacer un disparate, márchese.

Cansado se marcha y Faemino devuelve el balón.

Márqueting editorial alternativo

Despacho de lo que parece ser un abogado. Faemino repasa unas notas y aprieta la tecla del interfono.

F.: —Puri, hágame pasar al siguiente.

Entra Cansado. Es un boxeador vestido como tal. En su cara, las muestras de un reciente combate. Lleva unos papeles y una revista. Se comporta como si estuviera sonado.

C.: —Buenos... buenos... buenos...

F.: —¿Días?

C.: —Eso, buenos días. Por favor, el señor Barre... Barre... Barre (*hace como si barriera*).

F.: —Barroso.

C.: —No, no Barre... es de barrer.

F.: —A ver si va a ser barrer, barro... barroso.

C.: —No, era Barre algo... Mire, es que vengo haciendo acólitos...

F.: —Pues usted dirá.

C.: —¿Tiene usted... tiene... tiene usted...?

F.: —¿Cinco minutos?

C.: —¿Tiene usted cinco minutos?

F.: —Estoy un poco apurado, pero está bien, cinco minutos.

Cansado comienza una encuesta.

C.: —¿A qué se dedica?

F.: —Soy agricultor, hombre del campo. (*Por el interfono*): Puri, que no me moleste nadie.

C.: —¿Qué aficiones tiene usted?

F.: —Cosas del campo... cordero y poesía.

C.: —Comer corderos y leer poesía.

F.: —No, al revés.

C.: —Leer poesía y comer cordero.

F.: —No, al contrario: comer poesía y leer cordero.

C.: —¡¡Ah, es usted un excéntrico!! ¿Ve la televisión?

F.: —Sólo programas culturales, debates y la película porno de Canal Plus.

C.: —¿Y deportes?

F.: —Alguno que otro.

C.: —Pero no hay ninguno que destaque (*hace guantes*).

F.: —Ah, sí, el boxeo. (*Al interfono*): Puri, no me saque de mis casillas.

C.: —¿Cree que el boxeo es un deporte violento?

F.: —En absoluto, si quitamos los mamporros yo no veo nada violento.

C.: —¿Algún familiar suyo practica el boxeo?

F.: —Sí, mi mujer.

C.: —¿Qué peso es?

F.: —Wélter. (*Al interfono*): Puri, destruya todos los documentos comprometedores.

C.: —¿Y ha practicado alguna vez?

F.: —Ni de coña.

C.: —¿Y le interesaría alguna publicación sobre el mundo del pugilismo? Mucho, demasiado o bastante.

F.: —Mucho... ¿Puedo responder dos...?

C.: —Sí.

F.: —Pues mucho y ¿qué más dijo?

C.: —Demasiado y bastante.

F.: —Eso, mucho y demasiado.

C.: —Pues mire, aquí le traigo la nueva revista que acaba de salir, *Boxear Hoy*. Desde el peso superpesado al voseo argentino... ya está bien, vení vos...

F.: —Fenomenal. (*Al interfono*): Puri, por favor, acuchille el parquet... (*A Cansado*): ¿Y cuándo sale?

C.: —Ahora.

F.: —No, me refiero a qué periodicidad tiene.

C.: —Hoy... ésta... aquí.

F.: —Que si es mensual o semanal o qué.

C.: —Es ésta... Mire, tiene la página de trucos: «Amague con una y pegue con la otra».

F.: —Muy bien.

C.: —Películas recomendadas... *Rocky I, Rocky II, Rocky III*, ésta es la mejor, *Rocky IV, Rocky V*. La página de novedades... mire, unos guantes a presión, para hacer un cocido mientras combate.

F.: —El puré saldrá fenomenal... ¿Y ese póster?

C.: —El póster central: Daniel Baremboim en tanga...

F. (*Lee*): —«A mis colegas de *Boxear Hoy*». (*Al interfono*): Puri, tape los agujeros negros.

C.: —El rincón religioso... «Boxeador, no seas gilipollas y no pongas la otra mejilla». Mire los contactos: «Peso gallo ofrécese para amenizar fiestas infantiles». «Peso pesado, gran pegador, compartiría ring con peso mosca»...

F. (*Al interfono*): —Puri, suelte las velas.

C.: —Mire el reportaje: «El boxeo ecuestre ha dejado de ser para la élite». También tenemos firmas: «Kid Macho Camacho escribe sobre la dualidad del ser ontogénico»... El horóscopo.

F.: —Eso está muy bien... ¿es para cada peso?

C.: —No, es Libra, Acuario, Leo... Recetas: «Morros al jerez», «riñones a la virulé»... Bricolaje: «Constrúyase un jacuzzi con un ring que ya no utilice»...

F.: —Muy, pero que muy interesante.

C.: —Barrenechea... eso era, el señor Barrenechea.

F.: —No, yo soy Barroso.

C.: —Entonces ha habido un error.

F.: —Es igual, le compro la revista.

C.: —¡¡Qué va a ser igual!! Yo me marchó.

Se va y se queda Faemino contrariado.

F. (Al interfono): —Puri, que pase el siguiente.

Entra Cansado, ahora con peluca y vestido de karateka, en sus manos una revista. Se abalanza y de un golpe rompe el tablero de la mesa de Faemino.

C.: —¿Le interesa una revista de bricolaje?

Para ser conductor de primera: acelera

El profesor de autoescuela (Cansado) va a examinar al alumno (Faemino). Se saludan y entran en el coche.

C.: —Muy bien. Arranque y salga despacio... estupendo. Doble a la derecha.

F.: —¿A esta mano?

C.: —Eso es... correcto, muy bien... Pare en el semáforo.

Faemino se detiene.

C.: —¿No dejará que éstos le adelanten?

F.: —Ni de coña (*comienza a acelerar*).

C.: —¡Vámonos!

Salen cual centellas.

C.: —Estupendo (*anota en el bloc*)... Atención, el semáforo está en ámbar.

Faemino acelera y Cansado le sonrío complaciente.

C.: —Adelante, a ese que va tan lento... pero dígame algo.

F.: —¡Tontorrón!

C.: —Hombreeee...

F.: —¡¡¡¡Tu puta madre!!!!

C.: —Bien (*anota en el bloc*)... Venga, ahora tranquilo.

F.: —¡¡Taxista!!

C.: —Mire a su izquierda, van a cruzar esas dos ancianas y tenemos prioridad.

F.: —¡¡¡Ay que mirar!!! ¡¡¡Brujas!!!

C.: —¡Bien! A ver ese cruce... parece que está atascado.

Taponan el cruce, pero ambos adoptan una actitud como de pedir excusas y ponen cara de sentirse culpables, pero por lo bajo insultan a todo el mundo.

C.: —Sensacional... Cuidado con el coche que sale.

Faemino le pita.

F.: —¿Era una mujer?

C.: —Me parece que sí.

F.: —¡¡¡Mujer tenía que ser!!!

C.: —Venga, salgamos a la carretera... ¡Mire! Un autoestopista.

Los dos hacen gestos de disculpa y de decir que van «aquí al lado».

C.: —Joder... otro autoestopista.

F.: —Voy a parar.

Se detiene. Cansado se asoma por la ventanilla y Faemino arranca y acelera cuando el autoestopista se aproxima. Los dos se ríen...

C. (Por la ventanilla): —¡¡Y yo en la tuya!! ¡¡Cabrón!!

Faemino hace gestos.

F.: —¡¡Y nosotros en la tuya!!

C.: —Está bien, volvamos.

Siguen un poco.

C.: —Aparque ahí, por favor.

Faemino aparca subiendo el coche en la acera. Bajan los dos.

C.: —Aprobado... Será usted un magnífico conductor.

F.: —Gracias.



¡COODORRE, COODORRE QUETE Piiiiillo!

A 40 km/h se va despacio

Cansado y Faemino junto a un Volkswagen escarabajo descapotable.

F. (*Entrando en el coche*): —Venga, Cansado, sube, que tenemos un poco de prisa.

C. (*Entra en el coche*): —Eres un cagaprisas, Faemino. ¡Hoy no me voy a poner el cinturón de seguridad!

F. (*Le mira incrédulo*): —¿Cómo?

C.: —Hoy me siento joven y rebelde. Los jóvenes no tenemos por qué llevar cinturón de seguridad. Eso se queda para los viejos, los padres de familia y los tolilis.

F.: —¿Y si tenemos un accidente?

C.: —Si vamos a pensar en eso, no nos subimos al coche. O sea, que, según tú, hoy vamos a tener un accidente.

F.: —No, no digo eso.

C.: —Tronco, si te gustan los accidentes, me lo dices, porque a lo mejor a mí no me gustan... Me dices: «Cansado, ¿te vienes a Segovia a comerte un cochinillo y en el viaje tenemos un accidente?» ¿Vale?

F.: —Mira, chico, haz lo que quieras, pónelo, no te lo pongas, pero déjame en paz. ¡Cómo voy a querer tener un accidente!

C.: —¡Cómo insistías...!

F.: —Yo hablo de posibilidades, la posibilidad del accidente siempre existe... Además, tengo seguro a todo riesgo... así que haz lo que quieras.

C.: —No, ahí no llevas razón. Si tenemos el maldito accidente y no llevo puesto el cinturón el seguro te da por culo.

F.: —¿Aunque sea a todo riesgo?

C.: —Ingenuo, ellos no se responsabilizan... «¡Ah, como no llevaba puesto el cinturón...!» Imagínate que nos dan un golpe aunque sea leve y me desfiguro el rostro y ya no me puedo ganar la vida haciendo reír...

F.: —Hombre, puedes hacer películas de miedo, trabajar de monstruo.

C.: —Sí, con tu padre.

F.: —¡O con el tuyo!

C.: —Entonces me puedo querellar contra ti y pedirte una pila de millones.

F.: —¡Cansado, bájate del coche! ¡No vienes más conmigo! ¡Sácate el carnet y cómprate un coche!

C.: —¿Tampoco me vas a llevar a las galas?

F.: —Sí, a las galas sí.

C.: —¿A dónde vamos?

F.: —A Segovia, a una gala... Vale, te llevo, pero ponte el cinturón.

C.: —Está bien, me lo pongo, pero con la condición de que no tengamos un accidente.



Eran las cinco de la tarde

Una dehesa. Un toro (Faemino) espera nervioso con una maletita. Aparece Cansado, otro toro, también con una maletita, los dos están contentos.

C.: —Hola, Primoroso.

F.: —Qué hay, Socratoso... Por fin.

C.: —Por fin nos ha llegado el gran momento.

F.: —Ala... a los toros.

C.: —Cuando nos pregunten: «¿A dónde vais?», contestaremos orgullosos: «¡¡A los toros!!».

F.: —Parecía que el momento no iba a llegar nunca.

C.: —Dímelo a mí... ¿Cuántos me echas?

F.: —Cuatro.

C.: —Tengo cinco años... corridos.

F.: —Chico, yo aquí en esta ganadería estoy encantado. Mi mujer está en la central lechera... y mi hijo mayor ya va a las charlotadas.

C.: —Y eso que en tu juventud... menudo novillo malo que eras.

F.: —No malo... borracho.

C.: —¿Y vacariego?... Que veías unas ubres y te ibas como loco.

F.: —Prefiero eso que no mi primo.

C.: —¿El buey?

F.: —Sí, que se enfadó con su mujer porque le puso cuernos y se marchó a arrastrar piedras al País Vasco.

C.: —Como si fuera raro poner cuernos a un toro.

F.: —Eso digo yo.

Cansado abre la maleta que lleva y de ella saca unas banderillas.

C.: —Mira.

F.: —¿Qué es eso?

C.: —Unas banderillas... me las dio mi tío el indultado.

F.: —¿Y para qué sirven?

C.: —Son para la plaza, nos las ponen a los toros.

F.: —¿Nos las ponen en el culo?

C.: —Creo que nos pinchan en el lomo.

F.: —Bueno, allá ellos... Yo, como soy antitaurino...

C.: —Pues según me han contado, después de ponerte una banderilla de éstas sale un tío que te pincha con una pica.

F.: —Pues vaya unos cojones... ¿Y no se pueden estar quietos? Porque yo no soy violento, pero por las malas...

C.: —Y el tío este lleva un sombrero tan grande como una mierda de vaca.

F.: —Oye, ¿y te pinchan en el culo?

C.: —Me parece que en el lomo.

F.: —Son de ideas fijas... Oye, ¿y nosotros les podemos pinchar a ellos?

C.: —Está mal visto.

F.: —¿Y en el culo?

C.: —Lo que gusta es que los pillemos y le hagamos un siete al torero... y creo que hasta suena la música...

F.: —¿Para qué?, ¿para bailar con el torero?

C.: —Claro.

F.: —¡¡Yo no soy maricón!!

C.: —Chico, que te dejas poner unos pinchos en el lomo por un tío y luego te

mosqueas por bailar un pasodoble con el mismo tío...

F.: —A mí no me torea ni Dios.

C.: —Pues has escogido mu mala profesión.

F.: —Bueno, dejémoslo... Y después del baile, ¿qué?

C.: —Pues ya está, ya se acaba.

F.: —¿Y no hay más?

C.: —Sí... el paripé.

F.: —¿Y eso qué es?

C.: —Pues nada, que después de bailar, me ha contado mi tío, que tienes que revolcarte por el suelo como si estuvieras hecho polvo... y sale una especie de ambulancia y te meten pa dentro y ya está...

F.: —Los humanos están locos, podían torear a su padre..., en fin.

C.: —Pero se pasa bien, nos dan de merendar...

F.: —¿Y nos podemos fumar un puro?

C.: —Claro.

F.: —Cojonudo.



¿ Y PORQUÉ NO TOREAN A SU SEÑORA MADRE ?

Me caso con un jamón

Una iglesia. Una boda. La novia es Faemino, el padrino un señor mayor. Avanzan bajo los acordes de la marcha nupcial. Por fin llegan al altar. Allí están el novio, un jamón pata negra, sujetado por la madrina, una señora mayor. Habla el cura, Cansado.

C.: —María Elena, ¿juras que vienes por tu propia voluntad a contraer matrimonio?

F.: —Sí, juro.

C.: —María Elena, ¿juras amar a Jamón Pata Negra, respetarle en la salud y en la enfermedad y no comértelo en la pobreza o riqueza?

F.: —Sí, juro.

C.: —Jamón Pata Negra, ¿juras todo eso de María Elena?

El jamón asiente.

C.: —Bien, pues entonces yo os declaro marido y mujer. Podéis besaros.

Se besan. Se dan la vuelta y comienzan a caminar hacia la calle.



FAEMINO Y CANSADO. es un dúo español de humoristas que toma su nombre del apelativo artístico elegido por sus componentes, Carlos Faemino y Javier Cansado. Comenzaron su carrera en Madrid, España, con espectáculos callejeros, posteriormente en teatros y continuaron con apariciones en televisión, incluso con un programa propio, hasta la actualidad, en que siguen llenando teatros. Su humor, aunque suele etiquetarse como inclasificable, se puede considerar como absurdo, inteligente y surrealista.

Ángel Javier Pozuelo Gómez (Javier Cansado), nacido en Madrid (Carabanchel) escribía en la revista de su instituto y desde joven diseñaba juegos de mesa para regalar a su familia en cumpleaños. Es la parte más seria y locuaz del dúo. Está casado y tiene tres hijos. Al comienzo se daba a conocer como “Rudy Cansado”.

Juan Carlos Arroyo Urbina (Carlos Faemino) nacido en Madrid el 26 de mayo de 1957, en el barrio de Carabanchel. Actualmente vive con su pareja, Susana Egea.

Se conocieron en Madrid en 1980, donde coincidieron en varios trabajos y crearon una firme amistad. Los primeros espectáculos “oficiales” los dieron al aire libre en el madrileño parque de El Retiro de Madrid, famoso por las actuaciones espontáneas de diversos artistas que allí se daban cita. Fue un domingo de septiembre de comienzos de la década de los ochenta. Ofrecieron cuatro pases esa mañana, con más luces que sombras. El verdadero motivo de aquel comienzo fue recaudar dinero para invitar a comer a sus amigos a un restaurante chino. Desde entonces acudieron regularmente a ofrecer sus espectáculos en El Retiro. Coincidieron con humoristas

como Pedro Reyes y Pablo Carbonell, en la época de mayor y mejor actividad artística del parque.

Actuaron en este escenario durante cerca de cuatro años, llegando a ofrecer espectáculos de más de dos horas de duración. Se les conoció al principio como “Los del mono rojo” (aunque su verdadero nombre artístico era Tato y Kiko), por el atuendo que llevaban por entonces. Más adelante se bautizaron como “Los hermanos Benítez”. Al final de esta época pasaron a llamarse Faemino y Cansado.

En la época final empezaron a compaginar las actuaciones de El Retiro con espectáculos en bares de la periferia de Madrid. De ahí dieron el salto a teatros. Se les empezaba a conocer.

Empezaron en televisión en el programa “Un, Dos, tres” donde se hicieron famosos contando el mítico chiste del águila y posteriormente en el programa infantil Cajón Desastre donde hicieron sketches memorables. Con todo esto consiguieron darse a conocer ante el gran público, hasta tal punto que tuvieron la oportunidad de realizar una serie de dieciséis programas propios de aproximadamente media hora de duración: El orgullo del tercer mundo, emitidos en TVE 2. El programa se grababa en una sala de fiestas y en él empleaban una puesta en escena similar a la de sus espectáculos teatrales, sin apenas decorado y con escasa indumentaria especial. En este programa se acuñó la expresión “yo leo a Kierkegaard”, respuesta del público en un momento de uno de sus gags. Esta frase nació como respuesta a la idea de los productores del programa de que era necesario crear una frase significativa que pudiera hacerse popular. Ellos se lo tomaron a guasa y se inventaron esta expresión pensando que nunca podría calar entre la gente. Pero finalmente se hizo muy famosa y se considera su grito de guerra. Con este programa llegaron a mucha más gente y comenzaron a generar una legión de fans, aunque el capítulo que más se vio no alcanzó el millón y medio de espectadores.

También hicieron apariciones esporádicas en programas de variedades como *Tutti Frutti*, *Pero ¿esto qué es?* o *Vip Noche*.

Se cansaron del mundo televisivo por el ritmo y la tensión que les exigía el rodaje. Desde entonces han hecho apariciones esporádicas en televisión. Lo siguiente que grabaron para la pequeña pantalla fue una serie de vídeos para la colección “Magos del humor”, con otro ritmo más pausado y con mucho control por su parte.

Desde entonces se han centrado en las actuaciones en teatros y han hecho apariciones en medios distintos. El 10 de mayo de 2000 y junto al dibujante Alberto Calvo estrenaron la revista digital lamandibula.com, dentro del ya desaparecido portal canal21.com, con personajes como “Opacman, las aventuras y desventuras del superhombre que no deja pasar la luz a través de su cuerpo”, o con “El Cansamino”, un concurso de preguntas y respuestas en el que gana quien contesta de forma más surrealista a las preguntas que se le proponen. Se creó al abrigo del boom de internet

de finales de los noventa y finalmente cerró pocos años después.

Han aparecido en la radio, fugazmente en el cine y recientemente han publicado dos libros sobre sus espectáculos, con sendos vídeos. También han realizado diversos trabajos separados, si bien Cansado ha sido mucho más prolífico que Faemino.

Sus espectáculos se componen de una sucesión de gags, generalmente sobre situaciones corrientes llevadas al absurdo. Suelen ser historias muy trabajadas y con muchos detalles. No hablan de actualidad, no realizan imitaciones, no hacen chistes sobre políticos ni se visten de ama de casa. Apenas emplean decorado o vestimentas especiales.

Su humor también se considera surrealista porque mezclan lo sencillo y lo intelectual tratando temas atemporales. Buscan la interacción con el público, que debe entender sus juegos de palabras y dobles sentidos. De hecho, recomiendan a su público haber acabado la educación obligatoria para apreciar completamente su humor.